

Nuestra Bandera

REVISTA POLITICA Y TEORICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

SUMARIO

SANTIAGO CARRILLO

LA LUCHA DEL PROLETARIADO POR LA DIRECCION DEL MOVIMIENTO NACIONAL.

IGNACIO GALLEGO

¿HASTA CUANDO CONTARA LA DICTADURA CON EL APOYO DE LA JERARQUIA ECLESIASTICA?

VICENTE URIBE

ACTIVIDADES Y RESULTADOS EN TORNO A LAS ELECCIONES SINDICALES.

JULIAN GRIMAU

LAS NUEVAS GENERACIONES Y EL RECLUTAMIENTO PARA EL PARTIDO.

DOCUMENTOS

Declaración del C.C. del Partido Comunista de España sobre la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros.
Declaración común del Partido Comunista de España y del Partido Comunista Marroquí.

EL ESTUDIO DEL MARXISMO-LENINISMO

Guión sobre « La lucha de clases y la política de Reconciliación Nacional ».

Nº 20 MADRID, Marzo de 1958 Precio : 10 pesetas

Aspectos de la cuestión nacional

La lucha del proletariado por la dirección del movimiento nacional

por **Santiago GARRILLO**

(Notas para una intervención ante el Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña.)

EL problema nacional de Cataluña, Euzkadi y Galicia forma parte del grupo de cuestiones cuya solución es decisiva para el desarrollo democrático de España. Diecinueve años de violencia dictatorial no han desvanecido una realidad sólidamente enraizada en la historia: el carácter nacional de dichos pueblos. De la negación sistemática de ese carácter y una desatada propaganda **españolista** va pasándose —hasta en los medios más reaccionarios— al reconocimiento de ciertas particularidades inherentes a aquéllos. Ejemplo: tras varios lustros de persecución a los « rojo-separatistas » el « **caudillo** » presenta la designación ministerial de Gual Villalbí como una concesión a Cataluña. Su actitud implica un reconocimiento, aunque sea a regañadientes, de rasgos peculiares a Cataluña, que el Estado español puede pasajeramente reprimir, mas no borrar. ¿Por qué montar en escena el nombramiento de un « ministro de Cataluña » si ésta fuese, en verdad, una provincia más en el Estado? Lo que pasa es que al agravarse la crisis de la dictadura, paralelamente con el auge de las corrientes democráticas, se replantean de forma insoslayable los problemas clave de la democracia española, entre ellos, la cuestión nacional.

No es mi objeto estudiar la historia del desenvolvimiento nacional de Cataluña, Euzkadi y Galicia, sus particularidades, sus diferencias —aunque éstos sean temas sumamente interesantes y que precisan estudiarse desde un punto de vista marxista, (cosa que algunos camaradas han iniciado) como parte del estudio de todo el problema nacional en España.

En mi intervención quiero, tan sólo, abordar algunas de las manifestaciones actuales de esta cuestión, algunos de sus aspectos complejos y contradictorios, a riesgo de que la exposición resulte un poco esquemática, falta de antecedentes y desarrollos más amplios y completos. Tendré en cuenta, sin embargo, algunos de éstos, los más recientes y útiles a mi juicio para la claridad del planteamiento.

Creo que los comunistas no pecamos de vanidad diciendo que el partido político que posee una comprensión más cabal, una teoría y una política más completas sobre la cuestión nacional, es el nuestro. La teoría y la práctica del marxismo-leninismo en relación con esta cuestión despiertan inclusive el interés de los políticos y críticos burgueses más inteligentes, que se ocupan de ella. Lenin

y el Partido Comunista de la Unión Soviética han dedicado una gran atención a este problema, tanto en el terreno teórico como en el político práctico. En la U.R.S.S., China y otros países, los comunistas han abordado y resuelto la cuestión nacional de la manera más progresista y, por tanto, más respetuosa para los derechos y la personalidad de las nacionalidades.

La solución del problema nacional estriba en el reconocimiento del derecho de autodeterminación de cada pueblo. Los comunistas somos defensores consecuentes de este principio que implica la admisión del derecho a la separación. Esto no quiere decir que la posición del Partido deba coincidir forzosamente con la que resulte del ejercicio de ese derecho. Pero en todo caso la respetaría. De haber coincidencia, la defendería, la haría suya, y si existiera divergencia trataría pacientemente de demostrar a las masas que su posición era errónea. Así, por ejemplo, defendimos el estatuto catalán y el vasco porque, además de haberlos aprobado ambos pueblos en una consulta democrática, coincidían con los intereses de la democracia y de la clase obrera de toda España en su conjunto. Por la misma razón fuimos respetuosos con la decisión de Navarra de no adherirse a la autonomía vasca y nos hemos opuesto a la política de los nacionalistas burgueses vascos que pretendían —y pretenden— la asimilación de dicha provincia no obstante la oposición manifestada por ella.

El principio de la autodeterminación es, para nosotros, el punto de partida de la solución de los problemas nacionales en España. Sin embargo no es suficiente tener una posición de principio clara; ni siquiera basta con atenernos rígidamente a la aplicación de este principio en la forma que tuvo lugar hace veinte años. No podemos ignorar la evolución de una serie de problemas en este período de tiempo; si esto es verdad para el problema agrario, si lo es para los términos en que se plantea la cuestión del restablecimiento de la democracia, lo es también para el problema nacional.

El problema nacional, su tratamiento, no debe hacerse en abstracto, no puede separarse de las condiciones del país concreto en que se plantea, ni de las características de la época.

Al mismo tiempo el problema nacional no puede enfocarse independientemente de los intereses de la lucha de clase del proletariado; es menester subordinar su planteamiento a los intereses de esa lucha.

LOS OBJETIVOS DE LA GRAN BURGUESIA A TRAVES DEL MOVIMIENTO NACIONAL.

La cuestión nacional, hasta bien entrada la República, estuvo en manos casi exclusivamente de la burguesía. El movimiento anarcosindicalista tuvo siempre una actitud negativa ante el problema nacional; no comprendía la significación de esta cuestión para la transformación democrática de España, por las mismas razones que ignoraba los problemas fundamentales de la Revolución democrática, encerrándose en la propaganda de vagas y utópicas fórmulas anarquistas, y en la acción sindicalista. A su vez, el Partido Socialista desconocía el marxismo-leninismo y sus soluciones al problema nacional, lo que le llevaba a considerar éste desde un punto de vista estrecho, exclusivamente como una reivindicación burguesa. Por tal causa, los socialistas, en tiempos pasados, llevaban el concepto de la lucha de clase contra la burguesía nacionalista y el principio de la unidad de clase de los proletarios de toda España al extremo de ignorar la opresión de las castas semifeudales que detentaban el poder central sobre las nacionalidades y, en consecuencia, objetivamente hasta a sostener dicha opresión; a no comprender el apoyo que podía representar el movimiento nacional para la lucha por la

transformación democrática del país, transformación en la que el proletariado español entero estaba altamente interesado. Posteriormente, en la República, la evolución de los socialistas sobre la cuestión nacional nunca desbordó el punto de vista del republicanismismo burgués, nunca alcanzó a ser —tampoco en otras cuestiones fundamentales— una posición marxista.

Por otro lado el Partido Comunista fué hasta 1932 un grupo reducido, con poca influencia en la vida social y política. Tampoco pudo imprimir su sello al movimiento nacional.

Estos factores fueron causa de que el problema nacional se presentase en la vida política española a finales del siglo pasado y en los dos primeros decenios del siglo XX esencialmente como una lucha por el poder entre dos clases explotadoras: la poderosa burguesía catalana y vasca, que se encontraba en situación de inferioridad para su expansión en el estrecho marco del Estado semifeudal centralista y la reaccionaria aristocracia terrateniente castellana, monopolizadora del poder político, cuya burocracia estatal defendía con encarnizamiento los privilegios políticos y sociales de la clase que representaba, agitando la seductora bandera de la «unidad nacional» para enmascarar una realidad mucho menos seductora.

En aquel período la situación era en líneas generales como sigue: el poder del Estado se hallaba en manos de la aristocracia terrateniente castellana, asentada sobre el latifundio feudal. Esta oligarquía agraria era una losa de plomo sobre las espaldas del país; un obstáculo tremendo a su desarrollo económico. Para ejercer su dominación había puesto en pie un ejército de casta y una burocracia centralista parasitaria. Su política en relación con las nacionalidades consistía en el avasallamiento, en la asimilación violenta, apoyándose en los elementos más reaccionarios de la burguesía de las nacionalidades.

Cataluña atraía la hostilidad de los terratenientes feudales por dos razones: por su pujante burguesía que entraba en conflicto con los intereses y la dominación latifundistas y por su proletariado numeroso y concentrado que portaba en sí una gran energía revolucionaria. Cataluña y el País Vasco eran una representación en el 1900 del capitalismo moderno, que necesitaba expansión, mercados, y tropezaba con el viejo Estado semifeudal, anquilosado y anacrónico, gobernado por una clase que en los países modernos había sido derrotada ya y relegada al museo histórico.

Durante esos años, el movimiento nacional más fuerte se desarrolló en Cataluña. A su cabeza se colocó la gran burguesía, personificada particularmente por la Lliga, a la que sostenían diferentes organizaciones económicas burguesas. El proletariado catalán muy influido por el anarquismo y por el republicanismismo burgués, carecía de un partido marxista capaz de encabezar el movimiento nacional y de arrancarle a la influencia burguesa. A su vez el carácter burgués que la Lliga imprimía al movimiento nacional suscitaba la desconfianza de una parte considerable del proletariado catalán mismo (que en general, por instinto de clase, le combatía, aunque no siempre desde posiciones justas). El movimiento nacional de Cataluña aparecía pues identificado con los intereses de la gran burguesía de esta nacionalidad, lo que constituía también una dificultad para que encontrase comprensión y simpatía entre las masas avanzadas de España, incluso pese a las coincidencias que podían surgir entre éstas y aquél frente al Estado monárquico feudal, dado que la lucha de la gran burguesía catalana contra la aristocracia terrateniente castellana era objetivamente progresiva. Tal característica fué aprovechada, no sin habilidad, por los representantes de la retrógrada nobleza dominante para maniobrar a ciertas capas populares contra el movimiento nacional catalán.

Las críticas de la gran burguesía catalana contra la clase que detentaba el Poder del Estado centralista y contra la naturaleza de

éste podían ser suscritas en gran parte por cualquier demócrata. Pero a través de esas críticas y de las reivindicaciones de quienes entonces dirigían el movimiento nacional, lo que aparecía claramente era el designio de la burguesía catalana de lograr mercados. En la cuestión nacional, la burguesía trata de sacudirse las trabas que impiden su desarrollo como clase, de conquistar posiciones políticas, para ampliar y conquistar nuevos mercados. Tras la demagogia nacionalista de la burguesía está esencialmente este objetivo. Si se examinan las posiciones y documentos de la Lliga en esos años, la cosa es transparente, indudable. En un manifiesto publicado en 1903, decíase:

« la actitud de la Lliga ha sido dictada por la convicción de que tiene el deber, y de cuyo cumplimiento no puede ni debe sustraerse, de hacer sentir el disgusto de la opinión verdadera frente a la inconsciencia con que el Estado español perdura en sus vicios y sus rutinas seculares; frente a la impotencia política de este Estado, demostrada años atrás, en una de las páginas de su Historia, historia de imprevisiones y desastres; frente a su esterilidad como agente de civilización, proclamada con elocuencia aplastante por inacabables extensiones de tierras yermas, estériles, que no saben producir el trigo que ha de importar del extranjero; por una moneda despreciada, por comunicaciones bárbaras e incompletas; por una Administración torpe y corrompida; por una industria pobre y atrasada **como el mercado que la alimenta, sin expansión internacional y sin colonias.** »

« Hay que recordar que Cataluña, desde el día siguiente de la unión de las coronas de Aragón y Castilla, es víctima de la influencia y dominación perturbadora de la raza políticamente dominadora de España: **cerrándole el comercio de América**, se arruinó su comercio y su poder naval, que había de ser el del nuevo Estado; se le proscribió su lengua, se le arrebataron sus libertades municipales, se le desfiguró su derecho, se influyó en sus costumbres, y así cercados su trabajo y su cultura, la fuerza política la condena a vivir dentro del círculo raquítrico y pobre de la organización del Estado español, donde no encuentra aire libre y sano para **la expansión de su genio y el vigor de sus adelantos.** »

En un documento, estructurado a base de preguntas y respuestas, publicado en 1894, bajo el título de « Compendi », Prat de la Riba, el ideólogo de la Lliga, explicaba que con el sistema regionalista la industria y el comercio catalán **no perderían los mercados que poseían ya en España « y en cambio nuestros productores favorecidos por la nueva política, podrían conquistarse, además del mercado español, otros nuevos y más importantes mercados. »**

A través del movimiento nacional la burguesía catalana trata entonces de organizar la producción mercantil, de ampliar y asegurar sus mercados, de obtener privilegios para su propia expansión imperialista. Nótese que uno de los principales reproches de la Lliga al Estado burocrático semifeudal es precisamente el carecer de colonias, que proporcionen un mercado más amplio, sin que la contradicción entre la demanda de libertades nacionales y la idea de oprimir otros pueblos, embarace ni un solo momento a los hombres políticos de la gran burguesía catalana. Estos nunca disimulan el objetivo de obtener nuevos mercados. En su manifiesto sobre la guerra con los Estados Unidos, la burguesía catalana se interroga:

« ...¿de qué sirve que los productores catalanes creen una industria poderosa, orgullo de nuestra raza; que el agricultor, a fuerza de trabajo y energía, logre sacar pan de las mismas rocas; que nuestros establecimientos de crédito sean ejemplo de sensatez y buena administración, si una política interior y exterior, que tiene a mengua el cálculo y la previsión... pone

en peligro de muerte todas estas creaciones del genio catalán? »

Al intervenir en un gran debate promovido en la Cámara de Diputados en junio de 1916, sobre la cuestión catalana, Cambó, ponía de manifiesto una vez más la preocupación esencial de la burguesía catalana:

« ¡Ah señores diputados, si en España, en toda España, por encima de todos los patriotismos de región y de nacionalidad, existiese un ideal colectivo; si en España pensáramos en América y pensáramos en Oriente, yuviésemos un ideal de expansión, no territorial, sino de expansión económica... ¡con qué facilidad se resolvería el pleito catalán! »

¿Qué decía Cambó, en substancia? Pues que teniendo mercados, posibilidades de expansión, la burguesía catalana estará bien dispuesta a dar de lado las reivindicaciones de carácter nacional. La burguesía a través de la cuestión nacional lucha contra los privilegios del Estado opresor, y por privilegios para ella, no importa a costa de quién, incluso a costa de abjurar de la lucha nacional y de llegar a un compromiso con los opresores.

Si la burguesía catalana hubiera tenido entonces una posición más consecuente habría podido jugar un gran papel en la solución del problema nacional y en la transformación democrática del Estado español. Pero todo el **nacionalismo** y el ardor patriótico de la Lliga se enfriaban en cuanto el proletariado catalán, o el del resto de España, pese a su debilidad política, se removía. En el fondo, todo el juego político de la Lliga se cifraba en lograr un compromiso, lo más ventajoso posible con la oligarquía terrateniente que le abriera las avenidas del poder, y le permitiese utilizar éste en beneficio de sus intereses de clase. Tal propósito se traslucía con indudable claridad en las lamentaciones de Cambó en las Cortes, durante el mencionado debate:

« Somos los regionalistas catalanes un caso único en la flora política española, quizá en la flora política de Europa; nos pasamos la vida combatiendo a los gobiernos y haciendo oposición a los gobiernos; pero yo tengo que decir, señores diputados, y permitidme que en este momento de sinceridad no tenga la hipocresía de la modestia, que nosotros somos un **grupo de hombres de gobierno, que hemos nacido para gobernar, que nos hemos preparado para gobernar, que... hemos demostrado aptitudes para gobernar, y no obstante, señores diputados estamos condenados a ser hombres constantemente de oposición.** »

En el fondo para la gran burguesía catalana el movimiento nacional era una especie de trampolín desde el que se proponía saltar hacia el Poder del Estado, para asegurar una política que desarrollase sus mercados interiores y exteriores, una política, en definitiva, no nacional sino imperialista.

Otros ideólogos de la burguesía catalana han expresado esta tendencia imperialista en la concepción de la « gran Cataluña », que encerraba el propósito de anexión de todo el Levante hispánico, las Baleares, e incluso parte del territorio francés.

LA TRAICION DE LA GRAN BURGUESIA AL MOVIMIENTO NACIONAL.

La Lliga culmina su trayectoria con una traición al movimiento nacional de Cataluña y a las fuerzas democráticas españolas, o para ser más justos, con varias y sucesivas traiciones. El miedo a la clase obrera y a las masas trabajadoras, el temor a la apertura de un período revolucionario en España, decide su política de compromiso

y capitulación ante la oligarquía terrateniente castellana que detenta el Poder del Estado.

En el verano de 1909 se produce en África la catástrofe del barranco de Lobo, en la que la responsabilidad de la política aventurera, de prestigio, de la Monarquía semifeudal y centralista era inequívoca. Al embarcar en el puerto de Barcelona tropas destinadas al matadero de África, la clase obrera de la ciudad condal se declara en huelga de protesta y durante varios días —la « semana trágica »— lucha valerosamente contra las fuerzas del gobierno por el cese de la sangría estéril y criminal de África. ¡Excelente ocasión para la Lliga de pronunciarse contra los terratenientes opresores que gobiernan en Madrid y contra uno de los aspectos más escandalosos de la política imperialista del Poder central, de la que también Cataluña es víctima!

Pero no, la Lliga sólo encuentra motivos para condenar en un manifiesto repugnante a la clase obrera, a las « turbas exaltadas » y la « destructora dirección de sus inspiradores »; para condenar las « violencias contra las propiedades », y defender a los responsables de la catástrofe de África que según la Lliga « luchan heroicamente para sostener en una campaña exterior la dignidad y el porvenir de España ». Es particularmente indigno el « mea culpa » de la Lliga, arrepintiéndose de haber contribuido a crear en Cataluña « una saturación de radicalismos protestarios » y achacándolo todo a su exclusión de las funciones del Gobierno Central, o sea, implorando su participación en éste, dispuesta a defender la « continuidad de la vida social, el respeto al pasado » y « la cohesión de todos los elementos substanciales de la actual sociedad ».

Además de éste, otros hechos flagrantes confirman la traición de la Lliga. Para no extenderme demasiado sólo recordaré uno fundamental en la evolución del país y también en la evolución del « nacionalismo » de la gran burguesía catalana, que determina el paso definitivo de ésta al mismo campo de la oligarquía terrateniente.

En 1917 la ola revolucionaria que ha comenzado con la caída del zarismo en Rusia alcanza a España, donde las contradicciones sociales y políticas han llegado a un punto crítico. En ese momento la crisis del Estado monárquico, semifeudal y centralista opresor está en su apogeo. La clase obrera, organizada en el P.S.O.E., la U.G.T. y la C.N.T. han logrado concertar su unidad de acción contra la carestía de la vida y el régimen político imperante, y aunque todavía carece de un Partido Comunista capaz de asegurarle una dirección política revolucionaria, se prepara para grandes luchas, llena de combatividad. Las clases medias se hallan profundamente descontentas. El Ejército ve surgir en su seno las llamadas juntas de defensa que en su origen tienen un carácter protestatario; es decir, el principal puntal de aquel Estado se halla minado por poderosas corrientes inconformistas. Coincidiendo con esto hay en Cataluña un auge del movimiento nacional. Es decir, se crea en España una situación objetiva revolucionaria, que de haber existido entonces un verdadero Partido revolucionario del proletariado, un partido marxista-leninista, hubiera podido determinar grandes cambios históricos democráticos en el país.

Las diversas fuerzas de oposición, incluida la Lliga, inician una acción política común. Expresión de esta acción es una especie de ultimátum al Gobierno monárquico presidido por Dato, que se resume en estos puntos:

1. — Pedir al Gobierno la inmediata reunión de las Cortes para que las mismas, en funciones de Constituyentes, deliberen y resuelvan sobre la organización del Estado, y la autonomía de los municipios y den solución inmediata al problema militar y a los que las circunstancias actuales planteen con apremio inaplazable para la vida económica de España.

2º. — Comunicar el anterior acuerdo al Gobierno, y en caso de no obtener la inmediata convocatoria de las Cortes, invita a todos los senadores y diputados españoles para que concurren a una asamblea extraoficial en la que se delibere sobre los extremos consignados en el acuerdo anterior y cuya primera reunión tendrá lugar en esta ciudad el 19 del corriente ».

La respuesta negativa del Gobierno dió origen a la llamada Asamblea de parlamentarios, que tuvo lugar el 19 de julio de 1917 en Barcelona, con asistencia de 77 diputados y senadores. Esta asamblea hubiera podido transformarse en la cabeza del movimiento democrático, haciendo de Cataluña la base de este movimiento. Pero entre otros factores —de los cuales cabe subrayar uno: la debilidad política del proletariado—, la traición de la Lliga, temerosa de la clase obrera, frustró esa posibilidad. Los trabajadores fueron solos a la lucha, en agosto del 17, con una dirección débil y vacilante, y a pesar del derroche de heroísmo que realizaron, el movimiento terminó con una derrota momentánea.

En esta coyuntura la Lliga realizó un viraje decisivo. Aún calientes los cadáveres de las víctimas de la represión, repletas de obreros las cárceles, la gran burguesía catalana salta de la Asamblea de parlamentarios al Gobierno de Madrid, en el que entran como Ministros Juan Ventosa, en la cartera de Hacienda, y Felipe Rodés, en la de Instrucción Pública. Poco después, el mismo Cambó es nombrado Ministro de Fomento, mientras Ventosa recibe la cartera de Abastecimientos.

Así, la gran burguesía catalana ha conseguido sus propósitos: jugar un papel en la dirección del Estado. El movimiento nacional catalán y el movimiento democrático de las masas populares españolas, que le han servido de trampolín, son traicionados por ella. La Lliga se contenta con pequeñas concesiones regionalistas de pura fórmula —como la Mancomunidad—. Pero en el fondo ha conseguido posiciones más importantes, privilegios económicos más serios, para la clase que representa.

En adelante esa clase se confundirá cada vez más, política y hasta socialmente, con la oligarquía terrateniente y estará presta a salir en todo momento a la defensa de ese Estado **imprevisor**, lleno de **vicios y rutinas seculares**, con una historia de **desastres, estéril, torpe y corrompido**.

Tal es su comportamiento cuando, para salvar a dicho Estado, alienta y sostiene el golpe de Primo de Rivera, que habría de acentuar la política de asimilación violenta de Cataluña.

Igual propósito la anima al desionar a Juan Ventosa para formar parte del Gobierno Aznar, en un último y desesperado intento de sacar a flote la Monarquía, irremisiblemente condenada.

Por las mismas causas participa posteriormente en la sublevación franquista y ha enviado recientemente como Ministro para reforzar la tambaleante dictadura del « caudillo », a su representante Gual Villalbí.

LAS CAUSAS Y LAS CONSECUENCIAS DEL COMPROMISO ENTRE LA GRAN BURGUESIA Y LAS CLASES SEMI- FEUDALES REACCIONARIAS.

En el debate que hubo en junio de 1916 en la Cámara de diputados, en torno a la cuestión catalana, Canalejas, el viejo político liberal de la Monarquía, supo tocar a los representantes de la Lliga en el punto sensible:

« ...si algún día... —les decía— llegaréis a persuadirnos de que se debe constituir la región catalana **¿qué sería del elemento propietario catalán?** ¿Qué fuerza tendrían los industriales de Cataluña para **encauzar** (sic) las aspiraciones del

proletariado obrero? Yo creo que se iría a una gran lucha. ¿Y sabéis si teneis el **Poder** y la **organización vital** (sic) necesarios para **resistir** esas luchas del trabajo, esas grandes convulsiones sociales, en que toda la fuerza, todo el vigor del Poder del Estado **parecen pocos?** »

En substancia, Canalejas venía a decir a los grandes burgueses catalanes: « ¿Podrías prescindir de nuestro Estado, nuestra guardia civil y nuestro Ejército para meter en cintura a vuestra clase obrera? »

Canalejas añadía veladamente otro concepto que puede resumirse en estas palabras: « ¿encontrarías en otras partes el mercado que España os ofrece, el proteccionismo arancelario que os asegura? »

Al capitular ante los terratenientes castellanos y su Estado semi-feudal y burocrático la gran burguesía catalana seguía idéntica conducta que su homóloga vasca y, en general, que toda la capa superior de la burguesía de los distintos pueblos de España.

En realidad, el centro de la lucha no residía en la cuestión nacional catalana, ni mucho menos entonces, en la vasca; éstas eran sólo —aunque importantes— una parte del asunto. El gran problema era la cuestión del carácter del Estado, de la clase que ocupase el Poder político. La burguesía de los diferentes pueblos de España, como clase, aspiraba a ocupar el Poder del Estado, para utilizarlo en su beneficio, frente a la clase de los terratenientes, afincada especialmente en las zonas interiores de España, de las que Castilla aparecía, históricamente, como cabeza. La clase de los terratenientes, con todas las características feudales que encerraba en sí, ocupando el Poder, representaba un obstáculo para el desarrollo capitalista de Cataluña, Euzkadi y en general, de toda España.

Por tanto, no sólo el interés de las nacionalidades oprimidas sino el de España entera reclamaba la liquidación del Estado monárquico semifeudal, que disimulaba su carácter autocrático bajo un liberalismo formal, aposentado en el caciquismo y la corrupción del sufragio.

Esta tarea histórica —la liquidación de dicho Estado— aun no había sido realizada por la burguesía a fines del siglo XIX. Mientras Francia, Inglaterra y otros países la resolvieron ya en el siglo XVIII, realizando su revolución burguesa, España entró en el XX, con una organización social retrasada en más de cien años. Las clases reaccionarias, portadoras del sistema feudal de producción acaparaban el Poder estatal, amparándose en él para mantener sus privilegios e impedían el desarrollo económico, político y cultural del país. En el período histórico correspondiente, la burguesía no consiguió ser la clase dirigente, no alcanzó a fundir e identificar sus intereses con los de la nación, desplazando al feudalismo. De haberlo logrado, los términos del problema nacional en España hubieran, probablemente, cambiado, y éste no habría llegado a tomar las características que luego adquirió.

Frente a las clases semif feudales reaccionarias la lucha de la burguesía no podía ser una lucha consecuente a fines del siglo XIX y en el XX, cuando ya el proletariado representaba una fuerza social y política muy importante. Si su impotencia, su esterilidad, su limitación —debidas a factores históricos que no son del caso aquí—, impidieron triunfar a la burguesía en tiempo oportuno, en éste, la revolución habría escapado a su control y sido el principio de una transformación social más profunda.

Esta fué la causa por la que la burguesía catalana, en un momento decisivo como lo fué el año 1917, en que se acumulaban circunstancias propicias para dar al traste con el feudalismo centralista, volvió grupas y escogió otro camino que consideró más seguro para sus privilegios de clase que el que le brindaba la Revolución democrática.

El camino escogido fué el del entendimiento con la oligarquía terrateniente. Esta, por su parte, se hallaba dispuesta también a

hacer concesiones. Comenzaba a transformarse en una clase semi-feudal, semicapitalista; a encontrarle el gusto a las especulaciones financieras, a la combinación del usufructo de la renta agraria con ciertas actividades capitalistas. Se hallaba dispuesta a dar facilidades a la gran burguesía catalana y vasca para la explotación del mercado español que, si bien reducido de proporciones, tenía la ventaja de estar casi limpio de competidores nacionales, dado el atraso económico de las zonas del interior, y podía cerrar sus puertas a los competidores extranjeros —como, en efecto, las cerró— con una rígida política arancelaria.

Las bases del acuerdo contraído entre la oligarquía terrateniente y la gran burguesía catalana y vasca podrían concretarse, un poco esquemáticamente, en estos términos.

La oligarquía terrateniente conservaba en sus manos el Poder del Estado —que no estaba dispuesta a soltar—, con el que velaría no sólo por la integridad del latifundio sino también por los intereses de dichas burguesías frente al creciente movimiento de lucha de los obreros; incluso daría un cierto derecho de control sobre el Poder a los representantes de la gran burguesía catalana y vasca.

En correspondencia, éstas extenderían su dominio sobre el mercado español, sin competidores importantes; recibirían favores económicos y ciertos privilegios por parte del Estado y dispondrían de la guardia civil, del Ejército y de los funcionarios oficiales para maniatar al proletariado.

Este compromiso reaccionario encerraba en sí una traición al movimiento nacional, ya que la gran burguesía catalana sacrificaba las libertades y la cultura nacional a sus egoístas privilegios de clase. En su conjunto, estaba dirigido contra todas las fuerzas progresistas y democráticas de la sociedad española que luchaban por un Estado moderno.

Sus consecuencias funestas gravitan sobre nuestro país hasta el día de hoy. Si bien no puede concebirse este compromiso entre tales clases como un idilio sin nubes; si, ciertamente, ha habido contradicciones —a veces importantes y agudas— como no podía dejar de suceder entre lobos, su entendimiento ha pesado como una losa de plomo sobre el desarrollo político y económico posterior de España.

En el terreno económico tal compromiso ha frenado el desarrollo moderno de España; ha hecho perdurar el atraso económico de las zonas del interior, manteniendo el régimen semifeudal, sin desarrollar, en cambio, grandemente la periferia.

En el terreno político, dicho compromiso salvó a la monarquía en 1917 y hundió más tarde la República democrática, dando pie a la guerra civil del 36-39 y la consiguiente intervención fascista extranjera y trayéndonos un régimen fascista que dura cerca de veinte años.

Es decir, ha sido una verdadera catástrofe para España.

Ese compromiso ha venido a hacer más complejos y contradictorios los términos del problema nacional en España. Porque a consecuencia de él las nacionalidades periféricas ven reprimida y aplastada su personalidad, perseguidas sus libertades y su cultura por una coalición que engloba junto con los terratenientes castellanos a su gran burguesía, coalición que bajo la dictadura franquista se ha fusionado hasta formar una sola oligarquía: la oligarquía monopolista.

Mientras que, por otro lado, **Castilla y los demás pueblos de España sufren la explotación imperialista de la gran burguesía catalana y vasca, que dobla la explotación de sus propios terratenientes.**

Estos factores complejos y contradictorios del problema nacional muestran la base objetiva, por un lado, para la enemistad de las masas catalanas, impedidas de disfrutar sus libertades y desarrollar su cultura, contra el centralismo castellano; por otro, para el « anti-

catalanismo » o el « antivasquismo » de amplias masas del campesinado del interior, que en sus relaciones económicas, a través del mercado, chocan directamente con la gran burguesía catalana y vasca, y a las que resulta un consuelo muy reducido poder hablar y escribir —cuando saben— en su lengua, o cantar sus canciones, para lo que las más de las veces no les queda ni tiempo ni humor.

Este segundo aspecto de la cuestión, quizá no suficientemente estudiado, da la clave para comprender por qué la reacción en su agitación contra el Estatuto catalán, por ejemplo, conseguía movilizar contra los Partidos democráticos españoles y contra la República, masas enormes de campesinos que se congregaban en las plazas de toros castellanas y aragonesas para aplaudir a los oradores reaccionarios, confundiendo las arengas demagógicas de éstos contra Cataluña y la República con la defensa de sus intereses económicos.

Es evidente que en lo sucesivo una justa política en la cuestión nacional tendrá que tener más cuenta de cada uno de los diversos y complejos aspectos de su planteamiento.

EL DESARROLLO DE LA CUESTION NACIONAL EN EL PERIODO REPUBLICANO.

El advenimiento de la República representó una derrota para las fuerzas políticas de la oligarquía terrateniente y de la gran burguesía. Dentro de la democracia burguesa la cuestión nacional recibió por fin una solución, acorde con el carácter de aquella situación, al aprobarse los Estatutos catalán y vasco. Esta vez en Cataluña quien tomaba la dirección del movimiento nacional era la burguesía media, de tendencias democráticas, rival de la Lliga.

En cambio en Euzkadi el carácter de la dirección del movimiento nacional era más dudoso. El Partido nacionalista vasco no podría definirse, igual que la Izquierda de Cataluña, es decir como un partido de la burguesía media y de tendencias democráticas. Ciertamente gozaba de amplia audiencia entre las masas populares, consecuencia de haber casi monopolizado la representación de la causa nacional vasca por culpa de la limitación centralista del P.S.O.E. y del insuficiente desarrollo del Partido Comunista. Pero el entroncamiento de la dirección del partido nacionalista vasco con la gran burguesía y el alto clero es cosa sobradamente conocida y que determina la situación de dicho Partido en aquel momento. Por otra parte, no se conoce en la política de la República otro Partido de funcionamiento más antidemocrático —exceptuando, acaso, Acción Popular— con rasgos más totalitarios en su organización, que el Partido Nacionalista Vasco. Nadie podría decir cuándo se ha reunido un Congreso de dicho Partido, ni en qué comicio han sido elegidos sus dirigentes, ni ante quién dan cuenta de su gestión. Al estallar la guerra, en 1936, el P.N.V. —que no participaba en el Frente Popular—, como consecuencia de la presión de masas y tras no pocas vacilaciones de una parte de sus dirigentes, se unió a la causa de la República. Y aunque en ese período se desarrollaron en su seno corrientes más democráticas, los dirigentes trataron siempre de no romper enteramente con la gran burguesía y con las jerarquías de la Iglesia.

Si la dirección de la República hubiera estado en manos más firmes y consecuentes durante el primer bienio, la concesión de los derechos nacionales a Euzkadi y Galicia no hubiera sido regateada como lo fué. Y junto con la cuestión nacional, se hubiera abordado la solución de otros problemas no menos decisivos para la efectiva transformación democrática del país. Se habría liquidado la base material de la oligarquía terrateniente, mediante una amplia y completa reforma agraria, por ejemplo. Tal reforma hubiera ampliado el mercado interior extraordinariamente, proporcionando nue-

vas salidas a la producción industrial catalana, vasca y de otros lugares del país, facilitando su expansión económica, y habría intensificado la producción agraria liberada, por fin, de trabas feudales.

A la vez hubiera podido abordarse otro aspecto: el del desarrollo industrial de las zonas interiores de España, desarrollo que lógicamente debería haberse realizado en parte, a costa de la expropiación de la nobleza terrateniente y en parte a costa de los beneficios de la gran burguesía vasca y catalana, y en general, de la gran burguesía española; es decir, rescatando una parte de los beneficios logrados por dicha capa de la burguesía con la explotación, a través del mercado, de los campesinos castellanos y del interior.

Pero la burguesía media y sus aliados socialistas vacilaban ante la presión de la aristocracia terrateniente y la gran burguesía por un lado, y la del proletariado y el movimiento campesino, por otro. Sus vacilaciones dejaron libre el camino a la sublevación y al fascismo, que ahogaron en sangre la democracia y las libertades nacionales.

En el período de la guerra contra el fascismo se crearon relaciones completamente nuevas entre las nacionalidades que habían estado anteriormente oprimidas —particularmente, Cataluña, ya que Galicia cayó desde el principio en manos de los sublevados y Euzkadi, pocos meses después— y el resto de los pueblos de España, en la zona republicana. Contra el fascismo, en defensa de la democracia, se alcanzó una unidad anteriormente desconocida. El eje principal de esta unidad era ya la clase obrera de Cataluña —que con la creación del P.S.U.C. había hecho un gran salto adelante— y la clase obrera de los otros pueblos de España, más las masas campesinas. La desaparición de la opresión nacional y la sangre vertida en común defendiendo Madrid y Cataluña creó los fundamentos de una nueva hermandad entre los pueblos de Cataluña y del resto de España.

En ese período, los motivos fundamentales de fricción —es decir, la opresión nacional de Cataluña y la doble explotación del campo castellano por los terratenientes indígenas y por la gran burguesía catalana— desaparecieron.

Los pueblos aprendieron que estos resultados podían lograrse con la lucha común, que la causa nacional catalana —como la vasca y la gallega— están indisolublemente ligadas a la causa de la transformación democrática del Estado español; que existe una profunda comunidad de intereses entre los pueblos de España.

La lucha común, pese a terminar con la derrota transitoria, echó las bases para el renacimiento de un Estado democrático en España, más unido y fuerte que lo fué nunca en el pasado, asentado en la comunidad de intereses y en el respeto a la diversidad nacional, al derecho de autodeterminación de los pueblos.

LA RELACION ENTRE EL PROBLEMA NACIONAL Y LA LUCHA CONTRA LA OLIGARQUIA MONOPOLISTA.

Como no podía dejar de suceder, la evolución de la cuestión nacional en los últimos veinte años ha sido influenciada por los cambios políticos sociales habidos en nuestro país y su solución está ligada a las tareas de clase del proletariado en esta etapa, a la lucha de las fuerzas progresistas de todos los pueblos de España.

Uno de los fenómenos fundamentales de hoy es que bajo la dictadura del general Franco el capital monopolista ha experimentado un enorme desarrollo. Seis grandes Bancos —el Hispano-Americano, el Central, el Español de Crédito, el de Bilbao, el de Vizcaya y el Urquijo— acumulan ellos mismos directamente, o a través de otros grupos bancarios que controlan:

El 76,40 % de todo el capital bancario existente en España.
El 94,84 % de todas las reservas.
El 87,18 % de todo el activo.
El 89,54 % de todas las cuentas corrientes.
El 83,61 % de todos los créditos otorgados.
El 93,07 % de todos los valores.
El 94,01 % de todas las letras de comercio descontadas. (Datos de 1955).

Estos seis Bancos controlan igualmente la Banca oficial, que utilizan para regentar las finanzas públicas en su provecho; controlan la mayor parte del comercio y la industria nacional y están extendiendo su dominación al agro español. A este respecto hay que destacar el papel que la oligarquía monopolista desempeña en el desarrollo capitalista, a la manera « prusiana », del campo.

La oligarquía monopolista, en gran medida, es el producto de la fusión de la nobleza terrateniente de Castilla, con la gran burguesía de las nacionalidades de Euzkadi y Cataluña. Es el último resultado, en el terreno económico, del compromiso político entre estas clases, realizado a costa de la democracia española y de las libertades nacionales.

El papel principal dentro de esta oligarquía lo juega la gran burguesía vasca, que predomina en cinco de los seis grandes Bancos. Comparten el **monio** con ella, aunque en un lugar secundario, la gran burguesía catalana y la nobleza terrateniente, más algunos advenedizos franquistas.

Por donde resulta que el Estado fascista del general Franco, centralista y opresor, persecuidor de la cultura y las libertades vascas y catalanas, es el instrumento, el gendarme de los privilegios de los grandes señores vascos, catalanes y castellanos. Los Urquijo, Garnica, Aledo, Arteche, Chavarri, Careaga, Irujo, Murua, etc. y los Arnús, Guell, Marsans, Ramonet, Caralt, Mateu, Escolés, Valls, Ventosa y Bertrand —elevados muchos de ellos por el rey y hasta por Franco, a la categoría de nobles, para no desentonar— se entienden a las mil maravillas con los duques del Infantado, Alburquerque y Alcalá; los condes de Limpías, de San Luis, de Vallelano; los marqueses de Haro, de Almunia, de Estella, otros barones y algunos generales curtidos en la persecución contra los **reios separatistas**, dentro de los Consejos de Administración de la oligarquía monopolista.

En el transcurso de los años de dictadura esta oligarquía ha extendido sus garras no sólo sobre el campo, sino sobre todas las actividades económicas del país desarrollando —algunas veces con participación del capital extranjero— ciertas industrias en las zonas del interior en las que, naturalmente, no han sacrificado sus beneficios, sino que los han aumentado en proporción fabulosa, esquilmando a las masas no sólo con la plus valía extraída del trabajo obrero, sino con el monopolio del mercado, con los impuestos del Estado —que en no escasa proporción revierten a las arcas de la oligarquía— y hasta con las cuotas de los seguros sociales, de las que han bombeado apreciables capitales.

Esta fusión en el seno de la oligarquía monopolista —fusión que tampoco se opera idílicamente, sin contradicciones y sin conflictos— ha hecho que la capa superior de las clases dominantes en las nacionalidades oprimidas y en la opresora sea, de hecho, una sola capa explotadora dentro de la cual se ha esfumado toda diferenciación nacional; sea, en la práctica, una clase única, que utiliza la dictadura del general Franco en su beneficio, explotando y oprimiendo política y socialmente a todas las otras clases y capas, desde el proletariado y los campesinos, hasta la burguesía media, no monopolista.

De ahí que el movimiento democrático tanto de Cataluña, Euzkadi y Galicia, como del resto de España, si quiere ser consecuente, tenga

que plantearse en este período, como su objetivo estratégico (a lograr tanto en el curso de la lucha contra la dictadura del general Franco, como posteriormente durante la acción política y social para el desarrollo de la democracia) el de cercenar hasta su anulación el poder omnímodo de esta oligarquía.

La política del proletariado y de las fuerzas progresistas en la cuestión nacional, para dicho período, tiene que estar condicionada por ese objetivo estratégico fundamental. Cualquier desviación, del tipo que fuese, resultaría fatal, una vez más, para la democracia y para los movimientos nacionales y sólo beneficiaría a la oligarquía. Esta es una premisa fundamental, a tener en cuenta, actualmente, al abordar la cuestión nacional, desde un punto de vista marxista-leninista.

La solución al problema nacional se integra así en el conjunto de la lucha democrática de las diferentes clases y capas no monopolistas de la sociedad, con el proletariado en vanguardia, contra el dominio de la oligarquía monopolista.

Las características del desarrollo de España, desde hace largos años, y sobre todo durante los transcurridos bajo la dictadura, han conducido a estrechar los lazos económicos y a reforzar, en el terreno económico, la comunidad entre los distintos pueblos de España. No importa que las vías de este desarrollo sean tortuosas e intrincadas y estén manchadas por los excesos más reprobables de la opresión social, política y nacional. El hecho objetivo es ése. Dentro de la actual sociedad española, en la que coexisten las formas más avanzadas del capitalismo con los residuos del feudalismo medieval, la trabazón económica de unos y otros pueblos es una realidad, que no desmienten sino que confirman las contradicciones inherentes a tal estructura económica. Si hacía falta una comprobación de lo dicho, la reacción negativa frente al mercado común europeo, que los lenitivos oficiales no consiguen disimular (reacción común, por diferentes motivos y razones, a la casi unanimidad de los españoles), viene a proporcionarla en términos irrefutables.

Este factor objetivo hará sentir su influencia en el planteamiento y la solución del problema nacional. Porque la perspectiva del desarrollo político y social de los pueblos de España estará determinada, en buena parte, por las relaciones y la base económica, material.

Las nuevas características que rodean la cuestión nacional en este período concreto, explican acaso por qué siendo tan vivo y profundo el resurgimiento nacional hoy en Cataluña y —quizá no en idéntica medida— en Euzkadi, no aparecen manifestaciones de separatismo en ninguno de los grupos que actúan.

DOS ERRORES QUE EL PARTIDO PROLETARIO DEBE EVITAR.

Entre nosotros hemos convenido muchas veces en la importancia de que los comunistas de las nacionalidades oprimidas de España arranquen la bandera nacional de las manos claudicantes de la burguesía. Ya en el curso de la guerra contra el fascismo, sobre todo en Cataluña, se hicieron serios progresos con la aparición y la actividad de un gran Partido obrero, el P.S.U.C., progresos que han ido afirmándose. Por otro lado la actitud consecuente del Partido Comunista de España en la cuestión nacional fué y es una contribución decisiva para la elevación del proletariado de las nacionalidades oprimidas al papel dirigente dentro del movimiento nacional. Y en general, los comunistas somos beneficiarios de la influencia proporcionada por la justa solución dada al problema de las nacionalidades en la Unión Soviética y los países del campo socialista.

Sin embargo los progresos hechos en esa dirección no son todo lo firmes y decisivos que fuera menester.

Si esto es así, habrá que preguntarse cuáles son las causas que

originan esta insuficiencia. Tampoco es la primera vez que nos interrogamos sobre ellas. Anteriormente nos dábamos la respuesta justa, pero incompleta, de que era preciso buscarlas en un deficiente conocimiento de la teoría marxista-leninista sobre la cuestión nacional. De entonces acá muchos comunistas han estudiado más la teoría, han ampliado sus conocimientos en esta cuestión, y estarían en condiciones de hacer buenas conferencias y artículos sobre los principios. Sin embargo, aunque el estudio de la teoría ha aguzado nuestra preocupación por el problema, y de consiguiente, nos ha aproximado a su solución, todavía no la hemos encontrado plenamente.

Aquí entra, por algo, el defecto del dogmatismo. Si estudiamos la teoría pero no elaboramos acertadamente su aplicación a las condiciones concretas de nuestro país, todo se resolverá en fórmulas aprendidas y recitadas de manera más o menos feliz. Como ha recordado el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (y últimamente, la Declaración de 12 Partidos de los países socialistas), la teoría hay que aplicarla de una manera creadora a las realidades concretas de cada país y cada período, y no dogmáticamente, estancándose en las fórmulas, y perdiéndose en las generalidades.

Este es el esfuerzo que aun no hemos abordado y que debemos iniciar; la parte que faltaba a nuestra respuesta cuando nos interrogábamos sobre el camino para poner en manos del proletariado y de su Partido la dirección del movimiento nacional. Tenemos que elaborar la aplicación de los principios marxistas-leninistas a la evolución del problema nacional —o de los problemas nacionales— en nuestro país, en este período concreto.

Para ello debemos superar, entre los comunistas de las nacionalidades oprimidas, dos posiciones que desde diverso ángulo representan un grave error.

Una de ellas consiste en la subestimación, en la indiferencia ante la cuestión nacional, que entraña un cierto nihilismo, una actitud sectaria, la renuncia (involuntaria) a desempeñar el papel dirigente que corresponde al Partido entre las grandes masas democráticas de una nacionalidad dada.

El Partido proletario que no se sitúa correctamente ante el problema nacional, tanto desde el punto de vista ideológico como del político práctico, cede el campo a la burguesía, se aísla, se condena a la pérdida de influencia.

Una parte considerable de los trabajadores y sobre todo la masa de los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía media están influídos en mayor o menor grado por puntos de vista nacionalistas burgueses, ya que, en general, fué siempre la burguesía quien dirigió el movimiento nacional. No importa que en muchos casos, esos sentimientos estén como dormidos, soterrados por la opresión. Resurgirán, con el tiempo, más vivaces.

La indiferencia ante la cuestión nacional no pondrá término a esa influencia burguesa; por el contrario, facilitará su persistencia y su extensión, contribuirá a solidificarla.

Evidentemente, tal actitud no puede reportar ninguna ventaja al proletariado y a su causa; sólo nos proporcionaría desventajas. El provecho de tal indiferencia irá exclusivamente hacia la burguesía y sus partidos.

Otras veces se cae en el extremo opuesto, es decir, en la idea de que para arrancar la bandera nacional de manos de la burguesía hay que ser **más nacionalistas** que los nacionalistas burgueses. Por este camino quisieron llevar al Partido en ciertas ocasiones pastores que, más que tales, resultaron ser ovejas descarriadas.

No hace falta decir que esta actitud es tanto o más errónea que la de la indiferencia y la subestimación.

Es lógico —no lo sería lo contrario— que los comunistas de una

nacionalidad, Cataluña en este caso, se sientan partícipes del sufrimiento común de su pueblo, causado por los atropellos que la dictadura comete contra las libertades y la cultura nacionales y denuncien tales atropellos con gran vigor; es lógico que se emplacen a la vanguardia de la lucha contra esas ofensas, por las libertades y el patrimonio cultural de su pueblo. Pero de eso a ser **más nacionalistas** que los nacionalistas burgueses hay un abismo.

Quien lo franquease incurriría en grave falta, porque si la indiferencia y la subestimación de la cuestión nacional representan abandonar vastos sectores del pueblo a la influencia de la burguesía, este otro error, el del nacionalismo burgués, significaría que ya ni el Partido proletario se excluye de tal influencia; que los comunistas dejaríamos de serlo para transformarnos en apéndice de los grupos políticos burgueses.

LA DEFENSA DEL DERECHO DE AUTODETERMINACION Y LAS OTRAS CONDICIONES PARA QUE EL PARTIDO DESEMPEÑE SU PAPEL DIRIGENTE.

En las condiciones actuales, como siempre, el principio para la solución justa del problema nacional es el reconocimiento del derecho de autodeterminación. El Partido Comunista de España mantiene y mantendrá firmemente la defensa de este principio, que entraña incluso el derecho a la separación.

Ello no significa que en el caso preciso de la evolución del problema nacional en España los comunistas y el proletariado en general, estemos en favor de la separación; es evidente que no estamos por la separación. El reconocimiento del principio de la autodeterminación significa que ninguna solución puede ser impuesta desde Madrid a los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia; cualquier solución impuesta sería un atropello, además de una torpeza, porque en vez de resolver el problema lo enconaría aun más. Los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia deben decidir, ellos mismos, sobre la naturaleza de sus relaciones con los demás pueblos de España; la estructura orgánica del Estado español debe ser resuelta libremente por todos los pueblos que le integran, sin imposición, sin privilegios para ninguno de ellos ni para sus clases explotadoras. Esto no sólo no amenguará la unidad y la fuerza del Estado democrático, sino que las hará mucho más sólidas, a base del reconocimiento de la diversidad nacional. Con el reconocimiento de las autonomías hizo mucho más la República por la unidad efectiva de España, que largos años de autocracia monárquica o de dictadura franquista, es decir, de asimilación violenta.

Los comunistas de la nacionalidad opresora —que resulta ser, socialmente, la más oprimida en este período, y este es uno de los aspectos más contradictorios de la cuestión nacional— **defendemos el derecho de autodeterminación como el único camino para resolver el problema.**

La defensa consecuente de este derecho es una parte muy importante del esfuerzo para poner en manos del proletariado la dirección del movimiento nacional. Pero, evidentemente, no es todo el esfuerzo.

Sin abrigar la pretensión de analizar en esta intervención todo el problema sino simplemente, de suscitarlo, de iniciarlo, estimo que hay que prestar atención a otros elementos que entran en su planteamiento.

Del mismo modo que el proletariado de la nacionalidad políticamente opresora no puede sentirse ligado por ninguna solidaridad « nacional » con la nobleza terrateniente, ni con la oligarquía monopolista en la que ésta se integra, y considera su primer deber com-

batirlas, el proletariado de las nacionalidades oprimidas debe denunciar en primer término a su gran burguesía, la colusión entre ésta y la gran burguesía de los diversos pueblos con la aristocracia latifundista, y los privilegios que esta colusión garantiza a su propia burguesía; la explotación por ésta no sólo de su propio pueblo sino de los demás pueblos de España, incluidos los de la nacionalidad opresora.

El obrero de Madrid, que no tiene nada en común con el Duque del Infantado —pongamos por ejemplo— se siente en cambio solidario y unido en una misma lucha de clase, en una idéntica acción política con el proletariado de Barcelona y Bilbao.

El obrero de Barcelona y Bilbao, a su vez, está mucho más cerca del campesino de Castilla, que de los Mateu, Guell, Urquijo, Garnica y Cía. aunque éstos hayan nacido en su misma tierra y hablen su lengua.

La unidad de clase de los proletarios de toda España frente a la oligarquía monopolista (a la que no separa ninguna diferencia **nacional**) es una de las partes decisivas de una política revolucionaria sobre la cuestión nacional. Sin asegurar esa unidad, el proletariado, lo mismo en la periferia que en el centro, vería sus fuerzas sumamente quebrantadas y no podría asegurar su papel dirigente ni localmente dentro del movimiento nacional, ni en un plano más amplio sobre el conjunto del movimiento democrático. La comprensión de esta realidad es esencial para nosotros comunistas.

Ante los proletarios de Cataluña y Euzkadi esta cuestión de la solidaridad de clase se plantea hoy no sólo en un plano político general, sino en otro más simple e inmediato. Como consecuencia de la política de desarrollo capitalista en el campo a la manera « prusiana », del saqueo y el expolio a que se ven sometidas las masas campesinas —saqueo y expolio en el que participan muy directamente los grandes burgueses vascos y catalanes de la oligarquía— decenas de miles de jornaleros y campesinos han emigrado de Castilla, Aragón, Andalucía, Extremadura e incluso Levante, hacia las industrias de Euzkadi y Cataluña. Los capitalistas catalanes y vascos han encontrado en estos inmigrantes una masa de obra mucho más fácil de explotar que el proletariado tradicional, asentado ya desde largos años en la producción, más consciente y capaz de defenderse. Los nuevos proletarios viven hacinados en chabolas o en habitaciones realquiladas, en circunstancias infrahumanas y a veces aceptan más fácilmente las condiciones de trabajo que los patronos quieren imponerles. Por este procedimiento los capitalistas no sólo extienden su poder al campo sino que se aseguran una reserva de mano de obra barata en la industria y además intentan escindir a los trabajadores. Para lo último, fomentan las fricciones entre los obreros locales y los inmigrantes, desarrollan entre unos y otros una especie de chovinismo, suscitando la desconfianza y la hostilidad entre los obreros catalanes y vascos, de un lado y los castellanos, andaluces o extremeños del otro. La oligarquía provoca primero la miseria y la emigración en el campo y la aprovecha luego para redoblar la explotación en la industria. Gana a todos los paños.

Los proletarios vascos y catalanes deben denunciar estas maniobras capitalistas, rechazar toda especulación nacionalista o de otro género que divida a los trabajadores y esforzarse por hacer la unidad de éstos, por encima de las diferencias nacionales, en el espíritu del internacionalismo proletario. Para honor de los obreros catalanes y vascos, así sucede en la mayor parte de los casos.

En definitiva la unidad del proletariado de todas las nacionalidades de España es una condición indispensable al cumplimiento del papel dirigente que le incumbe en el movimiento nacional, es una parte esencial de la lucha para arrebatarse a la burguesía la bandera nacional, según el término tantas veces empleado.

Al mismo tiempo la clase obrera considera la lucha por las libertades nacionales, como formando parte de un todo, es decir, de la lucha contra la dictadura del general Franco —desde un punto de vista, pudiéramos decir, táctico— y contra la dominación de la oligarquía monopolista —desde un punto de vista que pudiéramos calificar de estratégico.

La historia reciente y el estudio de las particularidades de la evolución de la cuestión nacional, muestran abundantemente que no es posible resolver esta cuestión sin resolver al mismo tiempo el conjunto de los problemas de la transformación democrática de España.

La fuerza política que se descarte de este punto de vista se colocaría sobre un terreno irreal, demagógico y quedaría aislada.

En esencia, la cuestión reside en terminar con la dictadura, en cercenar la omnipotencia de la oligarquía. Sólo así será realidad el derecho de autodeterminación y, en general, todos los derechos democráticos de los pueblos de España.

Esto determina el alcance de las alianzas del proletariado. Tanto en el terreno de la nacionalidad, como en el conjunto de España las alianzas y acuerdos —desde el punto de vista táctico— deben extenderse a todas las fuerzas que se oponen a la dictadura; desde el punto de vista estratégico, a las fuerzas antioligárquicas.

A veces, en la práctica política diaria se presentan ciertos problemas que debemos resolver justamente. Por ejemplo éste: ¿podemos poner, en general, como condición para el entendimiento anti-franquista la admisión del derecho de autodeterminación?

Prácticamente, ninguna fuerza política catalana, vasca o gallega, exige hoy esta condición previa, y con razón. Partiendo del principio de que los problemas no se resuelven todos de golpe, sino por partes, es natural prescindir de esa condición para que prosperen otras que pueden abrir el cauce a la solución más completa de los problemas de la democracia española, incluido el nacional.

Frente a la dictadura los comunistas consideramos que un punto común es suficiente para alcanzar un acuerdo político general —aunque sean también posibles entendimientos parciales aun más limitados—: el restablecimiento de las libertades políticas para los Partidos y organizaciones sociales, sin discriminación; la consulta democrática al pueblo. Esta coincidencia puede lograrse incluso con fuerzas que no aprecian como nosotros el desarrollo posterior de la situación, pero que subordinan sus puntos de vista al dictado de la voluntad popular.

Si el proletariado tiene conciencia clara del carácter de la lucha, de sus objetivos y de las vías por que debe conducirla habrá dado un paso decisivo para arrancar la bandera nacional de manos de la burguesía.

LA LUCHA IDEOLÓGICA EN TORNO A LA CUESTIÓN NACIONAL.

Con todo, no podemos detenernos ahí. Debemos ahondar aun más en la elaboración de la cuestión nacional, de cada una de ellas. A este respecto, tanto los comunistas de Cataluña, Euzkadí y Galicia como los del resto de España, tenemos deberes importantes que no podemos soslayar, so pena de exponernos a serias contradicciones.

En el terreno general en España hay una gran labor ideológica que realizar para destruir todas las secuelas de la ideología tradicional de la aristocracia terrateniente castellana y de su versión falangista sobre la cuestión nacional.

Tenemos que desvanecer los efectos nocivos de la falsificación de la Historia de España, falsificación que consiste en ignorar los

antecedentes históricos del problema nacional, y en hacer creer que tras la reconquista, al realizar la unidad estatal, los Reyes Católicos pusieron término para siempre a las diferencias nacionales y consiguieron hacer de España una nación única. Esto no es verdad; ni puede confundirse la aparición del Estado unificado con la unidad nacional, ni más tarde la burguesía supo realizar esta unidad, a causa de su impotencia, su limitación y sus compromisos con el feudalismo.

Cataluña, Euzkadi y Galicia reúnen cada una los rasgos (más o menos desarrollados, según el caso) que concurren en la formación de una nación históricamente: una comunidad de lengua, de territorio, de economía y de psicología y cultura. Hay una historia y una cultura de esos pueblos que los españoles debemos aprender a estimar. La ignorancia de esa historia y esa cultura, de todo lo que hace la personalidad de esos pueblos puede consolar a los obtusos feudales y reaccionarios españoles, pero no es una actitud propia de los intelectuales y del pueblo.

Junto a esto debemos combatir la concepción de que el reconocimiento de la personalidad nacional de esos pueblos y de su derecho a la autodeterminación, es una posición **destruktiva** en cuanto a la unidad del Estado, una actitud **separatista**.

Hay un Estado que debe ser transformado: el viejo Estado centralista, oligárquico, burocrático y su forma fascista actual. Pero ello interesa a todos los partidarios de un Estado moderno y democrático. Esta actitud no tiene nada de **destruktiva** ni **separatista**.

Precisamente todos los fermentos **destruktivos** y **separatistas** se contenían en la política de asimilación violenta y de reacción de la autocracia monárquica y se contienen en la política fascista de la dictadura del general Franco.

Sólo una transformación democrática puede eliminar esos fermentos y sentar las bases para una sólida y libre comunidad estatal de los diversos pueblos de España.

Es evidente que el esclarecimiento de estos problemas demanda de los comunistas españoles una seria labor ideológica y política, necesaria también para sacar al movimiento nacional de la influencia burguesa.

Por otra parte, los comunistas de Cataluña, Euzkadi y Galicia, para lograr ese fin, no pueden reducir su actividad a una toma de posición y a una agitación política general sobre la cuestión. Tampoco basta con que desplieguen una actividad acertada —aunque ello sea tan importante— en el campo de la lucha económica práctica de la clase obrera y las masas campesinas. Ante ellos se abre un ancho campo de lucha ideológica contra las concepciones nacionalistas e imperialistas de la burguesía, sin cuya lucha resultará muy difícil desplazar a esta clase del papel jugado en el movimiento nacional.

Los comunistas deben ocupar una plaza —y una plaza de vanguardia— en el resurgimiento nacional de sus pueblos. Este se manifiesta hoy, concretamente en Cataluña, en el terreno de la actividad cultural (ya que la opresión no le permite tomar otras formas) por un esfuerzo para reestudiar e interpretar la historia de Cataluña, revalorizar su patrimonio cultural, reanimar sus tradiciones folklóricas. Asistimos, sobre ese terreno, a una toma inicial de posiciones de las diversas fuerzas, con vistas a la competición por la dirección del movimiento nacional y la política catalana en los próximos años.

Diversos grupos se aprestan para esta competición, entre ellos los católicos y otras fuerzas burguesas nacionalistas. ¿Por qué habrían de permanecer ausentes de ella los comunistas catalanes?

El P.S.U.C. no carece de las fuerzas necesarias para intervenir en ese terreno y además las desarrollará y robustecerá precisamente interviniendo en él.

¿No ha llegado la hora de que la intelectualidad del P.S.U.C. —entendiendo este término en su sentido más amplio y completo— inicie el estudio de la historia de Cataluña —la historia de la lucha de sus clases— desde un punto de vista marxista? ¿No es, acaso, tiempo de que los comunistas catalanes analicen el patrimonio cultural de su pueblo críticamente, poniendo en valor todos los aspectos progresistas que lo integran y combatiendo todos aquéllos que revisten un carácter reaccionario? ¿Por qué no alentar hacia el estudio de la filología a los jóvenes intelectuales comunistas que muestren interés por esta especialidad, en la que no se puede considerar, ni mucho menos, que todo está ya hecho en Cataluña?

¿Por qué no organizar el estudio del problema nacional catalán de una manera concreta, desde un punto de vista leninista, es decir, ligado a las tareas generales de la lucha contra la dictadura, de la lucha contra la omnipotente oligarquía monopolista y las supervivencias feudales, a las tareas generales de la Revolución democrática y de la perspectiva socialista?

La organización de estas actividades nos implantaría automáticamente en el centro de la lucha ideológica en torno a la cuestión nacional, terreno que hasta ahora se halla semiabandonado por los comunistas. Arrebatáramos el monopolio ideológico a la intelectualidad burguesa y podríamos —¿por qué no?— derrotarla en lo que hasta aquí se presentaba como su coto cerrado. Agruparíamos además en torno nuestro a todos los elementos avanzados y progresistas, de la intelectualidad catalana, que sin eso pueden resbalar hacia el nacionalismo burgués.

Tenemos que llevar la lucha de clases al terreno de la ideología, y así elaboraremos una ideología del movimiento nacional catalán no nacionalista, no burguesa, sino de substancia socialista. Terminaremos con el absurdo, muy generalizado hoy en nuestro país a veces inconscientemente, de considerar que el movimiento nacional tiene que estar basado en la ideología nacionalista burguesa.

Este aspecto de la lucha de clases es un complemento importante de la acción política y económico-práctica; es, precisamente, la zona por la que caminamos más retrasados o en la que —extremando el rigor— no caminamos casi en absoluto, dejando todo el terreno libre al adversario.

Tal labor es necesaria si queremos tomar realmente en nuestras manos —en las manos del proletariado— la dirección del movimiento nacional. Cuanto más tardemos en abordarla, tantas más complicaciones aparecerán posteriormente en el curso de nuestra acción política de clase.

No hay que temer a la diversidad de opiniones que el enfoque de materias nuevas puede suscitar; esa diversidad nos proporcionará la riqueza de la que podremos extraer, afinando el juicio crítico, las posiciones definitivas de Partido sobre tales materias.

No hay que temer tampoco la inexperiencia —la inexperiencia de los cuadros veteranos, no bregados en ese tipo de lides, y la de los cuadros jóvenes que empiezan ahora a marchar sobre sus piernas, en tanto que marxistas, cuyos primeros pasos pueden ser vacilantes. A nadar se aprende echándose al agua y tragando algunas bocanadas; incluso algunos individuos se ahogan antes de aprender. Pero la generalidad de los que lo intentan aprenden a hacerlo.

Por este camino el P.S.U.C. formará sus cuadros teóricos capaces de defender victoriosamente las concepciones del marxismo-leninismo y de ganar, palmo a palmo, el terreno ideológico a los grupos burgueses.

Hay que tomar audazmente la iniciativa en este frente, como la tomamos en el político y en el económico práctico y así conseguiremos que la dirección del movimiento nacional pase firmemente a las manos robustas de la clase obrera.

LOS COMUNISTAS DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑA FORMAMOS UN TODO UNICO, POLITICA E IDEOLOGICAMENTE.

Trás este ligero y un tanto esquemático análisis de la cuestión, una conclusión se impone: la necesidad de la más estrecha unión y compenetración entre los comunistas de todos los pueblos de España, que deben formar política e ideológicamente —sin mengua de la libertad de iniciativa y de la autonomía necesarias en el cuadro en que se desenvuelven y cualesquiera que sean en cada momento las formas orgánicas de relación— un todo único.

Es verdad que a la burguesía y a sus representantes no les place que exista la compenetración más estrecha entre los comunistas de las diversas nacionalidades; es una historia vieja y corriente en todas partes. Pero ese disgusto, aunque se explique con argumentos **nacionalistas** no tiene una raíz nacional, sino una raíz de clase. Esto es lo que debemos ver con toda claridad. La burguesía se cisca alegremente en la raíz nacional y en la nacionalidad entera cuando a sus intereses de clase conviene. Véase si no la composición **nacional** de la oligarquía monopolista.

La burguesía deja de considerar **nacional** al proletariado en cuanto éste adquiere conciencia revolucionaria de clase y le trata como a cualquier enemigo exterior, o aun peor, despachando contra él a la fuerza pública, si no al mismo ejército, « brazo armado de la patria ».

Mas el punto de vista de la burguesía no tiene por qué influir en el punto de vista del proletariado, que al elaborarle debe fundarse en su interés de clase, en la comprensión de su misión revolucionaria, en una nueva concepción revolucionaria y moderna, marxista-leninista, de la nación.

¿Hasta cuando contará la dictadura con el apoyo de la jerarquía eclesiástica?

por **Ignacio GALLEGO**

EN extrema descomposición, la dictadura del general Franco recurre desesperadamente a los métodos terroristas que le son propios para seguir tirando como sea. Su base social se ha reducido a tal extremo que el cambio político reclamado por el país aparece cada día más como una necesidad nacional insoslayable.

En estas condiciones, la reciente invención de un « complot » comunista y la operación policíaca efectuada con este motivo pone de manifiesto el miedo de la dictadura ante los progresos de la política de reconciliación nacional que propugnamos los comunistas y otras fuerzas de oposición, su pánico ante la acogida que tiene en todo el país la idea de una Jornada de reconciliación nacional pacífica contra la carestía y la política económica de la dictadura, por la amnistía de los presos políticos y exilados, por las libertades políticas.

Los intentos del gobierno de presentar esta Jornada como un acto de violencia están condenados al fracaso. Nuestro Partido acaba de reiterar que la Jornada debe ser la manifestación resuelta y serena de la voluntad de la inmensa mayoría del pueblo español, el esfuerzo nacional por crear las condiciones para la substitución pacífica de la dictadura.

La inmensa mayoría de los españoles quiere que el cambio de régimen tenga lugar por medios pacíficos. La clase obrera y las masas populares han dado a este respecto ejemplos impresionantes de civismo en Madrid, Barcelona y otras ciudades. Su elevada conciencia, su combatividad y espíritu unitario han sacudido la dictadura en más de una ocasión. La capacidad de aquéllas para llevar a cabo grandes acciones está demostrada prácticamente; su voluntad de conseguir un cambio de régimen también.

Pero esta voluntad viene tropezando no sólo con el terrorismo de la dictadura, cosa explicable, sino con la actitud de ciertas jerarquías eclesiásticas que en los últimos meses —sin hablar del pasado— viene siendo un serio obstáculo para llegar a un entendimiento entre todas las fuerzas antifranquistas, de derecha e izquierda, necesario para crear las condiciones que permitan al pueblo manifestarse libremente por el régimen que desee.

No creemos que sea necesario pararse a demostrar hasta qué punto depende de la actitud de las fuerzas católicas, y más concretamente de la Iglesia, que la substitución de la dictadura por un régimen de normalidad democrática tenga lugar sin grandes violencias, cosa la más deseable y conveniente para España.

Tampoco es necesario mucho esfuerzo para comprender que la forma en que los españoles seamos capaces de salir de esta situación imprimirá su sello a todo el desarrollo democrático de nuestro país. Los comunistas hemos expresado nuestra decisión de contribuir con todas nuestras fuerzas a cerrar un largo período histórico de guerras civiles y choques sangrientos. Nadie puede negar que con ello hemos ayudado a que la clase obrera y las masas trabajadoras eleven su conciencia y den pruebas de

serenidad en la lucha por sus reivindicaciones económicas y por las libertades democráticas. La continuación de la dictadura podría hacer inevitables luchas violentas que el pueblo no desea, pero a las que podría verse obligada a recurrir impelido por su angustiosa situación económica y sus ansias de libertad.

La actitud de ciertas jerarquías y de algunas personalidades católicas, dirigida a frenar la participación de los católicos en la lucha contra la dictadura es hoy —lo repetimos— uno de los obstáculos más serios con que tropiezan las fuerzas de oposición para salir de esta situación política.

Al denunciar esa actitud, en extremo perniciosa para los intereses nacionales, no está en nuestro ánimo apartarnos de lo que viene siendo nuestra norma de conducta: destacar todo lo que une a las fuerzas de oposición, orientar nuestras polémicas con los aliados posibles en esa dirección, en la de mostrar las coincidencias que pueden permitir una salida pacífica y democrática. Pero no es posible guardar silencio ante actitudes y conductas que tienden a apuntalar la dictadura, precisamente en el momento en que la exigencia de un cambio político se manifiesta de manera inequívoca en los más amplios sectores de la sociedad española. Los comunistas no somos los únicos en denunciar el apoyo de las jerarquías eclesiásticas a la dictadura. En las propias filas católicas, la crítica de esa posición se hace cada vez más enérgica y abarca a sectores que van desde las corrientes más progresivas hasta las más conservadoras.

Desde hace años, las jerarquías de la Iglesia vienen debatiéndose en esta contradicción: por un lado, temen precipitar la caída de Franco; por otro, están obligadas a tener en cuenta la presión de abajo, la protesta general contra la dictadura, protesta en la que participan la inmensa mayoría de los católicos. Entre dichas jerarquías se han venido manifestando durante un período posiciones divergentes en relación con la dictadura. En la actualidad estas divergencias a penas aparecen en la superficie, las críticas al régimen del general Franco, diríase que han sido archivadas. Todo hace pensar que ciertas jerarquías, las que probablemente dominan en la dirección de la Iglesia, han realizado un giro hacia una mayor colaboración con la dictadura, frenando la participación de los católicos en el movimiento de oposición, a fin de retardar cualquier cambio democrático, por moderado que sea. Ello no significa que otras jerarquías, las que consideran embarazoso y lleno de peligros para la Iglesia seguir apoyando a un régimen cuyas perspectivas no pueden ser más sombrías, hayan dejado de actuar. Pero el hecho es que en estos momentos prevalecen en la orientación de la Iglesia, más aún que en el pasado, las posiciones pro-franquistas. Y este hecho tiene su reflejo en los sectores católicos más reaccionarios.

El señor Martín Artajo, cuyas posiciones políticas son difícilmente dissociables de las del Vaticano y la jerarquía española, en un artículo escrito en YA el 1º de octubre de 1957, fijaba su posición en favor de una evolución lenta de la dictadura, que debía desembocar en la monarquía tradicional.

Las etapas para llegar a la monarquía son, según el señor Martín Artajo, la tan pregonada reforma de las Cortes que hemos visto transcurrir sin pena ni gloria; el Estatuto de prensa, al que es difícil augurar mayor significación, etc. La aprobación entusiástica de la mencionada reforma es tanto más extraña cuanto que no sólo en lo fundamental, sino incluso en los métodos, las Cortes siguen siendo lo que eran, una triste parodia de representación para aprobar sin discusión cuanto convenga a Franco. Estas actitudes ¿qué son sino un intento de agrupar a los sectores más reaccionarios del catolicismo bajo la inspiración de la jerarquía eclesiástica, a fin de mantener la dictadura?

Ello no significa que incluso entre los sectores católicos más reaccionarios no sigan existiendo diferencias y contradicciones. Ni el Omne Dei, que en un corto período de gobierno ha concitado contra sí el odio de todas las fuerzas de oposición, está libre de tales contradicciones. Mientras unos ministros opudeístas siguen apoyando a fondo a la dic-

tadura, otros parecen no estar dispuestos a seguir haciendo frente a una situación insostenible.



NO hay que pensar que a las jerarquías de la Iglesia les será fácil seguir manteniendo su actitud de colaboración con la dictadura. El desarrollo de la acción de las masas puede obligarla a cambiar de rumbo, en lo que están vitalmente interesadas todas las fuerzas que de verdad desean un cambio democrático.

¿Hasta cuando contará Franco con el apoyo de la jerarquía eclesiástica?

Esta pregunta se la hacen millones de españoles. Se la hacen muchos católicos en quienes produce honda inquietud la responsabilidad que está contrayendo la Iglesia a cambio de unos privilegios y de un esplendor que repugna a la conciencia cristiana de esos católicos. La inquietud se explica, en unos, por sus concepciones más o menos progresistas; en otros, porque apreciando de manera realista la descomposición de la dictadura no comprenden por qué las jerarquías siguen sin definir una posición lo suficientemente clara para evitar que el general Franco pueda seguir presentándose como el brazo ejecutor de la voluntad de la Iglesia.

Resulta intranquilizador para muchos católicos comprobar que los españoles consideran, en lo que no les falta razón, que « En España manda la Iglesia ». La caracterización que los comunistas hacemos de la dictadura del general Franco nos evita referirnos a la unilateralidad de esa afirmación. En ella hay, sin embargo, una parte de verdad sobre la que sí creemos conveniente parar la atención. Es evidente que la jerarquía eclesiástica ejerce una influencia de primer orden en la dirección política del país, identificándose con la dictadura en tal grado que esa línea divisoria de la que de vez en cuando se habla en los medios católicos, entre el poder espiritual y el temporal, resulta imperceptible. ¿Quién no vé que si la jerarquía eclesiástica retirara su apoyo a la dictadura del general Franco el cambio político se produciría muy pronto y de manera pacífica?

Pero en vez de retirar su apoyo a la dictadura, las jerarquías eclesiásticas han renunciado incluso a las tenues declaraciones que en este sentido han venido haciendo anteriormente. Franco sigue llamándose jefe vitalicio del Estado, por obra y gracia de Dios, y ante semejantes declaraciones, las jerarquías eclesiásticas guardan un silencio cómplice.

En España hay ingentes fuerzas católicas que consideran intolerable ese silencio. Entre estas fuerzas se destacan corrientes católicas de izquierda, cuya presencia en la arena política es un factor muy positivo en la lucha por la democracia. Estas corrientes actúan cada vez con mayor energía contra la mentalidad ultrarreaccionaria de las jerarquías eclesiásticas, a las que acusan de poner la Iglesia al servicio de la fuerza más brutal y odiosa de dominación capitalista.

La existencia de corrientes católicas progresivas, el enfrentamiento de masas de católicos con la orientación de la Iglesia, pone de manifiesto la crisis que atraviesa el catolicismo en escala internacional y en nuestro propio país. Esta crisis es el reflejo de la que sacude al sistema capitalista, cuya desaparición en todo el mundo aparece cada día más claramente como algo inevitable. Millones de católicos se niegan a que la Iglesia una su suerte a la del capitalismo. Con la particularidad de que si en otros países se critica a la Iglesia su identificación con el régimen capitalista, su enfrentamiento sistemático con las aspiraciones populares y su conservadurismo, en España se la puede criticar esto y mucho más. Se la puede criticar y se la critica su apoyo a un Poder basado en el terror y la corrupción, un poder que ha privado de los derechos más elementales a la inmensa mayoría de los españoles.

Recuérdese que en las conversaciones católicas de San Sebastián se habló mucho de dicha crisis, del « estado de inferioridad espantosa de los laicos en España », de las dificultades con que tropiezan para dialogar con las jerarquías de la Iglesia. En estas conversaciones se puso de manifiesto uno de los fenómenos más importantes del movimiento católico contemporáneo: la contradicción entre las jerarquías eclesiásticas y amplios sectores del catolicismo. Es verdad que en esta ocasión todo se redujo a la búsqueda de un nuevo lenguaje, capaz de expresar al mismo tiempo los anhelos y necesidades de los trabajadores y los del gran capital.

Otros católicos han puesto de manifiesto algunas de las causas profundas de esa crisis. Ahí está el Estudio hecho por sacerdotes y seglares para el Congreso de Apostolado seglar, cuya celebración impidieron la dictadura y las jerarquías de la Iglesia. Este Estudio, uno de los más serios que el pensamiento católico ha producido en los últimos tiempos, tiene el mérito de haber denunciado con valentía el apoyo de las jerarquías a la dictadura franquista, el aburguesamiento de la Iglesia, el envejecimiento de sus ideas en el orden político, económico, intelectual y social.

No es objeto de este artículo analizar las posiciones de estos católicos. Nos limitamos a señalar su importancia para mostrar cuán superficiales son las afirmaciones de ciertas jerarquías para quienes todo se reduce a críticas aisladas de pequeños grupos y capillitas.

Se podría añadir que ni la Compañía de Jesús ha podido escapar a la profunda crisis que atraviesa el movimiento católico. Su rígida disciplina no ha bastado para impedir que en sus filas se eleven voces reclamando la modernización de la Orden, a fin de ponerse a tono con la realidad histórico-social. Las palabras del Papa contra « el culto a la verdad », y contra los que piensan que la obediencia ciega debe ser substituída por una « igualdad democrática », su apoyo al integrismo, puede acallar momentáneamente la voz de los llamados modernistas. Pero la crisis no puede atajarse con simples amenazas.

Los constantes llamamientos de las jerarquías al orden y a la disciplina pueden frenar y de hecho frenan a ciertos sectores católicos, pero, en cambio, contribuyen a radicalizar a quienes no se resignan a ver indefinidamente a la Iglesia del brazo de Franco y su camarilla.

En su discurso de clausura en la Asamblea diocesana de Acción Católica de Toledo, el cardenal primado ha llamado a « no exagerar la crítica » y a reforzar el frente único de todas las fuerzas católicas frente a movimientos « raquíticos y de capillita ».

Sería incomprensible la preocupación de las jerarquías de la Iglesia ante tales críticas si sólo se tratara de pequeños grupos. Pero, en realidad, se trata de algo mucho más importante; el descontento abarca a sectores católicos muy amplios.

El obispo de Solsona, conocido por su lenguaje más o menos anticapitalista y por sus críticas al conservadurismo de la Iglesia, polemiza con la juventud que pide « desde una evolución a una revolución en la Iglesia ». Si dice aceptar la primera y rechazar la segunda es para dar mayor fuerza a sus advertencias contra las « críticas exageradas ».

¿QUE críticas son esas que las altas jerarquías consideran exageradas?

Muchos católicos critican a la Iglesia, aunque más exacto sería decir a las jerarquías, su apoyo a la dictadura del general Franco.

¿Es exagerada esta crítica?

Se podría decir mucho más sin incurrir en exageraciones. Se podría decir, por ejemplo, que sin este apoyo la dictadura habría desaparecido

hace mucho tiempo. Más aún, España se habría evitado los inmensos sacrificios de veinte años de fascismo. Si la camarilla franquista puede seguir imponiendo su poder arbitrario es en gran medida gracias al apoyo de las altas jerarquías de la Iglesia. Esto no es un secreto para nadie. No lo es tampoco para los católicos, la mayoría de los cuales se niegan a seguir siendo por más tiempo cómplices por acción u omisión de la odiosa tiranía del general Franco.

Muchos católicos critican a las jerarquías su espíritu de guerra civil, su tono agresivo, sus persistentes llamamientos dirigidos a perpetuar la división de los españoles en « rojos y nacionales », división que repugna lo mismo a los que defendieron la República que a la mayoría de los que lucharon al lado de Franco.

¿Es exagerada esta crítica?

Se podría decir mucho más sin caer en exageración. Se podrían recordar muchísimos discursos en los que, con argumentos que huelen a Edad Media, se justifica la exclusión de la comunidad nacional de millones de españoles, lanzando contra ellos toda clase de acusaciones menos la que en justicia puede hacerseles, la de querer acabar con la dictadura.

Muchos católicos critican a la jerarquía el no adoptar una posición clara en defensa de la paz. El tono de los discursos de numerosos prelados de la Iglesia es un tono de guerra, coincidente con el que utilizan Franco y sus ministros. Ciertas jerarquías eclesiásticas ni siquiera se han hecho eco de las palabras pronunciadas en algunos momentos por el Papa en favor de la paz. En la actualidad, ante la febril actividad de los círculos norteamericanos, dirigida a instalar en Europa rampas de lanzamiento de armas nucleares y cuando las propuestas de los países socialistas ofrecen la posibilidad de hallar solución al problema que más angustia a la humanidad, las jerarquías eclesiásticas no sólo no se pronuncian en favor de la paz, sino que en sus discursos llaman abiertamente a la guerra.

Nuestro pueblo siente profunda inquietud frente a los peligros de una guerra, de la que la humanidad saldría terriblemente diezmada. Le estremece saber que sobre nuestro país vuelan aviones norteamericanos portadores de bombas atómicas. ¿Qué esperan las jerarquías de la Iglesia para pronunciarse contra esos peligros y, en general, contra la política de guerra de la dictadura? ¿Qué intereses les impiden actuar en favor de la paz?

Se critica a las jerarquías su silencio ante el terrorismo de la dictadura. A los veinte años de guerra civil siguen en las cárceles miles de españoles, cuyo único delito consiste en haber permanecido fieles a un régimen legalmente constituido. Son veinte años durante los cuales cientos de miles de españoles han sufrido las persecuciones más salvajes, detenciones, apaleamientos, arbitrariedades, sin hablar de los que han pagado con su vida el ser fieles a sus ideas democráticas. ¡Cuántos hombres y mujeres han visto pasar su juventud, tras las rejas de la cárcel! ¡Cuántos obreros e intelectuales de valía esperan en la emigración el momento en que podrán dedicar sus brazos y su inteligencia al desarrollo y la prosperidad de España!

Sin embargo, hasta hoy las jerarquías de la Iglesia no han creído llegado el momento de pronunciarse en favor de la amnistía. Su responsabilidad es tanto mayor cuanto que una posición en favor de la amnistía de su parte sería decisiva para conseguirla.



SE critica a la jerarquía eclesiástica supeditar todo a la lucha contra el comunismo. Mientras que la inmensa mayoría de los españoles busca la salida a esta situación, las jerarquías de la Iglesia se dedican a agitar slogans anticomunistas. Los más angustiosos problemas políticos, sociales y económicos pasan a un segundo plano. El bajísimo

nivel de los salarios en relación con el coste de la vida, la ruina de los campesinos, el hambre crónica de millones de jornaleros, el ambiente de asfixia en que vive nuestra intelectualidad, los peligros que para el presente y el porvenir representa la continuación de la dictadura, todo es olvidado por la jerarquía eclesiástica en aras del anticomunismo. Algunos prelados de la Iglesia parecen simples agitadores del Ministerio de Información del gobierno de Franco.

Dirigida contra la reconciliación nacional, contra la voluntad de muchos católicos de luchar al lado de los comunistas y de todas las fuerzas democráticas contra la dictadura, esta campaña anticomunista sirve al mismo tiempo de justificación a las medidas represivas con las que el general Franco intenta frenar la oposición a su régimen.

Afortunadamente, son cada vez más numerosos los católicos que procuran conocer qué se oculta tras del anticomunismo; por qué somos los comunistas considerados como el enemigo principal por la dictadura y por las jerarquías eclesiásticas. La razón no es principalmente ideológica, como suele decirse. ¿Acaso no existen otras ideologías ateas acompañadas, además, de un anticlericalismo que los comunistas no compartimos? La razón principal es otra. La razón principal es que los comunistas hemos luchado y seguimos luchando resueltamente contra la dictadura del general Franco. No hemos retrocedido ni retrocederemos ante ningún sacrificio en defensa de los intereses de la clase obrera y del pueblo. Luchamos con todas nuestras fuerzas por las libertades democráticas, por mejores condiciones de vida para los trabajadores y para todo el pueblo. No nos conformamos con que España sea una base de guerra de los imperialistas norteamericanos.

Hay otra razón de no menor peso. Los comunistas luchamos por el socialismo, deseamos poner fin a la explotación capitalista, a la vergüenza de que una insignificante minoría viva a costa del sudor y los sacrificios de los verdaderos creadores de la riqueza nacional, de los trabajadores. Si no nos planteamos este objetivo en la actualidad, no es por espíritu de maniobra ni por dejación de nuestros principios. Es porque comprendemos que en nuestro país sólo es posible llegar al socialismo a través de una etapa de transformaciones democráticas, en cuya realización están interesados no sólo la clase obrera y los campesinos, sino sectores importantes de la burguesía. Nadie podría asegurar hoy el tiempo que han de llevar tales transformaciones ni las formas en que ha de producirse el paso del capitalismo al socialismo. Que éste se produzca pacíficamente o que, por el contrario, requiera formas violentas, es cosa que no depende sólo de la clase obrera y de las masas populares. En todo caso, no es una novedad que los comunistas han preferido siempre el paso pacífico del capitalismo al socialismo. Lo nuevo es que los cambios profundos que se han producido en el área internacional, la existencia del régimen socialista en una tercera parte del mundo y el debilitamiento del sistema imperialista crean condiciones mucho más favorables para llegar al socialismo por vía pacífica.

Comprendemos que nuestros objetivos socialistas, aunque no estén al orden del día en nuestro país, son una razón muy seria para que la oligarquía financiera y su gobierno franquista vean en nosotros su enemigo principal. Tampoco nos extraña que estas fuerzas procuren por todos los medios encubrir la defensa de sus intereses egoístas bajo el manto de la religión. Lo que resulta ya más escandaloso es el celo que las jerarquías eclesiásticas ponen en defender esos mismos intereses, representados por la dictadura, dando a los católicos una idea falsa de los objetivos que perseguimos los marxistas.

El obstáculo invocado por las jerarquías de la Iglesia para impedir la unidad entre comunistas y católicos son las diferencias ideológicas. Pero si se tratara solamente de esto ¿qué inconveniente podrían ver las jerarquías en que católicos y comunistas lucharan unidos en la fábrica o en la universidad en defensa de reivindicaciones y aspiraciones comunes?

El odio que las jerarquías eclesiásticas procuran inculcar en los cató-

licos, no sólo hacia los comunistas sino hacia todas las fuerzas democráticas, tiende a dificultar la reconciliación nacional de los españoles, premisa fundamental para restablecer en España la normalidad democrática. Esa orientación, como la de todos los defensores de la dictadura, consiste en atizar el espíritu de guerra civil. Mientras que los comunistas y otras fuerzas democráticas ponemos todo nuestro empeño en derribar lo que aún queda de las barreras que han mantenido divididos a los españoles según las trincheras en que se encontraban en 1936-39, quienes dicen tener como sagrada misión la pacificación de los espíritus no dejan de pronunciar discursos y dirigir ataques furibundos contra la inmensa mayoría de los españoles, creyentes o no, a los que consideran casi en pecado mortal por no aceptar al general Franco como enviado de Dios o poco menos.

¿Qué pasaría en España si las demás fuerzas adoptáramos análoga actitud en dirección contraria? Ello llevaría, tarde o temprano, a la guerra civil, a los choques violentos entre españoles; guerra civil y choques de los que tanto ha sufrido y con los que tan poco ha salido ganando España. Por fortuna son muchos los católicos que sienten la necesidad de poner fin al espíritu medieval de la Iglesia.

S EANOS permitido citar dos nombres —sin ánimo de establecer comparaciones— para mostrar cómo en nombre de las ideas católicas unos atizan el espíritu de guerra civil, mientras que otros propugnan la convivencia y la tolerancia. Nos referimos a Carlos Santamaría y Jesús Suevos. En el primero se puede observar la voluntad de encontrar solución a los problemas nacionales en un espíritu de tolerancia y convivencia nacional; en el segundo, el esfuerzo desesperado por mantener vivo el odio de la guerra civil entre españoles. Aquél afirma « que el papel del católico no puede consistir en atizar hogueras o en levantar horcas » y rechaza « la actitud simplista de los que aun sueñan con cruzadas y reconquistas ». Este gesticula furiosamente, no ya contra los comunistas, sino contra toda idea progresiva, venga de donde venga. Para Carlos Santamaría no queda justificado « ipso-facto » todo lo que se haga contra el comunismo. Para Jesús Suevos es plausible todo lo que se haga —y todos sabemos lo que la dictadura ha hecho y hace— contra los comunistas, contra los socialistas, contra los cenetistas, contra los liberales, contra los católicos que no piensan como él, es decir, contra la inmensa mayoría del país.

Nada tiene de particular que el redactor de *Arriba* se irrite ante el más leve atisbo de idea democrática. ¿A dónde se iría a parar si se sintiera a los católicos defender la democracia? Según Jesús Suevos, frente a los católicos que no ven en la dictadura del general Franco el régimen político ideal es necesario utilizar el terror igual que contra todas las fuerzas democráticas.

El escaso valor de las opiniones de este periodista, consiste en que expresa sin tapujos la posición de los católicos fascistas —que también los hay— partidarios de resolver todos los problemas a golpes y, si es posible, a tiros. Pero lo que Jesús Suevos dice en voz alta es lo que, en silencio unas veces y pregonándolo otras, vienen practicando ciertas jerarquías de la Iglesia.

Con aire de teólogo Jesús Suevos defiende la tesis de que sólo es libre quien siente « la palpitación del Evangelio » y acepta la disciplina de la Iglesia, siendo por el contrario esclavos todos los demás, « sean cualesquiera las libertades que disfruten ». Con esta tesis, elevada por el pseudo-teólogo a la categoría de enseñanza divina, el problema de las libertades políticas, que tanto preocupa a millones de españoles, queda

reducido a lo que sigue: Si sois capaces de sentir la « palpitación » del Evangelio ya tenéis toda la libertad que os hace falta y si, por vuestra desgracia, no alcanzáis a sentir dicha palpitación, no tenéis nada que hacer, porque estáis irremisiblemente condenados a la esclavitud.

La idea de que en España puedan restablecerse las libertades políticas saca de quicio a Jesús Suevos. Le enfurece, sobre todo, que entre los que las reclaman haya tantos católicos, malos católicos, por supuesto, pues a un buen católico, como el falangista Jesús Suevos, le basta y le sobra con la « palpitación » evangélica. « Los demócratas cristianos —dice— no se atreven a ser ni carne ni pescado y para ellos parece escrita la terrible sentencia del Apocalipsis: « La boca de Dios vomitará a los tibios ». Sus ataques no son, por supuesto, más suaves cuando se dirige a las tendencias progresivas del catolicismo, a las que acusa de heterodoxia, herejía y... comunismo.

¿Cuál es la política ideal para un católico según Jesús Suevos?

Su respuesta es rotunda. « Aquella cuyas instituciones y métodos se parezcan más a las establecidas por la Iglesia para su propio gobierno ». Si la Santa Sede no somete sus decisiones a ninguna asamblea, si los obispos no son elegidos democráticamente, ni los católicos tienen derecho a opinar en cuestiones dogmáticas, si la Iglesia no adopta en su funcionamiento las normas democráticas, ¿por qué —pregunta— han de adoptarse en la gobernación del país?

De acuerdo con este concepto fascista del Estado, las leyes de la dictadura son dogmas que los españoles, creyentes o no, deben aceptar sin discusión. Los ministros, los gobernadores, la policía, la justicia, etc., y, en primer lugar, Franco, son igualmente infalibles. La opinión de los españoles no creyentes no hay por qué tenerla en cuenta: la de los católicos debe reducirse a la obediencia de una doble santidad, la del Papa y la de Franco.

No le es difícil a los demócratas cristianos y a otros católicos encontrar textos oficiales frente a esa posición. Pero es sintomático que a estas alturas tengan que remitirse a viejos discursos del Papa, pronunciados en el momento de la derrota del hitlerismo, en los que se decían cosas como ésta: « La naturaleza del poder eclesiástico no tiene nada que ver con aquel autoritarismo, al que, por lo tanto, no se le puede reconocer ningún punto de comparación con la constitución jerárquica de la Iglesia ».

Lo de que el poder eclesiástico no tiene nada que ver con la dictadura es precisamente, por lo que a nuestro país concierne, lo más difícil de demostrar.

¿Que la actitud de las jerarquías no expresa el sentimiento de muchos católicos?

Ello es evidente. Entre la posición de las jerarquías y la de amplios sectores católicos existe una contradicción cada vez más profunda. Esa contradicción existe en el propio clero: muchos sacerdotes se oponen a que la Iglesia siga sosteniendo a un régimen execrado por todo lo que hay de sano en la sociedad española. Pero no es menos evidente que la dictadura del general Franco sigue en pie gracias en gran medida al apoyo de la Iglesia. Y éste es el único argumento « fuerte » de Jesús Suevos y otros defensores de la dictadura en su polémica con los demócratas cristianos y con otras corrientes católicas.

**

La idea sobre la pretendida imposibilidad de acuerdo y hasta de convivencia entre católicos y comunistas es difundida insistentemente por la poderosa red de los periódicos católicos. En uno de éstos, *La Gaceta del Norte*, comentando un discurso de Monseñor Montini en Milán, se llama a plantear la lucha contra el comunismo en el terreno ideológico más riguroso, con la tesis de que no es verdadero anticomu-

nista quien no repudia el comunismo por su concepción materialista y atea. Sobre otra base, dicen, no es posible librar la lucha con éxito, porque son « una fuerza que avanza en gran medida por la férrea lógica de sus ideas y por la fidelidad de sus hombres a una dogmática, no por errónea menos coherente ».

A primera vista, esta tesis puede parecer lógica en quienes tienen una concepción opuesta al materialismo dialéctico, pero en esa tesis se confunden dos conceptos completamente distintos: el uno ideológico; el otro, político. Nos parece conveniente salir al paso de esta confusión que, a nuestro juicio, sirve para encubrir la defensa de intereses tan poco espirituales como los representados por la camarilla franquista.

A los comunistas nos parece normal que los católicos defiendan sus creencias religiosas frente a nuestra concepción materialista, que en el terreno ideológico se consideren nuestros adversarios. La discusión en este aspecto es necesaria y conveniente para todo el desarrollo democrático de nuestro país.

Pero el anticomunismo es la bandera de la reacción en todas partes y, por lo que a nuestro país se refiere, la bandera de Franco y su régimen. En nombre del anticomunismo se prohíbe a los obreros defender el pan de sus hijos. Cuando el campesino protesta contra las arbitrariedades del gobierno, se le responde que obra al dictado de los comunistas. Al hombre de ciencia, al escritor y al artista, se le imponen normas a las cuales tiene que ajustar su pensamiento; si considera que así no es posible ninguna creación, se le persigue en nombre del anticomunismo. Hasta el sacerdote se ve amenazado por la dictadura si sus palabras y sus actos no son suficientemente anticomunistas. Sin ser comunistas muchos españoles han sufrido en su carne los terribles efectos del anticomunismo.

Contra toda esa campaña de las jerarquías eclesiásticas tendente a convencer a los católicos de que la unidad con los comunistas es imposible, se podría recordar que la unidad entre católicos y comunistas fué en numerosos países de Europa una de las condiciones que permitieron a éstos salir del atolladero fascista y volver a la normalidad democrática.

Para muchos católicos es claro que la unidad con los comunistas es una necesidad impuesta por la realidad social y política de nuestro país. Hay ejemplos positivos de unidad, comienzo de una colaboración que los comunistas nos esforzaremos en mantener no sólo en esta etapa, sino en el futuro, convencidos de que es primordial para resolver de manera pacífica los grandes problemas que plantea el desarrollo del país.

Con criterio más realista que el de las jerarquías, estos católicos piensan que no se debe dejar a los comunistas la exclusiva de una política de reconciliación nacional, de convivencia y tolerancia, de una política que responde a las aspiraciones del pueblo y a los intereses del país. No van descaminados al pensar que el anticomunismo a ultranza, el intento de aislar a los comunistas, se vuelve contra quienes no tienen en cuenta que el comunismo es hoy una fuerza con la cual es obligado contar en España y en el mundo.

Serenamente, nadie puede negar que las soluciones programáticas de los comunistas sobre la cuestión religiosa —una de las que más han envenenado las relaciones sociales en España durante mucho tiempo— su posición política y su actitud hacia los católicos han contribuido en mucho a la reconciliación de los españoles.

Nuestra posición en relación con los católicos no obedece a razones tácticas. Se basa en nuestra concepción de cómo debe ser abordada y resuelta la cuestión religiosa. No ocultamos nuestra posición de principio sobre la religión ni rehuímos la confrontación de opiniones con los católicos en este terreno. Pero entendemos que la defensa de las ideas por unos y por otros no puede ser óbice para el entendimiento sobre aspiraciones que nos son comunes. Nos parecen puro sofisma las afirmaciones de *Ya* en el sentido de que no es posible unir el agua y el fuego, refiriéndose a la unidad entre católicos y comunistas. ¿Quién ha pretendido unir el agua y el fuego? ¿A quién se le ha ocurrido proponer la unidad en el terreno ideológico? A los comunistas no se nos ha ocurrido

semejante dilatación. Las diferencias que en este orden nos separan no pueden borrarse ni por un simple acuerdo ni mucho menos por la imposición. Ante cuestión tan compleja hace falta armarse de paciencia, tolerancia y comprensión, y, sobre todo, curarse de todo sectarismo.

La base de entendimiento y unidad que nosotros proponemos a los católicos no puede ser una comunidad de ideas que no existe ni puede existir. El entendimiento y la unidad que les proponemos se basan en la coincidencia de aspiraciones, en la lucha por las reivindicaciones inmediatas de las masas y por las libertades democráticas.

A quienes, faltos de argumentos para rechazar la unidad sobre esta base, sostienen que el triunfo de los comunistas significaría el fin de la religión y de la Iglesia, nosotros les recordamos algo que parecen olvidar. En primer lugar, que nadie se propone hoy en España substituir la dictadura del general Franco por un régimen comunista. El engaño que se oculta tras del falso dilema « Franco o comunismo » ha ido quedando plenamente al descubierto desde el momento en que en la arena política nacional han aparecido fuerzas de signo diferente, de izquierda y de derecha, que reclaman como nosotros la desaparición de la dictadura. En los años en que los comunistas luchábamos solos o casi solos, a Franco le era más fácil hacer creer a ciertos sectores de la opinión que la lucha se libraba entre su régimen y el comunismo. Cuando las diferentes fuerzas de oposición se han manifestado públicamente, cuando la cuestión que se plantea a la inmensa mayoría de los españoles es cómo poner fin a la dictadura e iniciar el desarrollo democrático, el intento de hacer de las diferencias ideológicas un obstáculo para la unidad aparece claramente como una maniobra de diversión.

En segundo lugar y para no dejar sin respuesta aquello de que el triunfo de los comunistas lleva consigo el fin de la religión y de la Iglesia, conviene insistir en lo que nosotros pensamos sobre tan importante problema. La teoría marxista demuestra científicamente que la religión, la Iglesia y otras instituciones religiosas, no son un fenómeno eterno. Su fundamento objetivo, material, es la división de la sociedad en clases antagónicas, la explotación del hombre por el hombre. Lenin definía la raíz más profunda de la religión en la sociedad burguesa con estas palabras:

« En el aplastamiento social de las masas trabajadoras, en la aparente impotencia total de éstas ante las fuerzas ciegas del capitalismo, que se traducen todos los días y a todas las horas en sufrimientos mil veces más espantosos, más salvajes para los hombres de las filas de la clase obrera, que los desastres impuestos desde fuera, las guerras, los terremotos, etc.: en eso reside la raíz actual más profunda de la religión. »

Se desprende de aquí que la desaparición del capitalismo priva de su base material a la religión. Pero es erróneo afirmar, como hacen algunos propagandistas católicos, que la desaparición del capitalismo es el fin de la religión y de la Iglesia. El socialismo rige como sistema social en gran parte del mundo. Novecientos millones de personas han acabado con la explotación del hombre por el hombre, después de haber suprimido el Poder de los grandes capitalistas y terratenientes. Sin embargo, la Iglesia sigue cumpliendo su cometido en todos los países socialistas.

¿Que ha habido conflictos? Efectivamente, los ha habido cuando la Iglesia, no contenta con haber apoyado el viejo poder de las clases explotadoras, ha intentado resucitarlo. Las creencias, el culto religioso, etc., ocupaban un lugar muy secundario en estos conflictos. El Poder de los trabajadores ha combatido en los casos en que ello ha sido imprescindible, la actividad contrarrevolucionaria de algunos representantes de la Iglesia, defensores excesivamente fervientes del poder de las clases derrotadas.

¿Cuánto no se escribiría en España acerca del pretendido martirologio del cardenal Mindszenty? Mas cuando en Hungría se produce la sublevación fascista, inspirada y alentada por el imperialismo, aparece que la figura central de esta sublevación es precisamente el cardenal Mindszenty, quien

hace discursos políticos, llama a empuñar las armas para derrotar al régimen popular, reclama la intervención militar extranjera y, en estrecha alianza con los antiguos capitalistas y terratenientes, se dispone a restaurar el viejo Poder.

No es objeto de este artículo polemizar con quienes piensan que la Unión Soviética debió permitir que en Hungría se instaurara una dictadura fascista, foco de agresión y de guerra. La experiencia ha demostrado que, gracias a la ayuda prestada por la Unión Soviética a los trabajadores húngaros, fue conjurado uno de los peligros mayores que han amenazado la paz en los últimos años.

Sólo hemos querido dar un ejemplo concreto de la actitud de ciertos dignatarios de la Iglesia en los países socialistas, y, al mismo tiempo, mostrar que la propaganda sobre la pretendida persecución religiosa en los países socialistas carece de toda objetividad. No es más que un medio de luchar contra los trabajadores que han logrado liberarse de la opresión de los capitalistas y terratenientes. La falta de objetividad de toda esa propaganda explica el cuidado con que se ocultan o se deforman los hechos acerca del funcionamiento de la Iglesia en los países socialistas. ¿Que en Polonia, por ejemplo, las iglesias destruidas por los hitlerianos fueron reconstruidas por el régimen popular? Se dice que esto se ha hecho para « mejor... combatir a la Iglesia ». ¿Que en Checoslovaquia la Iglesia sigue funcionando con toda normalidad? Se responde que esto se hace para satisfacer la curiosidad de los turistas que visitan dicho país. ¿Que en los países socialistas se dedican los medios económicos necesarios a la subvención del culto? Se afirma que esto tiene por objeto privar a la Iglesia de su independencia. Y así sucesivamente.

Y quien no crea estas « verdades » tan evidentes, aunque sea porque personalmente ha tenido la ocasión de comprobar lo contrario, es que ha dejado de ser un buen católico. Católicos españoles hay a quienes ha sorprendido poder ir a misa en un país socialista sin más requisito que el de preguntar donde está la Iglesia.

Nada tiene de extraño que haya católicos para quienes estas cosas no aparecen claras, si se tiene en cuenta el inmenso aparato de propaganda que en los países capitalistas y particularmente en el nuestro, se encarga de tergiversar cuanto acontece en los países socialistas y de manera muy especial, todo lo concerniente a la religión y a la Iglesia. Mas quien observe con objetividad cuál es la orientación de ciertos representantes de la Iglesia en los países capitalistas puede ver con qué frecuencia consideran éstos cualquier lucha reivindicativa de los trabajadores —sin hablar de la conquista del poder político— un atentado a la religión. En este aspecto España está lejos de ser una excepción.

Señalar estos hechos no significa polemizar con las ideas de unos u otros católicos sobre el socialismo en general. Menos aún, pretender que la unidad tenga que hacerse en torno a las opiniones que se tengan sobre dicho régimen social. Nos limitamos a probar, sobre la base de la experiencia, que la Iglesia no sólo puede existir en régimen socialista, sino que, mientras una parte de la población conserve sus creencias religiosas, toda medida contra la Iglesia no haría más que retrasar el proceso natural que, en opinión de los marxistas, lleva inevitablemente a la desaparición de la religión.

¿Que la destrucción del capitalismo priva a la Iglesia del apoyo de las clases explotadoras? Esto es evidente. Pero no son pocos los católicos a quienes esta perspectiva no preocupa, porque consideran que no es en los que viven del sudor ajeno donde la Iglesia debe buscar sus fieles. La Iglesia seguirá teniendo una base ideológica en el pueblo lo suficientemente amplia para desempeñar un importante papel durante un período histórico que a nadie le es posible delimitar de antemano.

**

EN todo caso, las cuestiones del futuro no deben ser un obstáculo para aunar esfuerzos y voluntades cuando de lo que se trata es de salir cuanto antes de una situación tan penosa para los trabajadores como llena de peligros para España. Los comunistas subordinamos a esta exigencia nacional todo lo demás. Nuestros objetivos son claros y están reflejados no sólo en nuestros documentos, sino en toda nuestra conducta, en nuestra actividad diaria, en nuestras relaciones con otras fuerzas anti-franquistas. Queremos poner fin a la dictadura franquista en unión con todas las fuerzas coincidentes en esta aspiración, queremos una España en la que a todas las clases y grupos sociales les sea posible defender legalmente sus intereses. Y a esto, al restablecimiento de las libertades democráticas está dirigida nuestra política de reconciliación nacional y las soluciones que nuestro Partido propone a los problemas existentes en el país.

Los enemigos de esta política dicen ver una contradicción entre la reconciliación nacional y la lucha de clases. Uno de ellos, el redactor de *Arriba*, Angel Ruiz Ayúcar, asegura que los términos convivencia y lucha se excluyen. Esto le debe parecer tan evidente que no se ha tomado la molestia de intentar siquiera demostrarlo. Más exacto sería decir que no se ha atrevido.

A nosotros, en cambio, nos es fácil probar que la reconciliación nacional y la convivencia entre los españoles no excluye ni está en absoluto en contradicción con la lucha de clases. La reconciliación nacional significa poner fin al espíritu de guerra civil, dando por cancelada una guerra cuyas consecuencias catastróficas están a la vista de todo el mundo. Dicha reconciliación se va imponiendo como algo natural; son cada vez menos los que quieren ver abierta una trinchera en el cuerpo dolorido de España, los que desean mantener encendidos los odios provocados por la guerra. Mas el que hombres pertenecientes a clases diferentes y aun opuestas convengan en dirimir sus diferencias y contradicciones dentro de normas democráticas no significa que dichas diferencias y contradicciones desaparezcán por sí solas. El que obreros y patronos no resuelvan sus problemas a tiros no quiere decir ni que el patrono deje de extraer beneficio del obrero ni que éste deje de luchar por el pan de sus hijos.

La vida se encarga de poner cada día y cada hora en ridículo la charlatanería franquista acerca de la pretendida supresión de la lucha de clases. Lo que la dictadura ha suprimido no es, ni podía ser, la lucha de clases, sino el derecho de determinadas clases y, en primer lugar, de la clase obrera y de los campesinos, a defender sus intereses frente a los poderosos grupos económicos que detentan el Poder del Estado.

Nunca estuvieron las riquezas del país tan concentradas en una minoría, jamás fue mayor la explotación y la miseria de los trabajadores. La dictadura del general Franco es el instrumento de que se vale el capital monopolista para explotar al máximo a la clase obrera y a todos los trabajadores, así como para empobrecer y arruinar a amplios sectores de la pequeña y media burguesía. Los discursos de las jerarquías eclesiásticas contra la democracia, so pretexto de que el restablecimiento de las libertades políticas traería consigo la lucha de clases son un sarcasmo que los propios católicos se encargan de denunciar.

Léanse a este respecto las siguientes palabras extraídas del informe de una organización de la H.O.A.C.:

« El derecho de propiedad magníficamente defendido por la Iglesia ha sido convertido por muchos detentores de la riqueza en el medio más eficaz de explotación; vemos por una parte una inmensa multitud que no posee nada y por otra a una minoría que con su ostentación hace aun más desgraciados a los que han de vivir de su trabajo.

« Villas de recreo, fiestas, coches magníficos, immoralidades sin cuento, a la vista de un pueblo falto de lo más elemental, que vive hacinado como bestias, parecen decir « Ese es el derecho de propiedad que tanto se defiende ».

Hombres de la H.O.A.C. son también quienes hacen esta otra denuncia:

« El salario impuesto por un gobierno que se titula católico, unas viviendas insuficientes y en gran parte inmORALES, una cultura de religiosos o centros de signo externo católico; una inflación de catolicismo fofo y superficial, una jerarquía que aparece de la mano de patronos y gobernantes, financieros y economistas, rehuuyendo prácticamente el contacto con el pueblo, contribuyen a crear un ambiente hostil a la Iglesia entre las clases trabajadoras. »

Los comunistas apreciamos lo positivo de estas manifestaciones, el espíritu de protesta de muchos católicos contra la explotación que sufren las masas trabajadoras bajo la dictadura. Por eso, al afirmar que la Iglesia se erige en defensora de los intereses del gran capital monopolista, representados por la dictadura, hacemos una distinción bien neta entre su orientación oficial y la aspiración de muchos católicos. Se falsea nuestro pensamiento cuando se nos atribuye la idea de que los católicos son enemigos de los trabajadores. No decimos y no pensamos esto, entre otras cosas, porque tenemos presente que muchos trabajadores son católicos. Las diferencias y contradicciones de clase existen entre los católicos igual que entre los demás mortales. Son diferencias y contradicciones objetivas que no pueden hacerse desaparecer afirmando que todos somos hermanos, porque, por muy católico que sea un obrero, cuando reflexiona sobre su situación social, se da cuenta de que entre él y el capitalista que le explota hay un abismo.

Veamos por ejemplo la posición de algunos católicos en la cuestión de los salarios. En el Boletín de la H.O.A.C. del 11 de septiembre de 1957, tras de un estudio metódico de los gastos de una familia de cuatro personas, se llega a la conclusión de que el salario mínimo indispensable es de 116,98 ptas. diarias. En el mismo estudio se afirma que en Vizcaya sólo el 5 % de los obreros obtiene salarios que oscilan entre 115 y 125 ptas. diarias; el 20 % gana de 100 a 115 y el resto, o sea el 75 %, obtiene salarios inferiores. Estas cifras son más significativas por haber sido establecidas por obreros católicos y por referirse a Vizcaya y no a otras regiones del país, donde los salarios son aun más bajos.

En dicho Boletín se denuncia igualmente la situación que obliga a los obreros a trabajar jornadas agotadoras. « Nosotros —se dice— combatimos a la vez las horas extraordinarias y los empleos dobles, basándonos en el principio de que el obrero tiene derecho a una existencia digna con el producto obtenido por sus ocho horas legales de trabajo. »

Bajo el expresivo título: « ¿Condenados a trabajos forzados? ¡ni hablar! », se publica en el mencionado Boletín la réplica de un trabajador a la afirmación de *El Economista*, de que en España los trabajadores tienen demasiadas fiestas. El trabajador dice entre otras cosas muy interesantes:

« ¿Se ha dado cuenta *El Economista* de que el obrero español, generalmente, trabaja más de las ocho horas, como jornada normal? ¿No se ha dado cuenta de que hoy en día es anticuado trabajar solamente ocho horas? Por eso los trabajadores o « productores », como se les llama ahora, por término medio, trabajamos 10, 12 y hasta 14 horas al día y, por tanto, contando que trabaje cada obrero 50 horas extraordinarias al mes, vemos que en un mes de trabajo se « labora » una semana de más, y siguiendo nuestros cálculos, vemos que ese trabajo extraordinario representa doce semanas al año, o sea, tres meses. »

El contraste entre estas opiniones y la de las jerarquías se ha puesto de manifiesto una vez más en las recientes elecciones sindicales. ¿Cómo interpretar el silencio e inhibición de las jerarquías de la Iglesia ante dichas elecciones? Sólo puede interpretarse como el propósito de evitar que los trabajadores católicos actúen junto con los demás frente a la política oficial del régimen.

En cuestión tan concreta como las elecciones sindicales era muy difícil

hablar sin definirse. Llamar a la abstención equivalía a decir a los trabajadores católicos que debían cruzarse de brazos en una batalla muy importante para la defensa de sus intereses. Proponerles votar las candidaturas oficiales hubiera sido un apoyo demasiado abierto al gobierno. Aconsejarles aprovechar la ocasión para elegir a los mejores habría facilitado la unidad de los católicos con los comunistas y con otros trabajadores de ideas avanzadas.

Ninguna de estas cosas convenía a la actual posición de la jerarquía. Esta prefirió guardar silencio, con el fin de frenar la lucha de los trabajadores católicos. Es de esperar que la experiencia les sirva de lección. En muchos lugares, los trabajadores católicos han actuado sin esperar indicaciones de arriba y sin temor a estrechar la mano de sus hermanos de clase, comunistas y no comunistas. Núcleos importantes de la Juventud Obrera Católica y de la H.O.A.C. han mantenido y mantienen posiciones unitarias a sabiendas de que estas posiciones no son aprobadas en las alturas de la Iglesia.

Es cierto que en la propaganda de la H.O.A.C., al lado de opiniones correctas sobre la situación de las masas trabajadoras, se expresan ideas completamente erróneas. Así ocurre por ejemplo con esta opinión que resume el pensamiento de ciertos dirigentes de dicha organización:

« Cuando la economía del país no lo permite —se trata del aumento de salarios— no cabe duda de que habrá que trabajar de firme, hasta el agotamiento si es preciso, con la convicción de que una generación se puede ver obligada a « quemarse » en beneficio de la patria y de las generaciones que han de venir detrás. »

¿En beneficio de la Patria —preguntamos nosotros— o en el del gran capital monopolista? ¿Para las futuras generaciones o para que la oligarquía financiera obtenga dividendos fabulosos?

Los trabajadores saben perfectamente que la Patria no tiene nada que ver con los sacrificios que la dictadura les impone cada día y cada hora, con los bajos salarios, con la carestía de la vida, con las jornadas interminables, etc.

Mas hechas estas aclaraciones nos interesa destacar que en el terreno social las coincidencias entre los trabajadores católicos y nosotros ofrecen una amplia base de trabajo y lucha en común. Y no porque entre los sueños de los cristianos y las ideas comunistas haya nada de común. Esos sueños acerca de una sociedad formada por « hermanos » son el reflejo de una sociedad dividida en clases antagónicas, en la cual el capitalista sólo ve en el obrero una fuente de beneficios. Esos sueños son sueños precisamente porque no tienden a destruir el capitalismo, sino a conseguir que los capitalistas, los terratenientes y todos los explotadores dejen de ser lo que son por « amor al prójimo ». No es casual que ciertos dirigentes católicos consideren como ideal de régimen social el llamado « capitalismo popular », que no ha existido, no existe ni puede existir en ninguna parte. En Alemania occidental y Estados Unidos, países que presentan como ejemplo de ese supuesto capitalismo, los obreros sólo tienen para vivir su fuerza de trabajo. Sus explotadores son los dueños de las fábricas, de la tierra, del dinero. En esos países, como en cualquier otro país capitalista, las clases explotadoras viven a costa de los explotados que son la inmensa mayoría de la población.

Los trabajadores católicos saben muy bien que cuando el estado no alcanza a pagar lo más indispensable, cuando tiene que recurrir a quienes se ven obligados a trabajar 14 horas para un comer que la solución a los problemas está en invertir sus ahorros en acciones?

PERO el que entre muchos católicos y nosotros haya grandes diferencias también sobre las cuestiones mencionadas no es óbice para que coincidamos en la lucha por reivindicaciones económicas, por la democracia e incluso en la perspectiva por el socialismo.

El socialismo ejerce una atracción creciente en ciertos medios católicos. Los progresos de los países socialistas son tan patentes que toda persona dispuesta a poner término a las injusticias del régimen capita-

lista tiene que preguntarse, ¿por qué no seguir es camino, por qué no aprovechar la experiencia de quienes han puesto fin a la explotación del hombre por el hombre?

Ahora ya no basta con repetir que todo lo que se hace en los países socialistas está mal hecho, porque con toda lógica surge enseguida la pregunta: ¿Cómo explicar sus éxitos, cómo explicar que esos pueblos vivan cada día mejor, cómo explicar que los países capitalistas vayan quedando atrás, unos tras otros, en el aspecto económico, cultural y científico?

La respuesta que suele darse a esas preguntas en los medios católicos es que todos esos éxitos se consiguen sacrificando « la personalidad humana ». Pero a muchos católicos no les convence el argumento de que el socialismo desdeña, menosprecia y aplasta la personalidad. Intuyen, aunque todavía no lo comprendan plenamente, que en el socialismo los intereses personales y sociales se armonizan, el bienestar y la felicidad individuales se logran a través del bienestar y la felicidad colectivos, nadie puede vivir a costa de nadie, a nadie le es posible transformar en riquezas propias el trabajo colectivo. En medio de muchas confusiones, completamente explicables, van apreciando que la igualdad socialista significa algo muy diferente a lo que tantas veces han escuchado; que en el socialismo todos los ciudadanos tienen los mismos derechos y deberes, las mismas posibilidades de escoger profesión, de cultivar su inteligencia. Formada por obreros, campesinos e intelectuales, la sociedad socialista está interesada en elevar al máximo la capacidad de cada uno de sus miembros, es decir en el desarrollo de la verdadera personalidad de cada ciudadano. Ejemplo brillante de las posibilidades que el socialismo ofrece al hombre son los impresionantes éxitos de la ciencia soviética. Un régimen en el que se aplastara la personalidad sería incapaz de crear en unos cuantos lustros, partiendo de un nivel cultural y técnico extremadamente bajo, millares de auténticos sabios, cuya capacidad es hoy universalmente reconocida.

Muchos católicos se dan cuenta de que los Partidos Comunistas, guiándose por el marxismo, han dirigido grandes transformaciones sociales, han puesto fin en una tercera parte del mundo a la explotación y la miseria seculares de cientos de millones de seres humanos. Comprueban que el Partido Comunista de España, tantas veces dado por desaparecido, ha alcanzado una influencia considerable en el país y da constantemente pruebas de su capacidad para ofrecer soluciones viables a los problemas de la realidad nacional. Estos hechos no pueden dejar de influir en la conciencia de muchos trabajadores católicos. Y esto se refleja, como es natural, en los medios de organizaciones católicas como la H.O.A.C.

¿Que en la H.O.A.C. se defiende el contrasentido de pretender acabar con la explotación en los marcos del capitalismo? Esto es cierto. En opinión de algunos de sus dirigentes, la vía para producir este milagro consiste en hacer de cada patrono un buen cristiano, tan bueno que por propia voluntad deje de explotar a los obreros. Como decimos anteriormente se hacen eco de la propaganda acerca de un pretendido « capitalismo popular » con el que según palabras del Boletín de la H.O.A.C., « se intenta solucionar el desequilibrio social existente entre patronos y obreros, tendiendo hacia una vastísima y espontánea redistribución de la propiedad, dirigiendo el ahorro de los trabajadores hacia esos fines ».

Los trabajadores católicos saben cuán absurdo es hablar de ahorros cuando el salario no alcanza siquiera para lo más indispensable. ¿Qué sentido tiene decir a quienes se ven obligados a trabajar 14 horas para mal comer que la solución a sus problemas está en invertir sus ahorros en acciones?

Eso es engañarse y engañar a los demás cualesquiera que sean las intenciones de quienes defienden tales opiniones.

**

DURANTE un cierto tiempo eran frecuentes las observaciones críticas de las jerarquías en relación con los salarios, con la angustiosa situación de los obreros agrícolas, etc. Se afirmaba que « la distribución de la renta nacional por habitante ha empeorado en perjuicio de las clases trabajadoras ». Se criticaba públicamente la insuficiencia de los salarios, la penosa situación de los obreros. Las jerarquías de las regiones agrarias hablaban con bastante claridad de la mala distribución de la tierra, de los graves problemas que crea la existencia de los latifundios, del mal gravísimo del paro, etc. El obispo de Córdoba afirmaba que « el obrero español gana hoy menos que hace 30 años ». El de Granada denunciaba « la mala distribución de la tierra ». El de Jaén pronunciaba palabras como éstas: « Contrista hondamente contemplar la ignorancia, los pecados, el hambre, los tugurios y los harapos en tierras feracísimas. »

El motivo de éstas y otras manifestaciones fue señalado por el obispo de Málaga, Angel Herrera Oria, al decir que « desconocer los conflictos reales, sin intentar el remedio o aplazándolo de un día para otro, indefinidamente, puede ser cómodo, pero es peligroso ». A lo que añadía que la gravedad de esta situación consiste en que « cada día la conciencia social del pueblo es más viva; sus necesidades más apremiantes ».

Mas precisamente por esto, porque todos los conflictos se agravan y, en primer lugar, el que opone la nación a la camarilla franquista, es más condenable que las jerarquías de la Iglesia sigan sosteniendo a la dictadura en unos momentos en que los más diversos sectores sociales reclaman el restablecimiento de las libertades democráticas.

¿Comprenderán al fin las jerarquías eclesiásticas que el interés profundo y duradero de la Iglesia aconseja no empecinarse en unir su suerte a la de un régimen condenado, sino en tomar el camino de las Iglesias de Argentina, Colombia, Venezuela, Cuba y otros países?

Al principio de este artículo señalábamos que durante varios meses, a partir del verano pasado, se observa en la actitud de las jerarquías un retroceso en relación con la evolución crítica hacia la dictadura que —aunque muy lenta y prudentísima— podía apreciarse en los últimos años. A la hora de cerrar este artículo —tan rápido es el proceso político en curso!— parecen vislumbrarse síntomas de una vuelta a las posiciones críticas.

Los próximos meses dirán si las jerarquías eclesiásticas aciertan a « pasar el Rubicón », cuando aun es tiempo.

ACTIVIDADES Y RESULTADOS EN TORNO A LAS ELECCIONES SINDICALES

por *Vicente URIBE*

Las informaciones recogidas en todo el país confirman nuestras primeras impresiones sobre la participación de la clase obrera en las últimas elecciones sindicales y los resultados de dicha participación. En efecto: ésta fué infinitamente superior a la de ocasiones anteriores, y los resultados corresponden a ello, en general.

La prensa franquista a las órdenes de los capitalistas, jefes y gobierno, informó de una intensa participación de la clase obrera en dichas elecciones, y no pudo menos de reconocer que entre los enlaces recientemente elegidos la mayoría son nuevos, entre ellos muchos jóvenes. Los plumíferos del régimen pretenden presentar esta intensa participación en las elecciones sindicales como una prueba de la adhesión de la clase obrera a la organización corporativa fascista. Sin embargo, la verdad es otra: La inmensa mayoría de los obreros odian a muerte, con justa razón, el sistema sindical impuesto por los capitalistas y el gobierno, y nada de común hay entre las pretensiones franquistas y las aspiraciones que los trabajadores expresan en dichas elecciones, en sus luchas por las reivindicaciones económicas y en su voluntad de tener auténticos sindicatos obreros, libres de la tutela de los capitalistas y jefes franquistas. Los obreros, al participar en las elecciones, no lo hicieron por adhesión a esos sindicatos sino para elegir a sus representantes auténticos, carne de su carne, a los mejores de entre los suyos, a los que por su conducta merecieran ser los portadores de las aspiraciones obreras frente a los capitalistas y a sus servidores en las altas esferas de los sindicatos verticales.

Esta participación mucho más intensa de los obreros en las elecciones sindicales tiene sus antecedentes más inmediatos en las luchas recientes de la clase obrera y otras capas del pueblo por sus reivindicaciones económicas, contra la política de la dictadura, contra el régimen franquista. En el curso del año 1957 España asistió a los magníficos movimientos de boicot al transporte en Barcelona, Madrid y otras ciudades en los que participó la inmensa mayoría de la población; han tenido lugar las grandes huelgas de los bravos mineros de Asturias, importante acontecimiento que no se había producido en dicha región desde la instauración del fascismo en España; en Euzkadi, Valencia, Sevilla, Córdoba, Valladolid, Zaragoza, Galicia hemos visto repetirse huelgas, plantas, peticiones, reclamaciones de diversa naturaleza, expresión de la protesta, del descontento de la clase obrera, de su voluntad de lucha, de su unidad.

Estas luchas no han quedado circunscritas a las regiones donde la clase obrera se mostró más activa, como Cataluña y Euzkadi, sino que se extendieron por todo el país, y tienen una enorme importancia, porque significan que fuerzas inmensas se ponen en movimiento, luchando en condiciones difíciles contra las tropelías y abu-

tos de los patronos y del gobierno, por mejorar sus condiciones de vida.

Esas luchas despertaron a una mayor actividad a fuerzas jóvenes de la clase obrera, contribuyeron poderosamente a su mejor formación de clase, hicieron salir a la superficie, con una mayor confianza en su fuerza, energías latentes que no habían podido manifestarse anteriormente; eran fundamentalmente reivindicativas y estaban motivadas por el empeoramiento constante que en las condiciones de vida del pueblo determinaran la política de los grandes patronos y del gobierno. Al entrar en la liza, estas fuerzas jóvenes han podido percatarse mejor de dónde está el enemigo y de qué clase de enemigo tienen enfrente; han podido ver de manera mucho más tangible que sus camaradas de trabajo tienen las mismas aspiraciones y anhelos que ellos, que sus hermanos de clase en toda España luchan por los mismos objetivos. En esta ocasión, la unidad de acción se ha convertido, en infinidad de empresas, en una realidad impuesta por la vida; sólo unidos pueden los obreros alcanzar mejoras económicas, hacer frente a los incesantes atropellos y ultrajes de que el régimen les hace víctimas.

En el curso de esas luchas, que aceleraron la acción y elevaron la conciencia de la clase obrera a grados muy superiores, los obreros pudieron ver que muchos enlaces sindicales no cumplían con su deber, no ayudaban a la lucha, no se comportaban como representantes suyos. La razón era muy simple: el justo odio de los obreros hacia los sindicatos verticales se manifestaba con frecuencia en forma de desinterés y falta de preocupación por los puestos que en los sindicatos tienen derecho a elegir. El resultado negativo de esta actitud se ha visto en la práctica: no eran sus intérpretes; eran paniaguados de las empresas, o instrumentos de los jefes, u hombres sin voluntad ni combatividad.

Esas experiencias de la lucha han servido, entre otras cosas, para despertar el interés de grandes masas obreras por la utilización de las posibilidades legales que existen en los sindicatos verticales, para convencerles de la necesidad de luchar por que los puestos de elección sean ocupados por auténticos representantes de la clase obrera, por que los sindicatos en todos sus escalones sean regidos por aquellos hombres del trabajo que merezcan la confianza de los obreros y sean designados por ellos. En mucha mayor escala que antes, en la conciencia de la clase obrera ha penetrado la idea de la necesidad de una organización sindical independiente, de sindicatos auténticamente obreros, al servicio de éstos, dirigidos y administrados por los hombres más capaces y honrados elegidos por los propios trabajadores. Uno de los resultados más elocuentes de este serio progreso ha sido el hecho de los miles de nuevos enlaces sindicales designados gracias a una intensa participación de los obreros en las elecciones, en las que han dado la batalla victoriosamente a los patronos y jefes. Esto, a su vez, repercute favorablemente determinando una mayor actividad de la clase obrera, una mayor unidad, un mayor grado de conciencia política en la lucha por la democratización de los sindicatos y por la democracia en España.

La lucha de la clase obrera en España se desarrolla en condiciones muy particulares, con características derivadas de la existencia de un régimen fascista que arrasó las libertades democráticas del pueblo, arrebató a éste sus derechos democráticos, y entre ellos, el derecho de la clase obrera a tener su propia organización sindical, estableciendo en su lugar el sistema sindical corporativo fascista, donde están juntos patronos y obreros, y donde la alta dirección es nombrada por el gobierno. Los obreros están afiliados obligatoriamente a esa

organización sin que nadie les haya consultado. Son incorporados a ella independientemente de su voluntad y sin contar con su opinión; las cotizaciones, que son fijadas por los jefes, son deducidas de los salarios por los patronos, sin que los obreros intervengan en la administración de los fondos sindicales, pues los jefes hacen de éstos dineros de los obreros patrimonio privado suyo.

La acción en torno a las elecciones sindicales ha estado estrechamente ligada a las demandas reivindicativas de la clase obrera, a la lucha por la mejora de los salarios actuales, notoriamente insuficientes para cubrir las necesidades de la familia obrera. En marzo y octubre de 1956, el gobierno, bajo la presión de la clase obrera, se había visto obligado a decretar aumentos de salario. A renglón seguido, el mismo gobierno franquista, y luego los patronos, empezaron a robar por otro lado lo que antes se habían visto forzados a conceder: los precios de los artículos industriales fueron aumentados por acuerdo del gobierno; los demás artículos siguieron el mismo rumbo, anulando así las ventajas que los obreros habían conseguido, de tal manera que, en el momento de las elecciones, el nivel de vida de la clase obrera había empeorado en muchos casos.

Después de las elecciones las cosas han seguido el mismo curso de disminución del salario real de los obreros a causa del alza incesante del coste de la vida. Las propias publicaciones franquistas se hacen eco de esa situación tratando de reducir la importancia del incremento de los precios en el curso del año 1957. Las informaciones del Banco Central hablan de un aumento del 15 %, otras del 25 %, y no falta quien sitúe el aumento alrededor del 40 %. Pero si las cifras públicas, aun reconociendo el aumento del costo de la vida, son incapaces de establecer cuál es la situación real, los trabajadores de todos los oficios y profesiones la conocen bien, porque sus hogares soportan las angustias de la existencia, las consecuencias de la criminal política de la camarilla franquista.

El III Congreso Nacional de los Trabajadores, a pesar de que la participación de éstos fué muy escasa, adoptó acuerdos que reconocen la necesidad de implantar en España: 1º, el salario mínimo vital con escala móvil por ocho horas de trabajo; 2º, a trabajo igual, salario igual; 3º, Seguro de paro. Al adoptar esos acuerdos, presionados por las reclamaciones que ya entonces se hacían sentir en toda España, los jefes sindicales, con elevada dosis de demagogia, hacían promesas que no estaban dispuestos a cumplir, ni siquiera a luchar por ellas; no hay salario mínimo vital, ni escala móvil, ni jornada de ocho horas; los jóvenes y las mujeres son inicua y explotados, superexplotados, al no pagarles lo que les corresponde por su trabajo; en caso de paro, que ya ha empezado a manifestarse, los obreros se ven condenados al hambre más negra.

Ante el anuncio de las elecciones sindicales, teniendo en cuenta las luchas obreras, las reivindicaciones de todo orden económico y político que se extendían por todo el país, la necesidad imperiosa de movilizar y unir a los obreros en el interior de los sindicatos verticales, el Partido Comunista de España se dirigió a todos los trabajadores con fecha del 31 de julio de 1957, llamándoles a participar activamente y unidos en las elecciones sindicales para hacer triunfar las candidaturas de unidad.

El Partido estaba seguro de que si los obreros abordaban estas elecciones como una verdadera batalla revolucionaria, comprendiendo su importancia desde el punto de vista de clase, se podían obtener importantes resultados en cuanto a la victoria de auténticas candidaturas obreras compuestas por los mejores obreros, los más conscientes, combativos y fieles a su clase. Para obtener esos resultados, el Partido aconsejaba establecer en cada lugar de trabajo, además de las candidaturas, un programa donde, junto con las reivindicaciones particulares de cada empresa, se consignaran otras de carácter general: aumento general de salarios, aplicación de los ya mencionados acuerdos del III Congreso Nacional de los Traba-

jadores, restablecimiento del derecho de huelga. Frente al sistema sindical implantado por los franquistas, el Partido Comunista recomendaba a los obreros aprovechar las elecciones sindicales para luchar por la democratización de los sindicatos, por sindicatos propios de los obreros, independientes de los patronos, y regidos por principios democráticos.

Una vez más, consecuentes con nuestra práctica unitaria, la única que favorece la movilización, el entendimiento y la lucha común de la clase obrera, el Partido llamaba a los trabajadores de todas las tendencias a preparar los programas en común, esforzándose por que éstos fueran conocidos por todos los obreros y abiertos a las propuestas que éstos pudiesen hacer, programas que los candidatos propuestos se comprometían a defender. Sólo así se lograría interesar al conjunto de la clase obrera, que cada trabajador sintiese que el programa es su programa, y que las candidaturas eran sus candidaturas, por responder a sus intereses, por haber participado en su elaboración, habiendo dado su opinión y emitido su criterio acerca de quiénes, de entre los suyos, eran los mejores, los más dignos de ser incluidos en las candidaturas.

Sin duda que una lucha de esa naturaleza, en las condiciones del fascismo, exigía una gran iniciativa democrática. Por eso el Partido aconsejaba apoyar a los obreros que más actividad hubieran desplegado en la defensa de las reivindicaciones proletarias, y apoyarse al mismo tiempo en ellos, y recoger y buscar las iniciativas dentro del cuadro concreto de cada empresa. En este aspecto, como en tantos otros, el Partido confiaba en las iniciativas de sus militantes, en su labor de acercamiento a los obreros de otras tendencias, de explicación de la importancia de las elecciones y de la necesidad de ir unidos a la lucha con candidaturas obreras frente a los patronos y jefes. El Buró Político señalaba el deber de los comunistas de trabajar decididamente junto a los demás trabajadores para la aplicación de la justa política del Partido.

Los resultados de las elecciones a enlaces sindicales han constituido una importante victoria de la clase obrera española en las condiciones del fascismo. La elección de miles de nuevos enlaces auténticos representantes de la clase obrera, y la confirmación de otros antiguos que se habían mostrado dignos de la confianza de sus compañeros, es la culminación de una lucha llevada a cabo en condiciones complicadas y difíciles, condiciones que pudieron ser vencidas porque la clase obrera había adquirido una alta conciencia de clase y porque miles y miles de obreros de todas las tendencias se mostraron como dirigentes, como organizadores de la acción para lograr la victoria de las candidaturas obreras bajo el signo de la unidad de los trabajadores.

Los propios portavoces del franquismo tuvieron que reconocer que la gran participación de los obreros en las elecciones sindicales había sido precedida de una actividad febril en las fábricas, como así fué, en efecto, con gran disgusto y decepción de los mandamases y patronos. La gran participación de la clase obrera fué una participación de clase, una inmensa movilización de los trabajadores en defensa de sus reivindicaciones y por elegir a los suyos, a los que habían de ser sus representantes genuinos, frente a los patronos, jefes y gobierno. En esto precisamente consiste el secreto del éxito.

La clase obrera, al participar en las elecciones unida y con un programa reivindicativo, expresión de sus aspiraciones económicas y políticas del momento, dió pruebas de confianza en sí misma y en los suyos, se levantó contra las horribles condiciones de miseria en

que vive, realizó una gran acción democrática movilizándose contra los escarnios y ultrajes de que es objeto por parte del repugnante régimen franquista. No hay vileza ni crimen que el franquismo no haya cometido contra la clase obrera española tratando de humillarla, de hacerla perder confianza en sus fuerzas y en sus aspiraciones de una vida mejor. Cárceles, torturas, terror, represión, jornadas agotadoras, sindicatos verticales, policía, tiranía, liquidación de los derechos y libertades democráticos; todo ha sido puesto en juego, y continúa siéndolo por los verdugos de España para tratar de impedir que la clase obrera española, la clase del presente y del porvenir, levantara la cabeza y pudiera manifestarse con toda su vitalidad y energías.

Uno de los instrumentos ideados por el fascismo con ese fin, que según ellos había de terminar con la lucha de clases, son los sindicatos verticales, sindicatos de colaboración de clases, donde los obreros deben estar sometidos como esclavos al despotismo y a la explotación de los capitalistas y cumplir las órdenes de los servidores de los capitalistas. En la idea y propósito de los creadores de ese sistema, los enlaces sindicales y las juntas sociales debían servir de instrumentos de los patronos cerca de los obreros. Hay los llamados intereses de la producción según los cuales los obreros tienen el deber de dejarse explotar hasta el límite de sus fuerzas, y el aparato sindical el de conseguir que los obreros sean dóciles a los planes de los capitalistas y contribuyan a reforzar las cadenas de su propia explotación.

Pero, como ya hemos dicho más arriba, en los sindicatos verticales no pueden menos de concederse algunos derechos, por mínimos que sean, que los obreros pueden utilizar en provecho propio, en beneficio de su lucha, en beneficio de su propia clase. Y frente a los propósitos y planes del fascismo, el Partido Comunista ha luchado por la utilización de esas posibilidades legales que podían ofrecerse en el seno de los sindicatos verticales con objeto de movilizar a la clase obrera en la lucha por sus reivindicaciones, para unirla en la defensa de sus intereses de clase frente a los capitalistas y sus servidores, lo que ha constituido, en las condiciones concretas de España, una contribución de gran valor a la formación y desarrollo de la conciencia de clase de las nuevas generaciones obreras.

La actividad de los obreros conscientes en los sindicatos verticales no es, como algunos pretenden, un reforzamiento de éstos sino todo lo contrario. La acción obrera consciente dentro de esos sindicatos contribuye a destruir su carácter, a desarrollar la lucha de clases en su interior, a hacer de ellos puntos de apoyo para la acción de la clase obrera.

Las luchas actuales de la clase obrera, su reagrupamiento, sus afanes por obtener mejores condiciones de vida y libertades políticas, no se desarrollan en una situación ideal producto de unos buenos deseos, sino bajo el fascismo, bajo el poder terrorista de los grandes capitalistas y terratenientes. Privada la clase obrera de libertades y derechos democráticos, entre ellos del derecho a tener su propia organización sindical independiente, y habiéndole sido impuesta por el régimen la organización corporativa, quedaba planteada la cuestión de qué hacer en tales circunstancias. El Partido contestó: trabajar con las masas, utilizar las posibilidades legales para realizar una labor positiva en beneficio de la lucha de la clase obrera, de su unidad, de su formación y conciencia política. Nunca debe olvidarse que se trata de la lucha de las masas, de millones de trabajadores, y todo debe ser puesto en práctica para agruparlos y movilizarse en torno a la defensa de sus reivindicaciones económicas y políticas y a la lucha por ellas. Tratándose de la lucha de masas, y no de la lucha de pequeños grupos revolucionarios, la cuestión gira alrededor de cómo se puede agrupar al mayor número de obreros, y movilizarlos conjuntamente.

Los resultados de las elecciones demuestran que el grueso de la clase obrera ha participado activamente en ellas y seguido una orientación justa para utilizar los sindicatos verticales en su propio beneficio. Ello constituye un éxito de la política de nuestro Partido que no ha cesado de aconsejar en este sentido a los comunistas y a los obreros avanzados, que no ha dejado pasar ninguna oportunidad para mostrar cómo en los sindicatos verticales existían condiciones en las que es posible movilizar las fuerzas de la clase obrera y ayudar a despertar a las capas más atrasadas del campo proletario.

Si el conjunto de la participación de la clase obrera en las elecciones representa, con respecto a situaciones anteriores, un salto formidable, expresión del desarrollo impetuoso de la actividad de cientos de miles de proletarios, no podemos cerrar los ojos ante el hecho evidente de que una parte, aunque no fuera muy considerable, de obreros conscientes han manifestado una actitud negativa en relación con la participación en los sindicatos verticales y su utilización en provecho de la causa obrera. Se trata de obreros conscientes por su actitud de clase, por su intervención en las luchas reivindicativas obreras, por su actitud firme ante el franquismo. Muchos de estos camaradas continúan manteniendo la opinión de que cualquier contacto con los sindicatos verticales atenta a su honor revolucionario. No pocos sueñan con las organizaciones tradicionales de la clase obrera y les parece incompatible la fidelidad a sus ideas con la participación en los sindicatos impuestos por la dictadura franquista. Se trata, en general, de viejos militantes del movimiento obrero que tropiezan con ciertas dificultades para orientarse en la situación actual y no aciertan a encontrar el mejor camino para poner su experiencia y sus energías a contribución en la defensa de los intereses de su clase. Estas actitudes tienen de negativo, entre otras cosas, el que, en muchas ocasiones, son camaradas con autoridad y cuya actitud sirve de ejemplo a otros obreros, y el resultado es que estos camaradas, y los otros obreros orientados por ellos, no suman todos sus esfuerzos a los de sus hermanos de clase y no participan activamente en la lucha general de la clase obrera.

Pero el honor del revolucionario no padece por participar en los sindicatos verticales en defensa de los intereses de la clase obrera; al contrario: precisamente son fieles a ella en la medida en que se mantienen al lado de sus compañeros de trabajo y en que al frente de ellos organizan sus fuerzas y aprovechan lo mejor posible todas las circunstancias para unirlos en la lucha. Y la fidelidad a las ideas sindicales y políticas tampoco sufre porque los obreros elijan a los suyos como sus representantes en los puestos que corresponden a los trabajadores.

La organización sindical independiente de la clase obrera tiene como misión organizarla y luchar por sus reivindicaciones. Se es fiel a ese ideal participando activamente en la organización de masas, allí donde éstas se encuentren. La clase obrera conquistará los derechos que hoy le son negados, entre ellos el de poder organizarse libremente en sus propios sindicatos, mediante la lucha contra el franquismo, por sus reivindicaciones, uniéndose hoy dentro de los sindicatos verticales en torno a sus auténticos representantes.

La experiencia muestra de modo fehaciente que la inhibición es perjudicial para la causa que se quiere y dice defender. Hoy todas las fuerzas son necesarias en esta lucha, y todos los obreros, y de manera particular aquéllos que tienen tras de sí una vida gloriosa al servicio de su clase, tienen el deber de marchar decididamente por el camino que se abre ante todas las fuerzas obreras, democráticas y patrióticas, que es el que conduce a la liberación de España del yugo fascista. Y la actividad en los sindicatos verticales es una parte muy importante de la gran batalla de la clase obrera, del pueblo, de la nación para barrer de nuestro país el régimen causante de las desdichas de España.

**

El período inmediatamente posterior a las elecciones sindicales proporciona ya elementos muy valiosos en cuanto a su repercusión en el seno de la clase obrera. El más importante y trascendental es que, como continuación de la actividad desplegada en torno a las elecciones, la acción reivindicativa de los obreros se ha incrementado en grado considerable, tanto en extensión, como en profundidad. Los puestos que los obreros han obtenido en los sindicatos les sirven de base y puntos de apoyo para la defensa de sus intereses, intereses que los patronos en su conjunto están demasiado acostumbrados a burlar con el concurso de los jerarcas falangistas. El sistema de salarios, primas, puntos, antigüedad, etc., ha sido complicado al extremo por la legislación fascista, y esto permite a los patronos burlar los intereses de los obreros cuando éstos no están suficientemente atentos y vigilantes, lo cual siempre se traduce en aumento de los beneficios patronales y en perjuicio para los intereses económicos de los obreros.

Esta mayor actividad obrera al lado de los nuevos enlaces elegidos se manifiesta muy especialmente en Asturias y en Madrid. Conocidos son los numerosos problemas que se suscitan en las masas, tanto en lo que concierne a los salarios como al régimen de trabajo, seguridad, etc. Los mineros asturianos se han dispuesto a poner coto a los abusos y negligencias de las empresas, abusos y negligencias que los obreros de las minas pagan muchas veces con la vida. La actividad de los mineros a este respecto marca un progreso considerable en comparación con períodos anteriores. Con sus enlaces al frente, como representantes suyos, los mineros se han puesto en movimiento y han conseguido aumentos de salarios y jornadas de siete horas, la aplicación y mejora considerable del régimen de trabajo y de seguridad, que los patronos están acostumbrados a no aplicar. Los mineros pueden ver ya a través de su experiencia cómo el tener sus propios enlaces favorece considerablemente el desarrollo de su lucha reivindicativa y permite obtener resultados altamente provechosos, lo que se traduce en una mejoría de su situación, y el resultado de todo esto es que hoy en las minas de Asturias brilla con fuerza incontenible un elevado espíritu de lucha y de unidad para la defensa de sus intereses.

También en Madrid, especialmente en las grandes empresas, los numerosos puestos alcanzados por los obreros les sirvieron como puntos de apoyo muy importantes en las diversas acciones para obtener satisfacción a muchas de sus demandas y para luchar por el respeto a sus derechos. Buena cantidad de esas acciones han ido acompañadas de gran actividad de masas, de planes y huelgas, en apoyo de las gestiones de los enlaces representantes de los obreros.

Todo esto corresponde al fenómeno general de que la actividad en torno a las elecciones sindicales ha significado un gran impulso para la acción reivindicativa de la clase obrera ansiosa de mejorar su nivel de vida y ver respetada su dignidad y sus derechos. Abundan las iniciativas derivadas de la necesidad de unir las acciones obreras no sólo en las fábricas, sino también por ramas de industria en el plano local y provincial, e incluso en plano nacional. Se está generalizando en las fábricas y en las minas el sistema de reuniones de enlaces para examinar el conjunto de los problemas de cada lugar y para determinar en cada caso las formas de acción que mejor permitan obtener la satisfacción de las reivindicaciones generales y particulares. Pero los problemas más candentes de los trabajadores no pueden ser resueltos exclusivamente en el plano de la acción de una fábrica. Para que las reivindicaciones fundamentales de la clase obrera, es decir: el salario mínimo vital con escala móvil por ocho horas de trabajo; salario igual a trabajo igual; seguro de paro, puedan alcanzar satisfacción, aparece imprescindible la acción coordinada de todos los trabajadores. Es la fuerza conjunta de la clase obrera y su lucha unida lo que puede arrancar de los capitalistas y del gobierno la aplicación efectiva de esas reivindicaciones capi-

tales que, si fueron aprobadas por el Congreso de Trabajadores, hasta la fecha son papel mojado. La acción de los obreros, y sólo la acción unida de los obreros, puede convertirlos en realidad. Esto lo comprende el conjunto de la clase obrera, y por eso se están multiplicando las reuniones de enlaces y representantes de enlaces y de juntas sociales para articular la acción por ramas de industria.

Hoy maduran las condiciones para que en España se desencadenen luchas obreras de una envergadura desconocida hasta ahora bajo el régimen franquista, pues la situación se hace insostenible y los obreros no están dispuestos a soportarla. El nivel de vida de la clase obrera es considerablemente más bajo que antes del fascismo. El rasgo esencial de la situación económica de la clase obrera está determinado por el hecho de que si la jornada legal es de ocho horas, pues el fascismo no se ha atrevido a suprimirla en la ley, la jornada efectiva, por regla general, es de diez, doce y hasta catorce horas. El descenso brutal de los salarios por jornada de ocho horas obliga hoy a los obreros a buscar en las horas extraordinarias una compensación a los bajos salarios por la jornada legal. De todo el país surge el clamor contra esas jornadas agotadoras que embrutecen a los obreros, que aniquilan sus fuerzas físicas y espirituales y los convierten prácticamente en auténticas bestias de carga. En muchas grandes fábricas y en las minas, como lo demuestra, por ejemplo, la huelga en la Naval de Bilbao donde los obreros fueron a la huelga pidiendo 85 pts. de salario mínimo por ocho horas de trabajo, los trabajadores plantean estas cuestiones en forma concreta, porque es vital para ellos que la jornada sea efectivamente de ocho horas y que el salario pueda ser suficiente para cubrir las necesidades de la familia obrera. Pero para conseguir estos resultados será necesario, además de una firme voluntad de alcanzarlos, una gran concentración de esfuerzos, un gran acopio de energías, una estrecha unidad de los trabajadores, un intenso trabajo de preparación. Los éxitos ya obtenidos son otros tantos puntos de apoyo de gran valor y deben servir para organizar nuevas luchas grandes y pequeñas contra la inicua explotación de que es objeto la clase obrera española.

El enemigo: los grandes capitalistas, el gobierno y los jerarcas, sienten que en la clase obrera hay mar de fondo, que no está domesticada ni pasiva, ni dispuesta a soportar por más tiempo esta situación, como se lo evidencian los resultados de las elecciones sindicales, la intensa actividad e iniciativa desplegada por los obreros en torno a ellas y las acciones que han tenido lugar posteriormente. Por eso el enemigo se prepara a su vez para hacer frente a la situación y trata de desarticular las fuerzas de la clase obrera y liquidar o disminuir las conquistas que los obreros han alcanzado en las elecciones sindicales, poniendo para ello en juego los resortes del poder fascista, tanto desde el gobierno como desde la alta dirección sindical, que se encuentra en manos de individuos nombrados por el gobierno, y los cuales, como está archidemostrado, son instrumentos de los grandes monopolios.

Los miles de nuevos enlaces nombrados y respaldados por los obreros son un elemento nuevo que ha sembrado la alarma en las esferas del gobierno, quien sin pérdida de tiempo ha puesto en marcha el aparato policíaco con intención de intimidar y aterrorizar a los nuevos enlaces y a los obreros, y tratando de apartar a aquéllos de su deber de representantes de la clase obrera. Algunos han sido detenidos con los más burdos pretextos. Que eso es contrario a su propia legalidad, les tiene sin cuidado a los capitostes franquistas; el respeto a la mísera legalidad franquista ha de imponérselo la acción de la clase obrera en defensa de sus derechos, sin que esa misma legalidad represente ninguna barrera ante la que deba detenerse la acción del pueblo.

Para impedir que en las elecciones a las juntas sociales los obreros obtuvieran los mismos buenos resultados que en las de los en-

laces, los capitostes falangistas pusieron en práctica todo un arsenal de obstáculos, maniobras, engaños: prepararon estas elecciones ocultando las fechas, no entregando las credenciales, dificultando las reuniones, falsificando las actas, etc. Sin duda que una mayor vigilancia y atención de los trabajadores podría haber desbaratado, en gran parte por lo menos, esos manejos que se han traducido en que muchas juntas sociales, que podían haber sido auténticas representaciones de los obreros, están muy lejos de ello, y son, por el contrario, hechura de los patronos y jerarcas falangistas. Es una experiencia más. De los jerarcas falangistas no se puede esperar más que villanías, y cualquier actitud de confianza en sus promesas y rectitud redundará en perjuicio de la acción obrera. Frente a la perfidia y malas artes de los jerarcas no puede haber otra actitud que guardia permanente y denuncia sistemática de todos sus manejos, trampas y falsedades. Sin que se pierda de vista que algunos funcionarios sindicales son susceptibles de apoyar las demandas obreras.

En la lucha reivindicativa que la clase obrera española se ve obligada a desarrollar en condiciones particulares, aparece como una necesidad de primer orden el que los enlaces y demás representantes obreros mantengan en su labor, y frente a los manejos del adversario, el más estrecho contacto con el conjunto de los obreros de las empresas y ramas de industria que representan; ello ayudará a consolidar los éxitos obtenidos, reforzará la unidad de la clase obrera, y es una condición indispensable para el desarrollo de las luchas venideras y para asegurar a los trabajadores resultados positivos en la lucha por la mejora de sus condiciones de vida y de trabajo. Sería sumamente pernicioso que la acción de los enlaces se desarrollara al margen o sin el suficiente apoyo de los obreros interesados. La experiencia ha demostrado ya que cuando los enlaces actúan respaldados en forma activa por el grueso de los obreros, éstos pueden obtener beneficios substanciales. También ha demostrado que a través de esas acciones, en las circunstancias actuales, los obreros más atrasados, menos conscientes, pueden ser movilizados e incorporados a la acción al lado de sus hermanos de clase, en defensa de los intereses comunes. De idéntica manera, es deber de los enlaces y demás representantes obreros buscar y obtener en toda acción emprendida el apoyo activo de sus representados y poner en conocimiento de ellos la marcha y curso de las cuestiones. Aislados de los trabajadores que les han otorgado su confianza, los enlaces no podrán cumplir adecuadamente su misión; con el apoyo, el consejo y la acción de los obreros, tendrán las oportunidades óptimas en la noble y honrosa tarea que les compete: representar y defender los intereses de sus hermanos de clase, la clase de la cual forman parte.

Todas las cuestiones enumeradas adquieren particular relieve en virtud de los problemas que agobian a la clase obrera española y de la necesidad que ésta tiene de aliviar su situación económica y obtener las libertades democráticas que faltan en nuestro país. Nuestro Comité Central ha tomado la iniciativa de proponer y realizar una « jornada de reconciliación nacional » a través de la cual los españoles puedan manifestarse unidos, sin distinción de partidos y grupos sociales, contra la carestía de la vida y la política económica de la dictadura, en favor de la amnistía y las libertades políticas. Son problemas que afectan a millones de españoles y que son sentidos por la inmensa mayoría de la nación. El carácter pacífico y democrático, nacional y patriótico de dicha « jornada de reconciliación nacional » le han asegurado ya la adhesión de fuerzas considerables de todos los horizontes políticos y sociales. La clase obrera tiene un interés primordial en el éxito de la jornada, tanto por las reivindicaciones expuestas como por el hecho de que se manifestará unida a otras fuerzas considerables de la sociedad: campesinos, intelectuales, empleados y funcionarios, pequeños bur-

gueses y burgueses no monopolistas que también sufren los zarpaos del gran capital monopolista. De la propia acción de la clase obrera depende en una gran parte el éxito de la « jornada », y las elecciones sindicales nos muestran que se dan las condiciones necesarias para lograrlo: Las posiciones alcanzadas son fuertes puntos de apoyo para preparar la « jornada de reconciliación nacional », y los trabajos de preparación, la decisión de actuar, los acuerdos concretos que en cada fábrica, localidad o región se vayan adoptando, constituirán un poderoso acicate, un fuerte estímulo para las demás fuerzas sociales interesadas en los objetivos que sirven de base a la jornada. Habrá de tenerse muy presente que es a los propios obreros a quienes corresponde determinar en cada caso las formas de acción que deben ponerse en práctica. Las experiencias adquiridas son muy valiosas y ofrecen formas muy diversas a través de las cuales los obreros puedan manifestar su criterio, disposición de ánimo y voluntad de lucha, a pesar de la existencia del fascismo y de sus métodos terroristas. La cuestión esencial es que esas formas respondan al criterio unido de los obreros, pues si la jornada es por excelencia la expresión de la unidad y el entendimiento en la acción entre diversas fuerzas políticas y sociales, la jornada debe ser la máxima demostración de unidad de la clase obrera en las condiciones presentes.

No sería justo dejar de mencionar el gran esfuerzo hecho por los camaradas y organizaciones del Partido, su trabajo abnegado, su vigorosa iniciativa en torno a las elecciones sindicales y en el período posterior. Los brillantes resultados obtenidos les afianzan aún más en el camino emprendido y afirman su confianza en la política del Partido. De su actividad en las fábricas como defensores de la clase obrera han dependido en gran medida los frutos que se van obteniendo en el camino de la unidad y de la movilización del proletariado; porque hemos aplicado una línea justa, la política del Partido, porque tienen confianza en la clase obrera; porque han realizado un excelente trabajo de unidad y han sabido ser los intérpretes y portavoces de los anhelos de la gran masa obrera; porque se han preocupado de la juventud a quien saben comprender y estimar como se merece.

Grandes luchas se avecinan en España. No cabe duda que los comunistas, junto a sus hermanos de clase, serán dignos de la gran causa que defienden, la causa de la clase obrera, de la unidad de los trabajadores, de la democracia y de la reconciliación nacional de los españoles en lucha contra la tiranía franquista.

Las nuevas generaciones y el reclutamiento para el Partido

por **Julian GRIMAU**

EL régimen fascista se esforzó desde los primeros momentos en hacer de las nuevas generaciones un dócil instrumento de su dominación política. Para ello no regateó ni dinero ni medios de represión o de corrupción. Las promesas demagógicas se combinaban con la obligatoriedad de pertenencia a las organizaciones falangistas, ya fuesen sindicales o universitarias, culturales o deportivas. En ellas se realizaba la llamada formación « nacionalsindicalista ». Le enseñanza primaria, media y superior se dedicó a ensalzar el espíritu militarista y de guerra civil, el espíritu de « cruzada ». El doctorado en Ciencias o Letras se conjugaba en las Universidades con el Manual de Infantería. Se quería mantener vivo ese espíritu en la conciencia de estos jóvenes, transformarlos en heraldos de la división entre « rojos » y « nacionales ».

En los años 40-48 a millares de hijos de trabajadores que se encontraban en paro o ganando salarios de miseria, Falange —sin el consentimiento de los familiares o arrancando su autorización con amenazas— los llevaba a sus locales. Allí les enseñaba la « doctrina falangista » y la instrucción militar. Pretendía modelarlos a su manera; envilecerlos. A cambio les ofrecía el célebre plato de sopa y el trozo de pan negro. Muchos de estos niños ni eso podían, entonces, obtener en sus hogares, destrozados por la muerte del padre o por encontrarse éste en la cárcel o en la emigración.

La práctica del deporte y de cualquier manifestación cultural o recreativa exigía pasar por el llamado Frente de Juventudes.

El Estado fascista no ha sido parco en demagogia ni en medios económicos para deformar social y políticamente a las nuevas generaciones. Pero sus esfuerzos chocaban, en primer lugar, con la realidad de la vida de la juventud y de sus familias: los salarios de hambre, la explotación capitalista y terrateniente, la imposibilidad de instruirse...

En segundo lugar, sobre las nuevas generaciones se iba proyectando la influencia de sus mayores, la experiencia política y la repulsa inquebrantable al fascismo de las masas populares. Y junto al pueblo, orientándole y dirigiéndole, nuestro Partido, contra viento y marea, no ha cejado en llevar a las amplias masas, incluida esa juventud, nuestra línea política, que mediante un trabajo paciente y abnegado iba abriendo horizontes y dando perspectivas de victoria al pueblo. Mientras timoratos y agoreros veían negra la perspectiva, nuestro Partido hacía penetrar la idea cabal que el fascismo era un poder temporal, pese a la represión y la demagogia.

Y el pueblo y las nuevas generaciones se fueron recobrando; luchando más cada día.

El fruto de este proceso se ha venido recogiendo a través de estos años. Las nuevas generaciones son más conscientes de su responsabilidad en la hora histórica que vivimos y, con orgullo legítimo, se sienten portadoras entusiastas de las gloriosas tradiciones de lucha de su pueblo.

Un somero análisis sobre la presencia activa de las nuevas generaciones de trabajadores e intelectuales en acciones reivindicativas o en las luchas de mayor resonancia nacional e internacional que han tenido

lugar en España durante los últimos quinquenios, nos da idea de su combatividad y denota cuán profundo han calado en ellas los sentimientos patrióticos y democráticos.

Refiriéndonos tan sólo al último y más significativo ejemplo, ahí tenemos el gran porcentaje de jóvenes trabajadores elegidos recientemente, en fábricas, minas o talleres, enlaces sindicales y vocales de Juntas Sociales. Los trabajadores, siguiendo la orientación dada por nuestro Partido, han destacado a puestos dirigentes a jóvenes que con su conducta han probado ser firmes defensores de las reivindicaciones sentidas por el conjunto de los trabajadores, a la par que de los ideales democráticos.

Considerables son los progresos obtenidos en el camino de la reconciliación nacional de los españoles desde que nuestro Partido expuso esta política. En la juventud, la reconciliación nacional es una necesidad bien comprendida. Basta leer la prensa española en los últimos años. Está llena de artículos de jóvenes escritores, periodistas, universitarios, en los que más o menos abiertamente se toma posición resuelta en favor de la reconciliación nacional de los españoles. Y los dirigentes del régimen tienen que acusar el golpe. Sin remontarnos muy lejos, en el discurso de Carrero Blanco, Ministro-Secretario de la Presidencia, pronunciado ante las llamadas Cortes el 15 de Julio de 1957 se reconoció aquella realidad:

« ...Aconsejad a vuestros representados que no chismorreen y que no se dejen impresionar por cuentos... El enemigo, interesado en quebrantar nuestra unidad, es todo menos tonto, e introduce sus agentes por donde cree que puede tener mayores facilidades y donde pueden encontrarse mejor enmascarados. Los encontraréis, a lo mejor, en las organizaciones seculares de la Iglesia, en organizaciones del Movimiento, en las Universidades, entre nuestra Juventud. »

Aquí se puede aplicar el refrán: « cuando los santos hablan, será porque Dios les habrá dado licencia. »

Lo expuesto hasta aquí demuestra —siquiera sea muy someramente— lo erróneo de la posición de algunos antifranquistas, e incluso comunistas, que tienen una actitud un tanto despectiva hacia la juventud, reprochándole no tener otras preocupaciones que el deporte y las diversiones.

Estas inquietudes son típicas de la juventud aunque su vida sea difícil. Ante mí tengo el relato de una vieja obrera textil moscovita, llamada Gorlova, donde explica la situación de los trabajadores bajo la dominación zarista. Podría muy bien llevar la firma de Juana, obrera textil de Sabadell o de la I.T.A.S.A. de Sevilla.

« Nuestro trabajo: entre diez y doce horas por día. Para las mujeres, además, había luego los quehaceres de la casa. A los obreros más viejos les producían estas jornadas un sacrificio enorme. Una cosa les preocupaba: llegar lo antes posible a sus miserables viviendas, comer lo que se podía y meterse en el lecho. Y allá, por el alba, aullaba de nuevo la sirena, exigiéndoles marchar a la maldita fábrica.

Y con todo ello, a pesar de la terrible vida de forzados que llevaban, los jóvenes tenían HACIA LA ALEGRIA, A DIVERTIRSE CUANDO PODIAN. ASPIRABAN AL SABER Y A LA CULTURA. Difícil era en aquellos tiempos poner en práctica tales deseos. Y, tanto más difícil, cuando las clases gobernantes procuraban por todos los medios mantener a las masas en la ignorancia.

...Todo el arsenal de degradación espiritual se volcaba sobre la juventud. Y era necesario tener mucha fuerza de voluntad para poder resistir, no perder el aspecto humano y no enfangarse en el cieno de la espantosa existencia circundante. »

Así también la juventud trabajadora española lucha, se educa; adquiere conciencia de sus intereses y su misión, sin dejar de ser alegre, de apasionarse por el fútbol o el baile.

El deber de los comunistas es fundirse con esa juventud y enseñarla, ayudándola a elevar su conciencia de clase y su formación política: ayudarla a tener conciencia de que el futuro les pertenece. Y ese futuro es el Socialismo, « un sendero radiante —como decía el gran poeta soviético Maiakovski— que no conoce el retroceso, la vuelta al pasado. »

LAS ORGANIZACIONES DEL PARTIDO, TODOS LOS COMUNISTAS, DEBEMOS PRESTAR MAYOR ATENCIÓN A GANAR LAS NUEVAS GENERACIONES PARA EL PARTIDO.

Ciertamente, en los momentos más difíciles de la lucha clandestina, el Partido se ha esforzado en ganar a los jóvenes trabajadores e intelectuales para la lucha contra la dictadura. Ha extendido en su seno las ideas democráticas y nuestra ideología marxista. No pocos han ingresado en el Partido Comunista.

Con razón el camarada Santiago Carrillo podía decir ante el III Pleno del Comité Central de nuestro Partido:

« Sin vanagloria podemos decir que nuestro Partido ha mostrado una viva preocupación por los problemas de la juventud; se ha esforzado por ayudarla a encontrar el camino de la vida y de la lucha; ha combatido las actitudes reaccionarias de quienes desdenaban a la juventud y desconfiaban de ella. Muchos jóvenes trabajadores e intelectuales han venido a las filas de nuestro Partido y ocupan en ellas puestos muy responsables ».

¿Cabe afirmar que podemos sentirnos satisfechos de los resultados obtenidos en lo que al reclutamiento para el Partido se refiere, concretamente?

No. Reconocemos que aún es mucho lo que queda por hacer. Por eso el camarada Carrillo, ponía el acento en que:

« ...la juventud todavía no ocupa en las filas del Partido todo el lugar que le corresponde. Me refiero a los hombres que han crecido en estos veinte años.

Tenemos que orientar nuestra labor de reclutamiento y de organización de forma que los hombres de dieciocho a treinta y cinco años, que suelen ser las fuerzas más activas de la clase obrera y del pueblo, constituyan el grueso de nuestros militantes y cuadros medios. »

Pero antes de entrar a examinar las causas de nuestro retraso en ganar para las ideas y la práctica revolucionaria del marxismo-leninismo a las nuevas generaciones no están de más algunas consideraciones que pueden ayudar a comprender el camino recorrido por el Partido en este problema.

La dialéctica marxista nos enseña que siempre es necesario abordar las tareas desde el punto de vista de las condiciones concretas, teniendo en cuenta lo que es posible y lo que no lo es.

Lo mismo que en sus planteamientos políticos y tácticos, nuestro Partido ha tenido en cuenta en todo momento el carácter nacional de nuestra lucha y otras circunstancias esenciales para definir nuestros objetivos y aliados, en el orden al fortalecimiento del Partido, ha tenido en cuenta las particularidades concretas de cada etapa.

¿Hacia qué vía iba encaminada nuestra tarea de reforzamiento de las organizaciones del Partido en el período 1949-50?

1. — Hacia la recuperación de viejos militantes y cuadros del Partido que habían salido de las cárceles; hacia camaradas que habían quedado temporalmente aislados de sus organizaciones o que habiendo sido afectados por el peso de la derrota y de las nuevas condiciones que se habían creado adoptaban una actitud de repliegue circunstancial y,

2. — Atraer a las filas del Partido a los obreros y campesinos de conciencia revolucionaria más desarrollada, muy en particular a los que habían militado en la J.S.U. donde habían adquirido cierta educación política y teórica. Y también a jóvenes con ideas democráticas y que habiendo luchado en la guerra defendiendo a la República sentían simpatías por el Partido Comunista.

El reforzamiento del Partido —como vemos— estaba influido por los efectos de la derrota: el movimiento de las masas pasaba por un momento

de descenso. En esta situación concreta la tarea central no podía ser otra, en lo fundamental, que la recuperación de los viejos cuadros y militantes, ya que la propia lucha en aquellas circunstancias exigía un temple más acerado; experiencia y solera revolucionaria.

Después de 1951, el reforzamiento orgánico del Partido se realiza de forma diferente. Y ello no se produce tampoco por casualidad. Son los hechos, la realidad viva, quien lo condiciona. Después de las huelgas y luchas de los trabajadores y del pueblo de Barcelona; de las huelgas de Euzkadi y Navarra; de la acción del pueblo madrileño y de cientos de acciones de los trabajadores en diversas provincias por reivindicaciones económicas, se inicia, como señaló el Secretario General del Partido, camarada Dolores Ibárruri, una nueva etapa en la lucha de las masas contra la dictadura, el comienzo de un período de auge revolucionario. Lógicamente, este nuevo proceso que se abría llevaba al Partido a orientar su fortalecimiento orgánico de forma distinta:

1. — Ganar a las nuevas generaciones de trabajadores e intelectuales y, de manera más concreta, a los sectores de vanguardia que se habían distinguido en las luchas. Estas nuevas fuerzas, integraban, en su conjunto, una gran masa cuya presencia activa en las fábricas, en el campo en las Universidades, en la vida de la nación, se convertía en un factor que no podía subestimarse. Y como el Partido no lo perdió de vista, la camarada Dolores Ibárruri en su « Informe ante un grupo de dirigentes », señalaba que una gran tarea revolucionaria, inaplazable, era ganar a esta juventud. El Partido necesita permanentemente nueva savia, nuevas fuerzas sin las cuales no es posible que lleve a feliz término su misión histórica. Por ello, en la nueva situación que se abría en la lucha del pueblo contra la dictadura, una buena política de reforzamiento del Partido que no hubiese tendido hacia las nuevas generaciones, hubiese cojeado del lado decisivo; y

2. — seguir propiciando la reincorporación al seno de las organizaciones de los viejos cuadros y militantes del Partido y de los grupos irregulares.

Así, pues, la orientación para el fortalecimiento del Partido tenía en cuenta que si bien era necesario proseguir la reincorporación a la vida del Partido de los viejos cuadros y militantes, el esfuerzo fundamental de reclutamiento debería orientarse hacia las nuevas fuerzas despertadas a la lucha y, muy especialmente entre la juventud que se ponía en movimiento llena de inquietudes renovadoras de índole social y política; entre esas nuevas generaciones que irrumpían en la vida mostrando una gran simpatía y respeto político hacia los comunistas, que en gran medida seguían sus orientaciones y manifestaban vehementes deseos de conocer la vida en la Unión Soviética y en los otros países socialistas. En suma: una juventud signo del tiempo y de los profundos cambios que en los últimos años se habían operado en el mundo, que buscaba afanosamente, ante la total cerrazón que le ofrecía la vida bajo la dictadura del general Franco, nuevos horizontes. El régimen arreciaba sus mentiras anticomunistas y antisoviéticas; impedía la entrada o publicación de obras progresivas y revolucionarias; había hecho desaparecer las obras científicas del marxismo-leninismo de las bibliotecas, pero al dictador le era imposible impedir que la juventud y el pueblo español elevasen sus miradas hacia el nuevo mundo firmemente establecido del Elba al Pacífico.

En muchos jóvenes afanosos de encontrar una respuesta a los problemas de su tiempo iba abriéndose paso la convicción de que sólo el marxismo-leninismo aporta soluciones verdaderas. Y se orientaban hacia el Partido Comunista que se guía por esa teoría científica.

Como vemos, las condiciones objetivas —cada día más favorables— que posibilitaban la amplia atracción de nuevas fuerzas al Partido, tenía su base, fundamentalmente, en tres factores:

a) Ascenso del movimiento revolucionario y de la lucha de masas en nuestro país.

b) Gran simpatía y prestigio de los comunistas en las amplias masas del pueblo mercedamente ganados por la justeza de su línea política.

espíritu de sacrificio, heroísmo y abnegación demostrados desde que se produjo la derrota temporal del pueblo.

c) En el hecho, palpable, de que las ideas del Socialismo, las ideas del Comunismo, realidad viva de nuestra época, prenden en el pueblo y en las nuevas generaciones en particular.

Nada reflejaría mejor lo que acabo de exponer que reproducir lo que dicen cientos de jóvenes al solicitar el ingreso en el Partido en este último período. Me limitaré a entresacar algunos casos.

« Pido el ingreso —dice un obrero nacido en 1938— porque veo que es quien mejor defiende los intereses de mi clase; porque es la vanguardia de la lucha contra la dictadura y mañana quien instaurará el régimen Socialista que liberará al hombre de la explotación capitalista y dará al pueblo el bienestar ».

« Tengo 29 años de edad —dice otro—; soy obrero, especialista fundidor. Hijo de campesinos, desde joven mi padre me hablaba de lo que la República había dado al pueblo y a los campesinos. La causa de pedir el ingreso en el Partido Comunista es que habiendo tenido ocasión de leer asiduamente MUNDO OBRERO así como varias obras de Stalin y la Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética lo hago convencido de que el Partido Comunista es quien lucha y defiende los intereses de los trabajadores, y como obrero quiero dar mi aportación personal a esta gran causa. Pensándolo detenidamente ha llegado al convencimiento de que mi plaza está en el Partido. Llevo años colaborando con el Partido en el reparto de propaganda. »

« A los 17 años —dice un campesino— conocí a camaradas comunistas. Les ayudé y con ellos empecé a conocer al Partido y a la Unión Soviética. Hoy tengo 24 años y creo que mi puesto está en el Partido. Creo que seré digno de ese honor ».

« Soy el hijo mayor de una familia numerosa —dice un funcionario de 25 años— de concepciones católicas. Después de muchos esfuerzos llegué a obtener el título de Profesor Mercantil. Lo terminé un año antes de la edad establecida. Al terminar la carrera e intentar trabajar llevé la mayor desilusión de mi vida; sólo encontraba trabajo de contable y mal remunerado. Empresas importantes mantenían sus viejos contables, fieles y expertos en chanchullos... »
« Me eduqué en el Colegio de Jesuitas; las inquietudes me llevaron a estudiar profundamente la Religión y leer todo lo que caía en mis manos sobre esta materia. En unos años me convencí que todo era irreal. A los 17 años comencé a interesarme en asuntos económicos y políticos. Lo que leía no me convenía: eran obras con un fondo liberal, idealista y no daban solución a mis inquietudes. Así llegué a conocer los principios económicos del Socialismo. Desde entonces la búsqueda de materiales marxistas era mi ilusión... » « Después de maduros exámenes y estudio he llegado a la conclusión que la única solución justa y real está en el marxismo-leninismo y en su aplicación de acuerdo a sus propias características, por nuestro glorioso Partido Comunista de España con cuyo espíritu y objetivos estoy totalmente identificado. Por todo lo cual pongo mi capacidad al servicio de la causa y pido mi ingreso en vuestras filas ».

Podríamos reproducir centenares de declaraciones similares.

CORREGIR LAS ACTITUDES SECTARIAS QUE DIFICULTAN EL RECLUTAMIENTO DE LAS NUEVAS FUERZAS JUVENILES.

Hemos destacado los factores fundamentales que determinan el porqué es correcto y necesario abrir sin reservas las puertas del Partido a las nuevas generaciones de trabajadores e intelectuales.

Veamos ahora qué nos dice la propia experiencia.

En el III Pleno del Comité Central de nuestro Partido se señalaba que las organizaciones nutridas y dirigidas en su mayoría por jóvenes destacan por una capacidad extraordinaria para ligarse con las masas; porque desarrollando su trabajo en condiciones difíciles y complejas,

han sabido aplicar con justeza y fidelidad la política del Partido; han sabido esquivar con éxito la represión.

También se hablaba de ejemplos de otras organizaciones del Partido que, fundiendo a los viejos cuadros y militantes con jóvenes llegados recientemente a las filas del Partido, han mejorado su actuación política y táctica.

Sin embargo, hay todavía muchos camaradas que orientan el desarrollo del Partido de manera unilateral y estrecha. Es decir, apoyándose casi exclusivamente en aquellos miembros del Partido que son conocidos desde hace muchos años, y muy poco en jóvenes que les manifiestan su adhesión sincera e incluso ayudan en tareas de solidaridad con los presos o distribuyen nuestra propaganda. Esta concepción está más extendida en organizaciones débiles políticamente y en miembros del Partido que actúan en grupos irregulares.

Hay camaradas que razonan así: « Ahora, podemos interesar a la juventud para las ideas del marxismo-leninismo pero... en lo que atañe a darles ingreso en el Partido es un proceso más lento ».

Un joven metalúrgico de una región del norte, cuenta que sólo obtuvo el ingreso en la organización del Partido de su fábrica cuando llevó a ciertos camaradas, que le conocían bien, propaganda del Partido. Los camaradas (además eran vecinos) le citaron a una reunión. La conclusión fué: si puedes procurarte y distribuir materiales del Partido quiere decir que puedes militar en nuestra organización. El nuevo militante hizo la reflexión siguiente: « ¿Es que no hubiese sido más natural que hubiese partido de vosotros la idea de facilitarme los materiales del Partido? »

— En mi pueblo —señala un camarada— cuando se puedan abrir las puertas del Partido, serán decenas de jóvenes los que vendrán. Hoy ya para ellos, constituye el centro de sus ilusiones el Partido Comunista y la Unión Soviética; leen nuestra prensa; escuchan Radio España Independiente y siguen sus orientaciones.

— La juventud sólo piensa en el comunismo —subraya un militante del Partido de una comarca aragonesa— y entre ellos, algunos son muy activos en las luchas reivindicativas. Se interesan mucho por la propaganda de los comunistas; los hay con cierta preparación política adquirida a través de Radio España Independiente. El día que podamos no vacilarán en venir al Partido.

Refiere un viejo cuadro del Partido de una zona agraria, que al regresar a su pueblo, después de haber pasado varios años de cárcel, encontró un gran ambiente de simpatía hacia los comunistas. Jóvenes, niños cuando la guerra, recababan de él orientación sobre cómo luchar para mejorar la situación de los campesinos en la comarca. Nuestro camarada expresaba alegría por la gran influencia que posee el Partido entre las masas. Pero... se limita a ponderar lo que supondrá para el futuro...

Casos similares hay muchos. Me limitaré a un hecho muy reciente. Un joven metalúrgico, al solicitar el ingreso en el Partido, dice: en mi fábrica, que es muy importante, y en otras de los alrededores, nos agrupamos unas decenas de jóvenes trabajadores y todos expresamos nuestras simpatías por el Partido Comunista. Escuchamos Radio España Independiente. Son nuestro alimento político estas emisiones. El enlace sindical de mi sección, elegido hace años y reelegido ahora, es comunista y a él acudimos a pedirle consejo y ayuda, precisamente porque sabemos cómo piensa. Una cosa me resulta incomprensible. ¿Por qué dándose buenas condiciones para crear una o varias organizaciones del Partido este camarada no aborda esta tarea?

Como es fácil observar, el obstáculo es la pervivencia de concepciones estrechas, sectarias; la desconfianza hacia la juventud; la falsa idea de que ésta tiene una actitud « frívola » y « no está madura » para el Partido.

Nada más contrario a nuestra ideología y a nuestros principios de organización que pensar que hoy es suficiente con ejercer una influencia política e ideológica entre las nuevas generaciones y practicar el viejo adagio árabe de « sentarnos a la puerta de nuestra casa » esperando la llegada

de la democracia. Lo revolucionario es esforzarnos por ganar a la juventud para el Partido.

Nutrirse de nuevas fuerzas, promover a jóvenes a puestos dirigentes, previa valoración marxista-leninista que tenga en cuenta el grado de su firmeza, capacidad política e ideológica y entrega al Partido y a su clase, ha sido, a lo largo de todo el desarrollo de nuestro Partido el norte de una excelente y sana política de reclutamiento y de cuadros. Nada más aleccionador que echar una ojeada retrospectiva y recordar lo que supuso y supone para nuestro Partido y para la causa de nuestro pueblo y del socialismo haber ganado a la parte más consecuente y aguerrida de la juventud obrera, campesina e intelectual que se destacaba durante la República y, principalmente, después del triunfo del Frente Popular y en nuestra guerra.

Los largos años de fascismo han sido costosos a nuestro Partido en dirigentes, cuadros y militantes. Pero aun en los momentos más críticos y difíciles de la lucha revolucionaria, nuevos militantes ocuparon los huecos que dejaban camaradas fusilados o encarcelados. Entre los procesos incoados por la dictadura se puede constatar la participación de muchos jóvenes y en nuestra mente quedó grabada la imagen de aquellas muchachas conocidas por las trece rosas.

En aquellas circunstancias, camaradas del Partido, aislados temporalmente de sus organizaciones de base, reconstruían o creaban nuevas organizaciones del Partido. Y se apoyaban también en los jóvenes. Un camarada metalúrgico expone en su biografía de petición de ingreso en el Partido: « Aunque de manera formal nunca pertenecí al Partido, en el año 1943 organicé, teniendo 17 años, varios Clubs de la Juventud. Más tarde en varias fábricas organizamos células del Partido. Nos orientaba un viejo militante que se encontraba, circunstancialmente, al margen de toda actividad organizada de Partido. Cuando logramos enlazar con los dirigentes del Partido en la provincia, estos camaradas nos felicitaron por nuestra labor. »

Hemos dicho y repetido muchas veces que los comunistas no nacen, se forjan. Es una verdad tangible —y cada uno puede autoexaminarse— que solamente en las filas del Partido se encuentra la mejor escuela; sólo militando activamente en el seno de la organización se puede adquirir el temple y la audacia necesarios. Sólo encuadrado en el Partido, los comunistas nos armamos sólidamente con la teoría del marxismo-leninismo.

En nuestro país existen condiciones objetivas para progresar más rápidamente que hasta ahora en el reclutamiento entre la juventud comprendida entre los dieciocho y treinta y cinco años. Las puertas del Partido deben abrirse a las nuevas fuerzas trabajadoras e intelectuales de acuerdo con los Estatutos del Partido aprobados por su V Congreso. Deben permanecer cerradas a cal y canto a los enemigos de nuestra clase y de nuestro pueblo, arribistas, carreristas y elementos desclasados. Aplicar la vigilancia revolucionaria es una necesidad y un deber permanente. Pero esta norma no debe convertirse en desconfianza hacia aquellos trabajadores o intelectuales que, siendo honestos, pudieron mantener en el pasado puntos de vista diferentes a los nuestros en el terreno político e ideológico, e incluso tuvieron actividades responsables en organizaciones de masas del régimen. Nuestra decisión, en estos casos, debe partir del grado de honestidad y sinceridad que nos merezcan.

El III Pleno del Comité Central del Partido, al insistir sobre la necesidad de avanzar en el reclutamiento para el Partido entre las nuevas generaciones, señalaba que lo que decidirá del cumplimiento de esta tarea es que sea comprendida por nuestras organizaciones, cuadros y militantes. También es un deber de las organizaciones irregulares y de camaradas que, circunstancialmente, no hagan una vida regular de Partido. Sin atraer esas fuerzas jóvenes a nuestras filas iríamos con retraso en la formación de nuevos cuadros y dirigentes que tanto la lucha actual como las etapas posteriores de la revolución española exigirá de nosotros.

DECLARACION DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA sobre la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros

CON ocasión de los actos del XL aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, los Partidos Comunistas y Obreros de 64 países reunidos en torno al Partido Comunista de la Unión Soviética han afirmado solemnemente la unidad del movimiento comunista mundial.

El Comité Central del Partido Comunista de España saluda la Conferencia de los Partidos Comunistas en Moscú como un gran acontecimiento histórico de saludables consecuencias para la lucha liberadora de los pueblos y para la causa de la paz. Confirma la aprobación dada por su delegación al « Manifiesto de la Paz ».

El Comité Central ha examinado la Declaración de los Partidos Comunistas y Obreros de los 12 países socialistas y proclama su entera identificación con el contenido de dicho documento.

Dicha Declaración adopta y desarrolla las tesis aprobadas en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, que tuvo una significación histórica en el desenvolvimiento del movimiento comunista mundial.

El documento de los 12 Partidos hace un profundo análisis de la época actual, cuyo contenido fundamental « es el paso del capitalismo al socialismo iniciado por la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia ». La Humanidad se halla en el momento de un viraje histórico decisivo, cuando países donde viven 950 millones de habitantes marchan por el camino del socialismo, cons-

truyendo una vida nueva, mientras que los triunfos del movimiento nacional antiimperialista de los pueblos coloniales han conducido a países habitados por más de 700 millones de seres a romper con el yugo colonial y a la constitución de nuevos Estados nacionales soberanos.

La reciente Conferencia de El Cairo ha sellado, de hecho, el acuerdo de las fuerzas inmensas del campo socialista con las también considerables de los pueblos antiimperialistas, acuerdo de alcance histórico, concertado para defender la paz y luchar contra la dominación mundial del imperialismo. El conjunto de los países pacíficos, socialistas y antiimperialistas, representa ya una fuerza mucho mayor que la del campo imperialista, que se reduce a ojos vistas, y se halla en descomposición, minado por profundas contradicciones internas.

Expresión de esta descomposición ha sido la última reunión de la N.A.T.O., en la que tales contradicciones se han puesto de manifiesto claramente y donde el caudillaje americano sobre las potencias imperialistas ha sufrido duro quebranto.

El análisis que se hace en la Declaración de los 12 Partidos de las realizaciones de esta época, es una confirmación brillante de las previsiones del leninismo. En el momento en que el neorrevisionismo creía poder extender el certificado de caducidad a las teorías de Marx, Engels y Lenin, la vida consagra de forma indubitable la vitalidad, la pujanza, el acierto de éstas.

La existencia del campo socialista, encabezado por la Unión Soviética, desempeña un papel determinante en el curso de los acontecimientos mundiales. Los hechos que acaecen hoy en el mundo llevan la impronta de esta época de transición del capitalismo al socialismo. Para su lucha, las fuerzas revolucionarias y democráticas de los países capitalistas, y las fuerzas nacionales liberadoras de los países coloniales o dependientes, encuentran un poderoso sostén en la existencia del campo socialista, y en la acción que éste lleva a cabo en el plano mundial en favor de la paz y de la libertad de los pueblos.

En España, el desarrollo de la lucha contra la dictadura fascista del general Franco y por la democracia, se encuentra, también, influido por toda la situación mundial. Franco y su camarilla, al aferrarse obstinadamente al Poder, contra la voluntad nacional, son apoyados por las potencias del campo imperialista, más particularmente por los gobernantes de los EE.UU. A cambio de este apoyo, el dictador transforma nuestro territorio en una base atómica americana, expuesta a la destrucción total si estallase la guerra; encierra en un anillo de hierro la economía nacional, sometida al dictado de los monopolios americanos, e impedida de un desarrollo normal por la unilateralidad que le es impuesta en las relaciones comerciales. La ayuda americana a la dictadura, ha permitido que se mantenga un sistema político apoyado en la opresión fascista, en la corrupción, en la mediocridad intelectual.

Más el debilitamiento mundial del imperialismo, el debilitamiento de las posiciones dominantes de los Estados Unidos es, a la vez, un factor de debilitamiento y de descomposición de la dictadura del general Franco. Si el apoyo yanqui ha sido, transitoriamente, un factor de sostén para la dictadura, actualmente se transforma en un elemento de descomposición. Los fracasos reiterados del imperialismo golpean directamente al régimen de Franco.

Paralelamente los éxitos brillantes de la U.R.S.S. y de todo el campo socialista, las victorias antiimperialistas de los pueblos, representan un enorme apoyo moral y político para

las fuerzas de la oposición democrática. Cada uno de esos éxitos y victorias conforta la esperanza del pueblo oprimido y redobla su confianza en las fuerzas propias y su voluntad de lucha.

Los éxitos de la U.R.S.S. y del campo socialista, por un lado, y el debilitamiento y descomposición del imperialismo, por otro, no representan un fenómeno pasajero, sino un proceso irreversible que culminará en la extensión del sistema socialista al mundo entero.

La superioridad del sistema socialista, como régimen social, ha sido demostrada. Los últimos avances extraordinarios de la ciencia y la técnica soviéticas confirman inequívocamente esa superioridad. El capitalismo, sistema social basado en la explotación del hombre por el hombre, está inevitablemente condenado a desaparecer.

La acción de las fuerzas democráticas en España está impregnada del contenido fundamental de esta época; es decir, se halla impregnada por las fuertes corrientes socialistas que la existencia del campo socialista determina. La aspiración al socialismo, en unos casos muy concretamente, en otros, aun de manera vaga y confusa, anima a muchos de los hombres y fuerzas que se han puesto en movimiento y desempeñan un papel activo contra la dictadura. Ello contrasta con el descrédito creciente de las clases dominantes, y de los grupos políticos reaccionarios que las representan, muy particularmente con el descrédito de los grupos del capital monopolista, uña y carne con la dictadura del general Franco. Las críticas contra los grupos monopolistas fluyen de todas las capas de la sociedad, lesionadas por aquéllos. La responsabilidad principal de dichos grupos en la continuidad de la dictadura y en su funesta política va siendo cada vez más patente.

El contenido fundamental de esta época de transición del capitalismo al socialismo, unido a las particularidades del desarrollo democrático de España, explican el papel determinante que desempeñan y desempeñarán de manera cada vez más concreta la clase obrera y el Partido Comunista, junto con otras corrientes socialistas y progresistas, en los cambios políticos que se aproximan en España.

LA Declaración de los 12 Partidos Comunistas y Obreros subraya que la lucha por la paz es hoy la tarea primordial de los Partidos Comunistas. Esta apreciación se ha concretado en el Llamamiento firmado por los 64 Partidos Comunistas presentes en los actos del XL aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, y entre ellos, por nuestro Partido. La carrera armamentista, las armas termonucleares, la política de bases y de pactos militares, constituyen una verdadera pesadilla, un inminente peligro para la vida de la Humanidad. Una tercera guerra mundial, con los medios de destrucción que hoy existen, acarrearía el aniquilamiento de la tercera parte o de la mitad de la Humanidad y enormes pérdidas materiales. Los grupos monopolistas que detentan el Poder en las potencias imperialistas no renuncian voluntariamente a la guerra, porque el capitalismo, para sobrevivir, necesita la explotación imperialista de otros pueblos. Y porque teme la competición pacífica con el socialismo, en la que el capitalismo, como régimen social, será vencido.

Por otro lado la carrera armamentista proporciona a los grupos monopolistas inmensos beneficios y, momentáneamente, la posibilidad de atenuar ciertas consecuencias de las crisis cíclicas del capitalismo. Es evidente que, de continuar, la carrera armamentista puede conducir a una guerra apocalíptica.

Sin embargo, en la época presente la guerra puede ser evitada. Para ello cuenta como factor fundamental la potencia de la Unión Soviética y del campo del socialismo: dicha potencia hace vacilar a los imperialistas. Otro factor de suma importancia es la colaboración del campo socialista y de los Estados antiimperialistas en la defensa de la paz. Esta colaboración pone en el platillo de la balanza en favor de la paz, fuerzas muy superiores a las del imperialismo. En tercer lugar está el factor representado por la lucha de las masas populares por la paz en el interior de los países imperialistas, lucha que trabaja y maniató a los promotores de guerra. La acción coincidente de es-

tos tres factores puede impedir la guerra.

La defensa de la paz exige el desarrollo de una amplia acción popular para la supresión de los ensayos de armas termonucleares y la prohibición de éstas, por el desarme y por negociaciones entre los países capitalistas y socialistas con vistas a consolidar la paz. Estos objetivos son comunes para los pueblos de todos los países. En el nuestro constituye un objetivo de vida o muerte para todos los españoles, independientemente de sus ideas o creencias, la anulación de los acuerdos militares con Estados Unidos, que poseen bases militares y depósitos de armas termonucleares sobre nuestro territorio. Es vital, asimismo, impedir el establecimiento de rampas para proyectiles atómicos. La nota del Gobierno soviético al Gobierno del general Franco de fecha 13 de diciembre pasado contiene una advertencia solemne sobre los peligros que acarrearía, en caso de guerra, la posesión de bases y rampas por los americanos en España. Después de esta advertencia, nadie puede llamarse a engaño sobre las posibles consecuencias de la política antinacional practicada por el general Franco.

La acción para la anulación de los acuerdos militares, para la supresión de las bases extranjeras, para impedir el establecimiento de rampas; la acción para el cese de las pruebas de armas nucleares y la prohibición de este tipo de armas debe conquistar en España carta de naturaleza legal. Esa causa interesa a todos los españoles. Y la legalidad de dicha acción puede ser alcanzada si las altas personalidades de la cultura, la ciencia y el arte, conscientes de su responsabilidad ante la nación, inspirándose en el ejemplo de sus colegas de países como Alemania, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y otros, se deciden a encabezarla. Tras esas personalidades se colocaría la nación entera.

Alcanza una responsabilidad muy directa en el mantenimiento de los acuerdos militares que tan gravemente comprometen la existencia de España, a las altas jerarquías de la Iglesia, cuya autoridad dentro del régimen es tan grande que podría determinar, con un gesto, la ruptura de tan peligrosos acuerdos. La defección

de dichas jerarquías en cuestión tan vital para el país, plantea a ciertas personalidades católicas más independientes y a los sacerdotes más sensibles a los problemas de la nación, el deber moral de intervenir activamente contra el peligro atómico, las bases y rampas de lanzamiento, y en favor de la paz. Actitudes de este tipo facilitarían las corrientes de comprensión y respeto mutuo entre creyentes y no creyentes.

Tiene una importancia particular para España poner fin a la guerra de Ifni, que por reducida y localizada que por el momento sea, no encierra menos los gérmenes de un conflicto militar más amplio y grave, si no se le da justa y rápida solución. Esta solución debe basarse en el respeto a la libre autodeterminación del pueblo marroquí y a su independencia territorial. ¡No debe verterse ni una gota más de sangre española por los arenales de Ifni y el Sahara!

En las condiciones presentes, los comunistas propugnamos la adopción de una política de neutralidad por el Estado español. Manteniendo una política de neutralidad, España podría desempeñar un papel positivo en favor de la paz mundial. La política de neutralidad estatal puede proporcionar un terreno de coincidencia a todas las fuerzas que desean la paz, que quieren librar a España de las amenazas de una guerra termonuclear, cualesquiera que sean las preferencias de régimen político y social.

La defensa de una política de neutralidad estatal para España significa que los comunistas nos pronunciamos por la coexistencia pacífica entre todos los Estados, cualquiera que sea su régimen político y social; por la no injerencia de un Estado en la política interior de otro, pero no implica que los comunistas nos consideremos neutrales en la contradicción entre el campo del socialismo y el campo imperialista. La lucha por el socialismo, por una nueva sociedad sin explotadores tiene un carácter eminentemente internacional.

Por ello los comunistas y todos los trabajadores conscientes han considerado siempre como su deber sagrado internacionalista la defensa de la Unión Soviética. Hoy a la defensa de la Unión Soviética se agrega la de los demás países socialistas. Defendiendo a la Unión Soviética y a

los demás países socialistas frente a todo género de agresiones imperialistas, los trabajadores de cada país capitalista contribuyen a su propia liberación del yugo de la explotación.

III

LA Declaración de los 12 Partidos afirma la necesidad de enfilar nuestra lucha contra los grupos del capital monopolista que «están en contradicción cada vez más flagrante no sólo con los intereses de la clase obrera, sino también con todos los de las demás capas de la sociedad capitalista: los campesinos, los intelectuales y la burguesía urbana pequeña y media».

Este planteamiento constituye la confirmación del justo análisis hecho por nuestro Partido, considerando que la contradicción que aparece hoy en primer plano en el seno de la sociedad española es la contradicción entre los grupos del capital monopolista, por un lado, y la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía no monopolista, por otro.

Son los grupos del capital monopolista los que sostienen la dictadura del general Franco, y utilizan el poder político en su beneficio exclusivo; son ellos los que alientan a la camarilla gobernante a mantener encendido el espíritu de guerra civil entre los españoles; los animadores de la violencia y la represión.

Teniendo en cuenta las particularidades de la situación española nuestro Partido ha formulado la línea de la reconciliación nacional. Esta línea es producto de la aplicación creadora del marxismo-leninismo a las condiciones de nuestro país. La reconciliación es una aspiración de amplias capas del pueblo español, que fueron a la guerra civil encañadas por la propaganda demagógica de los grupos más reaccionarios, pero han comprendido su error y quieren rectificarle; es la aspiración de las masas democráticas que ven en ella el camino para abrir un período de libertad y democracia. La reconciliación es una demanda apremiante de las nuevas generaciones que desean el progreso de España y encuentran en

la dictadura el principal obstáculo a dicho progreso.

Lo que da su sentido a la política de reconciliación nacional es que en España hubo una dolorosa y larga guerra civil, y que a través de la reconciliación es como se manifiesta la nueva correlación de fuerzas que va cuajando en nuestro país.

La política de reconciliación nacional no entraña abandono alguno de la lucha de clases, sino el intento de que ésta se desenvuelva por cauces democráticos; de que la lucha por la democracia y el socialismo en España se desarrolle, si es posible, por un camino pacífico.

La línea del Partido para el paso pacífico de la dictadura a la democracia —a diferencia de lo que sucedió en otros países fascistas en los que fué necesaria la guerra para poner fin al régimen— es precisamente una de las particularidades inherentes a la situación concreta de nuestro país. Esta orientación del Partido corresponde a una apreciación realista, que tiene en cuenta el estado de ánimo de nuestro pueblo y las posibilidades concretas.

En lucha contra la dictadura las fuerzas de la oposición se agrupan paulatinamente, invadiendo posiciones que aparecían como cotos cerrados y hasta como columnas sobre las que se sostenía el régimen fascista. La política y la actividad de nuestro Partido aporta una experiencia original al acervo del movimiento marxista-leninista. Ofrece una serie de rasgos originales el camino por el cual la clase obrera y las masas trabajadoras van uniéndose y organizando sus fuerzas, aprovechando las posibilidades legales y ampliándolas con una lucha y una presión constantes, y combinando las formas legales y extra-legales. También tienen aspectos originales las formas de colaboración con otros grupos, formas que se establecen en la acción cotidiana contra la dictadura, venciendo considerables dificultades.

A través de toda su actividad, nuestro Partido, coincidiendo con la orientación de la Declaración de los 12 Partidos Comunistas y Obreros, va logrando poner en movimiento, situándolas a la cabeza de la lucha por la democracia, a las fuerzas de la clase obrera y, también, a las masas campesinas. Nuestro Partido desarrolla

su fuerza, amplía su ligazón con las masas, y va jugando el papel dirigente que le corresponde, no sólo elaborando una línea justa, sino consiguiendo que ésta encarne en las masas y sea apoyada por ellas.

Nuestra lucha es difícil; pero los resultados alcanzados muestran que caminamos por la senda acertada, que hay que proseguir consecuentemente por ella.

El Partido ha elaborado su línea y su táctica justas, en lucha contra el subjetivismo, contra las concepciones sectarias y dogmáticas que tenían gran peso en su seno. Las causas por las cuales el sectarismo y el dogmatismo han ejercido tanta influencia en el desarrollo de nuestro Partido son complejas y diversas. Tienen su origen en el mismo desarrollo de la sociedad española, que por no haber realizado oportunamente la revolución democrática ha conservado en su vida política acusados rasgos de fanatismo e intransigencia medieval, y en la que la lucha de clases alcanzó una complejidad y una virulencia extremas. Lo tiene también en las particularidades del movimiento obrero y socialista en sus primeros años, caracterizado por su pobre desarrollo teórico, rasgo que heredó y que supera en un complicado proceso nuestro Partido.

Las mismas características del desarrollo de éste, casi permanentemente en la ilegalidad, sometido a las más crueles persecuciones, han favorecido la cristalización de concepciones sectarias y dogmáticas.

El sectarismo y el dogmatismo se manifiestan en la resistencia a lo nuevo, a la percepción de los cambios producidos en la situación, en la correlación de fuerzas y a la utilización justa de las nuevas posibilidades; se manifiestan en la subestimación del estado de conciencia de las masas y de su fuerza, en la tendencia a aislarse, a replegarnos en nosotros mismos. El sectarismo hace acto de presencia en la incomprensión del papel de las amplias masas en la lucha, y por consiguiente, la necesidad para el Partido de ganar su apoyo; en la tendencia a exagerar los aspectos negativos de la situación, a no aprovechar todas las posibilidades de desarrollar la acción, incluidas las posibilidades legales, a la subestimación de los aliados. El

dogmatismo tiende a encerrar al Partido en la inmovilidad, en la defensa de fórmulas sobrepasadas, más atento a la letra de dichas fórmulas que al espíritu de nuestra teoría.

El sectarismo y el dogmatismo frenan el desarrollo de la iniciativa de la masa de los militantes del Partido, entorpecen el desarrollo de la democracia interna, conducen al estancamiento de la fuerza y la capacidad del Partido.

En momentos como los actuales, en los que el Partido Comunista necesita movilizar y unir a las más amplias capas y fuerzas políticas y sociales para minar el poder de la dictadura franquista y lograr su desaparición, y todo ello actuando en condiciones de ilegalidad y de persecución, las concepciones sectarias y dogmáticas entrañan un gran obstáculo para la consecución de nuestros objetivos.

La superación de estas concepciones representa un gran progreso y una manifestación de la madurez que el Partido va alcanzando. El Partido supera las concepciones dogmáticas y sectarias a través de un esfuerzo permanente para elevar el nivel político y teórico de sus cuadros y militantes; a través de la crítica y la autocrítica, de la discusión fraternal, del estudio de las experiencias del movimiento comunista mundial y de la elaboración política y teórica de las suyas propias.

Los éxitos de la línea y la táctica del Partido, aunque modestos, constituyen una sólida base para superar los residuos de sectarismo y de dogmatismo. No obstante, por las condiciones de ilegalidad y de persecución en que se desarrolla la actividad de los comunistas españoles, propicias siempre a cualquier recaída sectaria, el III Pleno del Comité Central coincidió en que dentro de nuestro Partido la atención principal debe darse todavía al peligro del sectarismo y del dogmatismo. Nuestro Partido debe esforzarse especialmente, en esta situación, por desarrollar las formas de acción que impidan su aislamiento; por ligarse con las amplias masas, conseguir entendimientos con los más diversos grupos antifranquistas, e ir poniendo en pie el movimiento popular y la coincidencia de fuerzas político-sociales necesaria para acelerar la caída de la dicta-

dura y la salida hacia una situación democrática.

Aunque en nuestro Partido el peligro principal sea aún el sectarismo y el dogmatismo, tal cosa no significa que no haya que permanecer vigilantes ante el peligro del oportunismo de derecha. Justamente la amplitud de nuestra línea política, la flexibilidad táctica necesaria, pueden conducir —si no estamos alerta— a incurrir en errores de tipo oportunista. Por ejemplo, una valoración excesiva de las posibilidades legales podría inducir a las masas en ilusiones sobre las « posibilidades democráticas » dentro del régimen franquista, cosa que la camarilla trata de conseguir con su demagogia sobre la « democracia orgánica ». El aprovechamiento de las posibilidades legales, si no está acompañado permanentemente de la denuncia del carácter fascista del régimen, y de una labor para ensanchar esas posibilidades por medio de la lucha, y para elevar el movimiento de masas de modo que éste se desarrolle combinando las posibilidades legales con las formas extralegales de acción, puede llevar también al oportunismo. Por otra parte, una concepción abstracta de la reconciliación por la reconciliación, una política de reconciliación que no tuviera en cuenta la necesidad de desarrollar la lucha de clases del proletariado y de las capas laboriosas, que no comprendiera la síntesis dialéctica entre la lucha y la unidad, llevaría también a un punto de vista oportunista.

Debemos tener presente que el hecho de que el sectarismo y el dogmatismo sean, hoy por hoy, el principal peligro en nuestro Partido no nos vacuna automáticamente contra los errores oportunistas. Con frecuencia, el sectarismo y el oportunismo, frutos de la debilidad teórica y política, aparecen alternativamente, simultaneándose en la práctica.

Que en nuestro Partido este problema se presente actualmente así, no está en contradicción con la afirmación de la Declaración de los 12 Partidos, en el sentido de que el oportunismo de derecha, el neorrevisionismo, constituyen hoy el peligro principal en el conjunto del movimiento comunista mundial, ni con la necesidad de combatir enérgicamente ese peligro. La presión ideológica y polí-

tica del imperialismo sobre los elementos más vacilantes e inestables de la clase obrera, incluso dentro de los Partidos Comunistas, genera el revisionismo y el oportunismo. Este se manifiesta en el denigramiento del marxismo-leninismo, declarando caduca y sin vitalidad nuestra teoría revolucionaria; en la negación de la amenaza imperialista y de la fuerza del enemigo de clase; en las concepciones liquidacionistas sobre el Partido y sus principios orgánicos, y la subestimación del papel dirigente que corresponde al Partido Comunista. El neorrevisionismo niega también la necesidad de la más estrecha y sólida unidad en las filas del movimiento comunista mundial y el papel dirigente que juega en el seno de éste el Partido Comunista de la Unión Soviética. En los países socialistas, las tendencias del neorrevisionismo —como se vió concretamente en Hungría— conducían directamente a la liquidación de la dictadura del proletariado, al restablecimiento del capitalismo y de sus formas de dominación de clase.

Sin cesar en la lucha contra el sectarismo y el dogmatismo, nuestro Partido ha ocupado una firme posición de principio frente a las corrientes neorrevisionistas, defendiendo los principios del marxismo-leninismo, la unidad del movimiento comunista internacional y el papel central que el Partido Comunista de la Unión Soviética y la Unión Soviética juegan dentro de éste y en el campo del socialismo. Nuestro Partido ha reaccionado con energía contra las interpretaciones oportunistas de los acuerdos del XX Congreso, propaladas por el neorrevisionismo; contra la especulación escandalosa que el imperialismo intentó hacer de los sucesos contrarrevolucionarios en Hungría.

La Declaración de los 12 Partidos confirma el propósito de nuestro Partido de proseguir firmemente el camino emprendido, desembarazándose de los residuos de sectarismo y dogmatismo, concediéndoles en este momento la atención principal, sin bajar la guardia frente al peligro de las desviaciones oportunistas, y participando en la lucha general contra el neorrevisionismo, en defensa del marxismo-leninismo, de la unidad inquebrantable del movimiento comunista mundial.

LA Declaración ratifica y desarrolla la tesis del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética sobre las diferentes formas del paso hacia el socialismo. La posibilidad de la vía pacífica para algunos países es real gracias a los profundos cambios históricos y a los progresos radicales que se han producido a favor del socialismo en la correlación de fuerzas en la arena internacional, y al consiguiente aumento del prestigio y fuerza de atracción del socialismo.

No está a nuestro alcance prever hoy si el paso del capitalismo al socialismo se llevará a cabo en España por un camino pacífico; una previsión de ese género sería prematura. Lo que sí podemos hacer es afirmar nuestra voluntad, nuestro deseo de hacer todo cuanto esté a nuestro alcance, al alcance de la clase obrera, por llegar al socialismo por la vía pacífica, utilizando formas parlamentarias, manteniendo el sufragio universal y en alianza con el Partido Socialista Obrero Español y otros grupos obreros, así como con las fuerzas más progresistas de la burguesía. Este camino sería el menos doloroso para la clase obrera y para el país.

Es evidente que a medida que el sistema socialista vaya alcanzando un peso más decisivo en la escala mundial las vías de transición adquirirán un carácter más pacífico; las formas de la dictadura del proletariado, aun conservando su contenido esencial, serán más amplias. Y problemas que en la Rusia soviética, cercada y agredida por Estados capitalistas hostiles, tuvieron que resolverse forzosamente por medio de medidas represivas violentas, podían abordarse en otros países con métodos educativos y de persuasión. Ello dependerá también de la actitud de las clases explotadoras y de la comprensión que muestren los grupos socialistas y los núcleos progresistas de la burguesía.

En la U.R.S.S., sin la supresión del menchevismo, de los grupos anarquistas y otros, dada su participación en la lucha armada contra el Poder Soviético, hubiera sido imposible la victoria y consolidación del socialismo. Sin embargo, los cambios históricos

producidos hoy en escala mundial pueden conducir en una serie de países a la colaboración de los Partidos Socialistas, y de otros grupos de tendencia socialista, con el Partido Comunista en la edificación de una nueva sociedad.

Cuando nuestro Partido se esfuerza por mejorar las relaciones con el Partido Socialista y otros grupos obreros tiene en cuenta no sólo la perspectiva del derrumbamiento del franquismo y el restablecimiento de la democracia, sino de la posibilidad de esta colaboración futura. El Partido Comunista considera la unidad de las fuerzas obreras, la unidad de la clase obrera, como la condición esencial del desarrollo democrático de España y de la futura victoria del socialismo. Consecuentemente, los comunistas realizamos todos los esfuerzos necesarios, tanto en el terreno político como ideológico, con paciencia y perseverancia, para llegar a una inteligencia entre las fuerzas obreras, y en primer lugar con el Partido Socialista.

V

EL Comité Central del Partido Comunista de España saluda la Declaración de los 12 Partidos como una gran ayuda ideológica y política, como una poderosa contribución al reforzamiento de la unidad de los Partidos Comunistas y Obreros, y al esclarecimiento de sus tareas actuales.

El Comité Central considera la Conferencia de los 12 Partidos de los países socialistas, y la Conferencia de los 64 Partidos Comunistas y Obreros, así como sus resoluciones, como un gran paso, que será menester desarrollar y consolidar, en el reforzamiento de la unidad del movimiento comunista mundial, y hacia la búsqueda de formas y métodos adecuados de colaboración entre los distintos Partidos Comunistas y Obreros. La unidad del movimiento comunista mundial es una necesidad dictada por el carácter internacional de nuestra lucha, por nuestros objetivos e ideología comunes, por la necesidad del mutuo apoyo. La unidad en escala mundial es un bien preciado que hay que

defender, como defendemos la unidad de cada Partido.

Dentro del movimiento comunista mundial juegan un papel de guías, de orientadores, los Partidos que se hallan más avanzados en la ruta del socialismo. Y en primerísimo lugar, el Partido Comunista de la Unión Soviética.

El Partido Comunista de la Unión Soviética es el guía más autorizado del movimiento comunista mundial. Ese papel le viene atribuido por su mayor experiencia y capacidad en la lucha por el socialismo, en el desarrollo y enriquecimiento del marxismo. Los comunistas no podemos olvidar el papel desempeñado por Lenin y el Partido Comunista de la Unión Soviética en el desarrollo y enriquecimiento del marxismo. Ese papel es una realidad histórica.

Ese papel de orientador y de dirigente, el Partido Comunista de la Unión Soviética lo desempeña con su ejemplo, con la elaboración de sus experiencias y del conjunto de la experiencia mundial, con su ayuda ideológica y política, que cada Partido elabora y aplica, según su juicio, y su apreciación de las particularidades en que se desenvuelve. No hay en el movimiento comunista mundial ningún centro, abierto o clandestino, que dé consignas a los Partidos como pretende la propaganda imperialista y fascista. La ayuda ideológica y política del Partido Comunista de la Unión Soviética, del Partido Comunista Chino y del conjunto del movimiento comunista, cada Partido en su país la utiliza según su apreciación y comprensión de la situación concreta en que se desenvuelve.

En los primeros tiempos del movimiento obrero y socialista, guardando las distancias y las proporciones, el papel de guía lo jugaba en el movimiento obrero internacional la socialdemocracia alemana orientada por Marx y Engels. Entonces, en las condiciones de la época, la socialdemocracia alemana era el centro del movimiento obrero revolucionario. Ese centro se desplazó hace bastantes años a Rusia, y es lógico que el papel dirigente lo desempeñe el Partido que en aquel país ha transformado la sociedad, y constituye la base, el apoyo más sólido de los otros pueblos que edifican el socialismo, y del

movimiento obrero y de liberación del mundo entero.

La capacidad de cada Partido Comunista para dirigir la lucha por el socialismo está determinada por su nivel teórico, por su grado de ligazón con las masas, por su capacidad para aplicar de manera creadora las doctrinas del marxismo-leninismo. Consecuentemente, el Comité Central considera necesario mantener firmemente la línea política y la táctica elaboradas por el Partido, y elevar el trabajo de educación teórica y política entre nuestros cuadros y militantes.

El Comité Central recomienda a todas las organizaciones y militantes el estudio y asimilación de las enseñanzas que contiene la Declaración de los 12 Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas, Declaración que consideramos como todo un Programa para el movimiento comunista mundial en el período actual.

EL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA.

Enero de 1958.

Declaración común

del Partido Comunista de España

y del Partido Comunista Marroquí

Los días 3, 4 y 5 de marzo de 1958 ha tenido lugar una entrevista entre una delegación del Comité Central del Partido Comunista Marroquí y una delegación del Comité Central del Partido Comunista de España.

El Partido Comunista de España y el Partido Comunista Marroquí llevan a cabo una lucha consecuente, a la cabeza de sus pueblos, por la independencia nacional, la democracia y la paz.

Los pueblos de España y de Marruecos han visto con frecuencia sus destinos estrechamente asociados a lo largo de la historia. Lazos imborrables de cultura y de tradiciones comunes se han establecido entre ellos.

Pero en el curso de los últimos decenios, los círculos dirigentes de la reacción española han impuesto por las armas el yugo colonial al pueblo marroquí, en connivencia con el imperialismo francés. Incluso han cometido el crimen de utilizar a los marroquíes como carne de cañón en su guerra para someter al pueblo español a la dictadura fascista.

Por el contrario, los trabajadores españoles lucharon en la calle y vertieron su sangre para detener la aventura colonial en Marruecos. Pablo Iglesias declaraba a los obreros en 1909: « En este caso, el enemigo del pueblo español no son los marroquíes, sino el Gobierno. Es preciso, pues, combatir al Gobierno por todos los medios. Nuestros soldados deben disparar al aire ». De esta manera, la clase obrera española, fiel a su deber internacionalista de solidaridad, supo preservar la amistad entre España y Marruecos.

El pueblo marroquí, la clase obrera en cabeza, con su lucha heroica y tenaz por la independencia nacional, coronada victoriosamente en 1956, ha asestado un duro golpe a la dictadura de Franco, facilitando así la lucha de la clase obrera y de todos los antifranquistas españoles.

Actualmente, el pueblo marroquí lucha por la defensa de su independencia nacional, contra las amenazas de las camarillas colonialistas francesa y española y contra las tentativas del imperialismo americano de imponer el yugo colonial bajo nuevas formas. Por su parte, el pueblo español lucha contra la dictadura franquista y la dominación del imperialismo americano en España. Estas luchas se hallan estrechamente vinculadas y dirigidas, en definitiva, contra los mismos enemigos. Refuerzan la amistad entre ambos pueblos y aportan un importante contribución a la causa de la paz mundial, muy particularmente en la cuenca mediterránea.

La reunión de los delegados de los dos Partidos tiene por objetivo, en primerísimo plano, reafirmar la amistad hispano-marroquí en el momento en que las nuevas acciones colonialistas de la dictadura de Franco provocan la efusión de sangre marroquí y española y crean el peligro de una guerra entre los dos Estados. Al hacer esto los representantes de ambos Partidos tienen conciencia de defender los intereses verdaderos de sus Patrias.

En el curso de este fraternal intercambio de experiencias y de puntos de vista, han comprobado una identidad de apreciaciones sobre las cuestiones planteadas:

1. — El Partido Comunista de España, fiel intérprete de los sentimientos de los trabajadores y de la gran mayoría de los españoles, pide al Partido hermano de Marruecos que transmita las calurosas felicitaciones del pueblo español al pueblo marroquí por su histórica victoria nacional que abre la vía a la liquidación del retraso heredado del régimen colonial y a la edificación de un Marruecos nuevo, libre, democrático y próspero.

La independencia y la integridad territorial de Marruecos coinciden plenamente con los intereses esenciales de la seguridad y prosperidad de España, como ha sido reconocido en el pasado no sólo por los representantes de la clase obrera, sino también por los hombres más clarividentes de la burguesía liberal española.

El Partido Comunista de España, vinculado a esa tradición, declara que el deber de la clase obrera y de todos los patriotas españoles es apoyar, sin reservas, la lucha de los marroquíes por la consolidación de su independencia nacional y la realización completa de su unidad territorial.

Los argumentos falaces de la propaganda franquista sobre « derechos históricos » de España sobre tal o cual trozo del territorio marroquí no resisten al examen objetivo más somero. En última instancia, el origen de esos « derechos » se halla en la conquista militar. Si esos « derechos » fueran válidos habría que reconocer la legitimidad de la ocupación inglesa de Gibraltar, lo que ningún patriota español aceptaría. Tal es, igualmente, el punto de vista legítimo de los patriotas marroquíes en relación con Ifni, el Sahara, Río de Oro, Ceuta, Melilla, etc.

La seguridad, la tranquilidad y la prosperidad de los españoles que han fijado su residencia en distintos puntos de Marruecos no puede ser garantizada más que por el reconocimiento de la soberanía marroquí en esos territorios y por el establecimiento de relaciones económicas y culturales entre España y Marruecos, basadas en la igualdad y respeto mutuos. Ello significa aplicar de manera consecuente la declaración hispano-marroquí del 7 de abril de 1956, en la que el Gobierno de España se

compromete a « respetar la unidad territorial del Imperio jerifiano » y a « tomar todas las medidas necesarias para hacerla efectiva ».

2. — La política del Gobierno de Franco, en vez de inspirarse en estos principios, ha continuado en la línea del colonialismo.

El reconocimiento por su parte de la independencia de Marruecos ha sido puramente formal, impuesto por la lucha victoriosa del pueblo marroquí. Ha sido decidido con la segunda intención de hacer todo lo posible por limitar esa independencia, por conservar diversos privilegios colonialistas y mantener las bases de una reconquista ulterior.

Esta doble política explica el hecho de que, dos años después del reconocimiento de la independencia, el ejército español está instalado todavía en diversas zonas del territorio marroquí. No sólo no ha sido evacuado, sino que ha sido reforzado. La peseta sólo ha sido retirada de la antigua zona norte en el pasado mes de febrero, lo que ha impedido en la práctica, durante veintidós meses, la unificación económica y presupuestaria del país y ha acarreado una grave perturbación del comercio interior y del sistema de precios y salarios.

La consecuencia más grave hasta ahora de esta hipócrita política colonialista es la guerra de Ifni y de los territorios saharianos. Los habitantes de estos territorios han manifestado varias veces su voluntad de reconquistar su libertad y de reintegrarse a la madre patria. Las autoridades militares coloniales, obedeciendo órdenes del Gobierno de Franco, han contestado con la violencia. De esta manera ha sido provocado el conflicto en el que los soldados españoles vierten su sangre en aras de intereses que nada tienen de común con los de España.

Las mentiras de la propaganda franquista sobre « la intervención de Moscú » están lo suficientemente desacreditadas para que nadie se deje sorprender. Son del mismo género que las célebres notas de la Dirección General de Seguridad atribuyendo los conflictos obreros y universitarios, o la preparación de la Jornada de Reconciliación nacional

española, a esa misma «intervención».

Con su histérica campaña en torno a los oficiales españoles caídos en Ifni y en el Sahara —los soldados rasos son muertos de tercera clase que no merecen ser mencionados— Franco trata de despertar en el pueblo español sentimientos chovinistas contra el pueblo marroquí. Pero la responsabilidad por la sangre vertida recae sobre la política colonialista de Franco, completamente al servicio de los intereses de un círculo restringido de la oligarquía financiera, de los militaristas y del imperialismo extranjero.

La continuación de la guerra en Ifni y en Río de Oro sólo puede conducir al sacrificio de millares de jóvenes españoles, a la agravación de la situación económica de España, ya difícil, a un nuevo Annual, a poner en grave peligro las amplias posibilidades que existen para una fecunda cooperación económica y cultural entre España y Marruecos, que sería muy ventajosa para ambos países.

Partiendo de estas realidades, en nombre de los verdaderos intereses de España —y muy particularmente del derecho a la vida de la juventud española—, en nombre del internacionalismo proletario y de la amistad hispano-marroquí, el Partido Comunista de España se compromete a proseguir firmemente el combate por que se ponga fin a la guerra que se hace al pueblo marroquí, por la evacuación de las tropas españolas de Marruecos y por la solución pacífica de las cuestiones pendientes.

3. — El Partido Comunista Marroquí saluda a la clase obrera y los pueblos de España que luchan heroicamente contra la dictadura franquista y el protector de ésta, el imperialismo americano. Les desea nuevos éxitos en este combate y una próxima victoria.

La acción antifranquista del pueblo español ha constituido y constituye una preciosa ayuda a la lucha de Marruecos por su independencia nacional.

El Partido Comunista Marroquí ha estimado siempre necesario utilizar en favor de la causa nacional las contradicciones existentes entre los impe-

rialismos opresores. Sin embargo, jamás ha dejado de denunciar la doble política de Franco y de explicar que, tras la demagogia pro marroquí y pro árabe del dictador de Madrid, se ocultaba un implacable y astuto enemigo de Marruecos y de los países árabes en general. Esto apareció con toda claridad durante la segunda guerra mundial, cuando Franco, protegido por la Alemania hitleriana, ocupó Tánger y formuló sus reivindicaciones colonialistas en Africa del Norte.

Hoy, la guerra que la dictadura franquista lleva a cabo en Ifni y Río de Oro, el apoyo que da al imperialismo francés contra el pueblo argelino, han desenmascarado definitivamente a Franco. De esta manera, los patriotas marroquíes en su conjunto están ahora en condiciones de comprobar la justeza de las apreciaciones del Partido Comunista Marroquí.

Esta comprobación que el pueblo marroquí hace a costa de su sangre, demuestra que Marruecos podrá garantizar mejor su soberanía, su seguridad y su integridad territorial si existe al otro lado del Estrecho un Estado dirigido por dignos representantes del pueblo español, y no por sus tiranos. Con una España democrática será posible establecer una sólida cooperación económica, cultural y política sobre la base de la igualdad, cooperación que contribuirá a garantizar la paz en el Mediterráneo y en el mundo.

Teniendo en cuenta esta realidad, el Partido Comunista Marroquí se compromete a actuar para que el movimiento nacional adopte una política de franca colaboración con las fuerzas democráticas y antifranquistas españolas.

Ya hoy las cuestiones pendientes entre Marruecos y España pueden y deben resolverse por una vía pacífica, mediante negociaciones. Tal es la convicción del Partido Comunista Marroquí, y tal es, también, el deseo unánime de todas las fuerzas políticas nacionales, de S.M. el Rey y del Gobierno.

Sobre la base del respeto a la independencia y a la integridad de Marruecos, proclamado en la declaración hispano-marroquí del 7 de abril de 1956, el Partido Comunista Marroquí estima posible garantizar plenamente la seguridad y los inte-

reses de los residentes españoles que viven honradamente de su trabajo.

El pueblo marroquí desea seguir ese camino pacífico y por ello lamenta la obstinación del Gobierno de Franco que ha desembocado en la guerra actual. Pero no retrocederá ante ningún sacrificio para obtener la realización de sus aspiraciones legítimas. Seguro de que su causa es justa, fortalecido por el apoyo de los pueblos árabes y de todos los pueblos del mundo que rechazan los métodos colonialistas caducos, sabe que puede proseguir la lucha armada con la certidumbre de su victoria, pese a su inferioridad en pertrechos militares. Está tanto más seguro de esa victoria por cuanto el proletariado y los pueblos de España y de Francia, lo mismo que el movimiento obrero internacional, le manifiestan y le manifestarán una solidaridad creciente.

El pueblo marroquí es cada día más consciente del hecho de que su independencia nacional no se halla sólo amenazada por las maniobras del colonialismo español y francés, sino también por el imperialismo americano. Este, despreciando la soberanía marroquí, ha instalado, gracias a la complicidad del Gobierno francés, bases militares en territorio marroquí, con intención de utilizarlas en una guerra contra los países socialistas, guerra que sería dirigida igualmente contra los países liberados de la esclavitud colonial, en definitiva, contra Marruecos mismo. Washington suministra armas y ayuda económica a los gobiernos colonialistas de Madrid y París, que las utilizan contra Marruecos, Argelia y Túnez. A la vez que sostiene, en la práctica, la acción colonialista de dichos gobiernos, el imperialismo americano aspira a instalarse directamente en el Maghreb, como ya lo está haciendo, a través de aquéllos, particularmente en el Sahara.

Por ello el Partido Comunista Marroquí, consciente de ese peligro, insiste en que Marruecos asiente su política de independencia y de paz en la práctica un neutralismo positivo, apoyándose en los otros pueblos árabes, en los países afro-asiáticos y en los países del socialismo. Con esta visión estima necesario que Marruecos anude las más íntimas relaciones con la República Árabe Unida, núcleo de la unidad árabe antiimpe-

rialista e importante factor de paz en la cuenca mediterránea.

4. — El imperialismo americano es el enemigo común de la independencia y de la seguridad de España y de Marruecos. La lucha contra esta amenaza, contra su política agresiva —uno de cuyos aspectos es el proyecto de Pacto Mediterráneo—; la lucha contra la utilización de España y de Marruecos como bases con vistas a la guerra termonuclear, exigen el reforzamiento de la amistad y de la colaboración entre los dos pueblos.

El Partido Comunista de España y el Partido Comunista Marroquí, que han suscrito el Manifiesto por la paz hecho público por los Partidos Comunistas del mundo entero, se comprometen a desplegar todos los esfuerzos necesarios para movilizar a sus pueblos en la lucha contra el terrible peligro que amenaza a la Humanidad.

Uno de los focos de guerra más peligrosos en la hora actual se encuentra en África del Norte. La guerra en Ifni y en el Sahara, que llevan a cabo, en connivencia, los colonialistas de París y de Madrid, la intensificación de la guerra en Argelia, la agresión y las amenazas contra la independencia tunecina, pueden transformarse en una guerra generalizada que arrastraría a todo el Maghreb, España y Francia. Ello sería una gran tragedia para esos países y pondría gravemente en peligro la paz mundial. Los círculos dirigentes americanos empujan en ese sentido.

Los Partidos Comunistas de Marruecos y de España redoblarán los esfuerzos para poner un término al conflicto de Ifni y del Sahara sobre la base de una solución justa y pacífica, conforme al espíritu de la declaración hispano-marroquí del 7 de abril de 1956.

Se inclinan emocionadamente ante las víctimas de la barbarie colonialista y ante los héroes de todas tendencias caídos para que Argelia viva libre. Proclaman su apoyo incondicional a la lucha armada antiimperialista del pueblo argelino. Expresan su solidaridad al Frente de Liberación Nacional que dirige esta lucha y a su Partido hermano argelino. Conscientes del hecho de que esta lucha es la piedra angular del combate de toda África contra el yugo colonial,

llaman al conjunto de las fuerzas democráticas y de paz en el mundo a reforzar su ayuda material y moral al pueblo argelino.

El Partido Comunista de España y el Partido Comunista Marroquí manifiestan su apoyo al pueblo tunecino en su acción firme y resuelta por lograr que las tropas francesas sean evacuadas de su territorio. Afirman su solidaridad con su Partido hermano de Túnez.

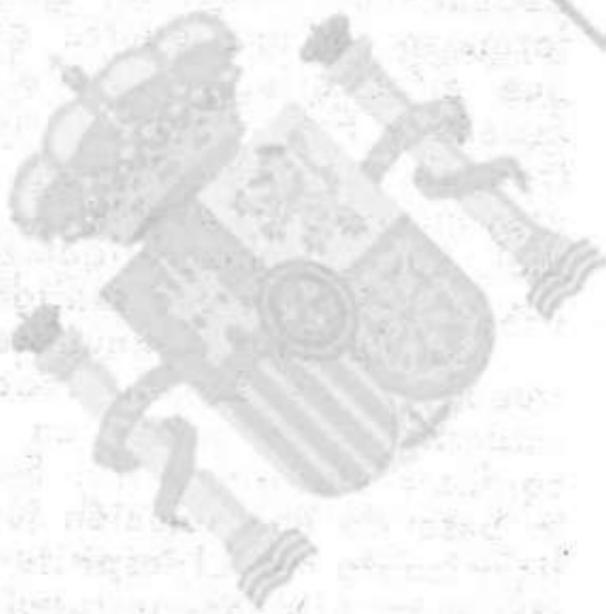
En la lucha por la paz mundial, la fuerza principal es el campo del socialismo, a cuya vanguardia marcha la Unión Soviética. Nuestros dos Partidos han hecho suya la histórica resolución de los Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas que expresa la unidad del campo socialista y constituye una contribución preciosa al esclarecimiento de los problemas políticos e ideológicos planteados actualmente ante el movimiento comunista mundial.

La Conferencia de los Partidos Comunistas del mundo entero, celebrada en ocasión del 40 aniversario de la Revolución de Octubre, ha sido un triunfo del internacionalismo proletario, de la unidad del movimiento comunista mundial sobre la base de los principios del marxismo-leninismo

y en torno al Partido Comunista de la Unión Soviética.

La unidad del campo socialista, así como la del movimiento comunista, vanguardia del proletariado mundial, constituye una de las condiciones fundamentales y la garantía de la victoria definitiva de los pueblos en su lucha por la independencia nacional, la democracia, el progreso económico y social. Por ello España y Marruecos no pueden dejar de saludar con entusiasmo los éxitos de los países socialistas, éxitos que han permitido a éstos aportar una ayuda decisiva a Egipto y a Siria en momentos cruciales y salvar la paz mundial.

Al reunirse, al intercambiar sus experiencias y expresar sus puntos de vista comunes en la presente declaración, los Partidos Comunistas de España y de Marruecos no sólo son fieles al internacionalismo proletario, que constituye uno de los fundamentos esenciales de su ideología revolucionaria, sino que igualmente están seguros de expresar los intereses nacionales profundos de España y de Marruecos. Deciden establecer contactos permanentes entre sí, basados en la independencia y la no ingerencia en los asuntos de cada Partido.



GUIÓN DEL TEMA :

La lucha de clases y la política de Reconciliación Nacional

I. LA CONCEPCION MARXISTA DE LAS CLASES Y LAS CLASES EN LA SOCIEDAD ESPANOLA.

A. **Las clases:** La definición de las clases. — La división de la sociedad en clases dimana del ámbito de la producción. — Deformaciones de la sociología burguesa sobre este problema. — Las clases y la propiedad privada de los medios de producción. — Clases y explotación.

— Clases de transición o capas. — Causas que engendran la existencia de capas. — El ejemplo de los campesinos. — Los intelectuales como capa social intermedia. — Diferencia entre clases y capas.

B. **Las clases y capas en la sociedad española :** Aristocracia latifundista o terrateniente. — Burguesía. — Campesinos. — Pequeña burguesía urbana. — Intelectuales. — Empleados y funcionarios. — Productores individuales de mercancías. — Clase obrera.

1) **Clases explotadoras:** Proceso de diferenciación en el seno de la burguesía entre la gran burguesía monopolista y la burguesía no monopolista. — Proceso de entrelazamiento y fusión entre la aristocracia latifundista y la burguesía monopolista. — Carácter del Estado franquista y su intervención en el desarrollo de los grandes monopolios. — Las dos fases del régimen franquista.

2) **Capas medias:** Su volumen e importancia. — La situación actual de las capas medias españolas. — Su actitud frente a la dictadura.

3) **Clase obrera:** Por qué es la clase dirigente en la lucha por la democracia. — Su fortalecimiento numérico y orgánico. — La elevación de su conciencia política. — La fuerza y la influencia del Partido Comunista. — El proletariado agrícola y el papel que desempeña.

II. LA CONCEPCION MARXISTA DE LA LUCHA DE CLASES Y LA POLITICA DE RECONCILIACION NACIONAL.

A. **La lucha de clases:**

a) **El contenido de la lucha de clases:** La lucha de clases es el motor de la historia en las sociedades divididas en clases antagónicas. — La lucha de clases y la armonía necesaria entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. — El carácter internacional de la lucha de clases. — Cómo desaparece la lucha de clases en la sociedad socialista.

b) Las formas de la lucha de clases.

- 1) Lucha económica. Su absoluta necesidad. Su insuficiencia.
- 2) Lucha política. — Por qué es la forma superior de la lucha de clases. — El socialismo como objetivo de la lucha política del proletariado. La necesidad de recorrer diversas etapas para alcanzar esa meta.
- 3) Lucha ideológica. Su ineludible necesidad: sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario.

B. La política de reconciliación nacional como una de las expresiones de la lucha de clases en España en la actualidad.

Las cinco contradicciones principales que constituyen el motor del desarrollo de nuestro país:

- entre la clase obrera y la burguesía.
 - entre el conjunto del campo y la aristocracia absentista y oligarquía financiera.
 - entre el conjunto del pueblo (desde la clase obrera hasta la burguesía no monopolista) y la oligarquía financiera y la dictadura franquista.
 - en el seno de la oligarquía financiera.
 - entre los intereses españoles y el imperialismo yanqui.
 - La distinción entre contradicción **FUNDAMENTAL** y contradicción **COLOCADA EN UN PRIMER PLANO**.
 - La contradicción entre la **burguesía** y el **proletariado**. Por qué es la contradicción **FUNDAMENTAL**. — Cómo influye sobre ella la diferenciación entre la burguesía no monopolista y la oligarquía financiera. — Contradicción burguesía-proletariado en el campo.
 - La contradicción entre el **conjunto del campo** de un lado, la **aristocracia absentista y la oligarquía financiera** de otro. — Rasgo original de la cuestión agraria en la fase actual.
 - Las contradicciones **en el seno del capital monopolista**. — Causas diversas que las originan. — Contradicción entre el aparato estatal y ciertos grupos monopolistas.
 - La contradicción entre los intereses españoles y el imperialismo yanqui.
- El nexo entre la evolución de la situación internacional y la situación interior española.
- La contradicción entre todo el pueblo de un lado, la oligarquía financiera y la dictadura de Franco de otro. — Por qué es la contradicción **COLOCADA EN UN PRIMER PLANO**. — Cómo condensa los aspectos más apremiantes de las otras contradicciones. — Cómo abre el camino para la solución o el desarrollo de las otras contradicciones.

Cómo se expresan las contradicciones objetivas en la política de reconciliación nacional.

- Lo que hay de común entre la política de reconciliación nacional y la política de unidad anterior del Partido.
- Los factores nuevos que determinan la necesidad de la política de reconciliación nacional (en el campo del régimen, en el campo de la oposición).
- Por qué la política de reconciliación nacional no es un retroceso.
- A qué responde el nombre de « reconciliación nacional ».
- Reconciliación nacional es lo contrario de « conciliación entre las clases ».
- El papel real de las jóvenes generaciones.
- La política de reconciliación nacional confirma la teoría marxista de la lucha de clases.

III. LA CONCEPCION MARXISTA-LENINISTA DE LOS COMPROMISOS POLITICOS Y LA POLITICA DE RECONCILIACION NACIONAL.

A. La lucha de clases y los compromisos políticos.

El peligro del subjetivismo. — La necesidad de alianzas y compromisos en el avance hacia el socialismo. — Compromisos oportunistas y compromisos que sirven a la clase obrera. — Aliados principales y aliados efímeros. — La posibilidad de alianzas con liberales moderados. — No olvidar nunca el objetivo final. A la vez, tener siempre en cuenta las peculiaridades concretas. Evitar el dogmatismo y el oportunismo.

Caminos pacíficos y caminos violentos.

El partido del proletariado debe conservar siempre su independencia política. — La ligazón con las masas y las alianzas políticas.

B. La política de reconciliación nacional y los compromisos políticos.

1) Los aliados de la clase obrera española.

Los campesinos como aliados principales. Otros aliados. — La burguesía no monopolista.

Los aliados en el terreno político. Por qué es necesario hoy un entendimiento de derechas e izquierdas. — La plataforma de la alianza. — La liquidación de las secuelas de la guerra civil. Rasgos originales en el proceso unitario en las actuales condiciones de España.

2) La posibilidad de un cambio pacífico. — Por qué existe esa posibilidad. — Aparato estatal, Ejército, órganos represivos. — Las luchas de las masas y el cambio pacífico. — Las dos alternativas posibles.

3) El apoyo a un gobierno liberal. — La necesidad de etapas de transición. — Los obstáculos a la coalición de todas las fuerzas antifranquistas. — Las ventajas que tendría el gobierno liberal. — El papel dirigente de la clase obrera en esa eventualidad.

4) La propuesta de una tregua política. — Significación concreta de esa tregua. — Los aspectos positivos de la tregua. — Tregua y compromiso político.

5) Las perspectivas de la política de reconciliación nacional. — Las dos vías de desarrollo posibles en España. — La política de reconciliación nacional, como inicio de una nueva etapa en las costumbres políticas españolas. — Por qué la caída de la dictadura creará condiciones favorables para eliminar las guerras civiles, para propiciar un desarrollo pacífico de la democracia española.

BIBLIOGRAFIA

Sobre la concepción marxista de las clases y de la lucha de clases:

MARX y ENGELS: Manifiesto del Partido Comunista.

LENIN: Una gran iniciativa. (Obras Escogidas, Tomo II, p. 612-613).

— Carlos Marx (« Marx, Engels y el Marxismo », Pág. 22-24 y 38-47).

— Quiénes son los « amigos del pueblo ». (« Marx, Engels y el Marxismo », Pág. 84-95).

— ¿Qué hacer? (Obras Escogidas, Tomo I, Pág. 213-219 y 253-269).

KONSTANTINOV: El materialismo histórico (Pág. 121-148 y 60-72).
Declaración de los Partidos Comunistas de los países socialistas (MUNDO OBRERO 30-XI-1957).

- Sobre el papel de la burguesía nacional en China:**
SANTIAGO CARRILLO: Artículo en « Nuestra Bandera », N° 16.
- Sobre el tránsito de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista.**
FERNANDO CLAUDIN: Informe ante el C.C. septiembre 1957 (Pág. 24-39).
- JOSE SANDOVAL:** Artículo en « Nuestra Bandera » N° 19.
- Sobre la concepción marxista-leninista de los compromisos políticos:**
LENIN: Enfermedad infantil del « izquierdismo » en el comunismo. (Obras Escogidas, Tomo II, Pág. 728-732 y 759-797).
 — Las tareas de los socialdemócratas rusos (Obras Escogidas, Tomo I, Pág. 161-171).
 — ¿Qué hacer? (Obras Escogidas, Tomo I, Pág. 191-193).
 — Un paso adelante, dos pasos atrás (Obras Escogidas, Tomo I, Pág. 396-398 y 485-490).
- Sobre las clases y capas de la sociedad española:**
 Informe de **Dolores Ibárruri** ante el V Congreso del P.C.E. (Pág. 79-85).
 Declaración del C.C. del P.C.E. de Junio 1956 (Pág. 17-29).
 Informe de **Dolores Ibárruri** ante el C.C. de Agosto 1956 (Pág. 8-33).
- En el campo:** Informe de **Juan Gómez** ante el C.C. de Septiembre 1957 (Pág. 35-98).
- Sobre las principales contradicciones objetivas existentes hoy en España:**
 Informe de **Dolores Ibárruri** ante el C.C. de Septiembre de 1957 (Pág. 7-16).
- Sobre los rasgos fundamentales de la política de reconciliación nacional.**
 Declaración del C.C. del P.C.E. de Junio 1956.
 Informe de **Dolores Ibárruri** ante el C.C. de Agosto 1956 (Pág. 62-70).
 Carta del Buró Político del P.C.E. a los miembros de la organización del P.C.E. en Méjico (Pág. 2-10).
 Informe de **Dolores Ibárruri** ante el C.C. de Septiembre 1957 (Pág. 7-42).
 Discurso de **Santiago Carrillo** ante el C.C. de Septiembre 1957 (Pág. 76-83).
- Sobre la plataforma programática de la reconciliación nacional:**
 Declaración del C.C. de junio de 1956.
 Informe de **Juan Gómez** ante el C.C. de Septiembre de 1957 (Pág. 99-123).
- Sobre la posibilidad de un cambio pacífico:**
 Declaración del C.C. de Junio 1956 (Pág. 29-45).
 Informe de **Dolores Ibárruri** ante el C.C. de septiembre de 1957 (Pág. 16-19, 24-29 y 33-42).
- Sobre el apoyo a un gobierno liberal y la propuesta de una tregua política:**
 Informe de **Dolores Ibárruri** ante el C.C. de septiembre 1957 (Pág. 29-32).
 Artículo de **Santiago Carrillo:** « Algunas opiniones sobre la oposición liberal y nuestra actitud ante ella », (N.B. N° 17).
- Sobre las perspectivas de la política de reconciliación nacional:**
 Informe de **Dolores Ibárruri** ante el C.C. Septiembre 1957 (Pág. 33-42).
 Discurso de **Santiago Carrillo** ante el C.C. de Septiembre 1957 (Pág. 76-77).